



CON TEMPORÁNEA

Toda la historia en el presente

Núm. 2 julio - diciembre de 2014

¿Cómo relatar al siglo XX en nuestros días? En torno a "La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX"

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 12/09/2014 - 11:08

Carlos San Juan Victoria*

¿Y si los lentes semánticos para interpretar al siglo XX hubiesen cambiado? ¿Y si las corrientes turbulentas como la globalización rampante revelan un mundo multicéntrico y descentrado, un tiempo heterogéneo según imagina Chatterjee[1] que carcome a los centrismos de cualquier especie? ¿Y si por esos y otros motivos se reinaugura la vieja condición de la historia como campo de batalla interpretativo? Enzo Traverso,[2] historiador italiano, ofrece en *La historia como campo de batalla*[3] una sugerente propuesta sobre las condiciones actuales para interpretar al siglo XX desde el mirador del siglo XXI.[4] Indica que entre 1971 y 2001 ocurrieron transformaciones culturales y materiales que modificaron las condiciones para describir e interpretar las dos almas del quehacer histórico.

Su propuesta se mueve entre dos polos: *a)* por un lado advierte la mutación cultural ocurrida de 1973 al inicio del siglo XXI, donde nuevos y viejos conceptos (revolución, democracia, totalitarismo, individualismo, etc.) adquieren otros sentidos; *b)* por el otro registra la acentuación de una casa común e instantánea para el mundo, la globalización en tiempo real, no homogénea ni estable, que descentraliza a sus protagonistas, abierta a la irrupción de fuente de cambios no previstos ni planeados y recorrida por olas memoriosas que hacen visible zonas negadas de la experiencia humana.

Todo ello trae a cuento esta modificación de las condiciones actuales para revisar al siglo XX, un cambio de los lentes semánticos que le interpretan. Me detengo en esos aspectos mencionados, que recorren sus ensayos y pueden ser pertinentes para la reflexión historiográfica latinoamericana, y de manera especial para México.

Un cambio de época

Traverso dibuja un mapa de transformaciones materiales y simbólicas en el último cuarto del siglo XX. Arrancan con la crisis económica de los años setenta y las salidas neoliberales de los gobiernos de Reagan y Thatcher, los dos motores anglosajones del cambio económico; irrumpen en los gobiernos de centro o de izquierda en la Francia de Mitterrand y en la Italia entonces próxima a la cohabitación con el comunismo, hasta impactar a China y su giro modernizador bajo la conducción de Den Xiao Ping; la transformación sigue y carcome al bloque soviético, reorganiza políticas y gobiernos en América Latina y Asia y se afianza, paradójicamente, con el derrumbe de las torres gemelas en 2001 y la geopolítica conservadora de seguridad de Bush.

En esta reorganización hay una mutación cultural donde, por dar ejemplos, conceptos como revolución se vuelve sinónimo de totalitarismo, y ya no de emancipación. Cristaliza un ambiente cultural homogéneo y dominante, donde el humanismo se moldea según el consenso de un occidente dominado por los anglos, y se naturaliza el orden actual. El futuro es la proyección obligada de un "presente perpetuo", es decir, de la repetición del

ahora.[5] Siguiendo a Koselleck, que ubicó entre 1750 y 1850 una mutación material y cultural de la cual nació la modernidad, ahora, según Traverso, también coincide la transformación vigorosa del capitalismo en todos los continentes con la resignificación de los mapas conceptuales.

Puede advertirse la importancia de este planteamiento si se recuerda la pequeña paradoja de los bicentenarios y los centenarios, que más que reparar en las revoluciones de origen en los lugares que, como México, jugaron papeles complejos, se concentraron en las grandes continuidades forjadas por las elites económicas, políticas o culturales. La mutación cultural introduce la experiencia de vivir un “presente perpetuo”, que reorganiza al pasado y atrapa el futuro. Hay una batalla cultural que reinterpreta y otorga otros sentidos al pasado distante y cercano. La revisión historiográfica italiana actual, por citar un caso, recoloca sus eventos finales de la Segunda Guerra Mundial: la república fascista de Saló es reconsiderada como defensora de la unidad nacional, mientras que la resistencia se reconfigura como la promotora de la “muerte de la patria”. [6]

Otras condiciones para historiar

A la vez que la mirada del siglo XXI se encuentra bajo el influjo de la mutación cultural (repetir al infinito el presente perpetuo), también se alimenta de una globalización cada vez más intensa y de la revaloración del *acontecimiento*, en ocasiones reducido a “espuma” de las tendencias estructurales, pero que aparece decisiva en los diversos cambios vividos del siglo XX a la fecha. La historia global, ahora ineludible, requiere de un cambio de perspectiva: se relativizan los antiguos y actuales “centros del mundo” sea Europa o las potencias anglosajonas, y se reconsidera el papel de las otras tres cuartas partes del mundo: Asia, América Latina y África. Ya no más “pueblos sin historia” o continentes perdidos en la barbarie. En lugar de esos “centros” motores del rumbo mundial que todo el resto imita, los “13 siglos de intercambios” que propone Jack Goody, donde la atención se orienta hacia las transferencias complejas de espacios continentales y civilizaciones plurales: creencias sagradas, ciencias, migraciones, tecnologías, lenguajes. [7] “Escribir una historia global del siglo XX no significa solamente otorgar una mayor importancia al mundo extra europeo en relación con la historiografía tradicional, sino sobre todo cambiar de perspectiva, multiplicar y cruzar los puntos de observación”. [8]

Y con ello se abre otro campo de batalla y de rescrituras semánticas de lo vivido en el tejido globalizador que inauguraron las expediciones colonizadoras europeas hace siglos. Signo de los nuevos tiempos: la Asamblea Nacional Francesa aprobó el 23 de febrero de 2005 una enmienda en la que se exigía que figurase en los futuros manuales escolares el “papel positivo de la presencia francesa en ultramar, sobre todo en el norte de África. En el momento de su ratificación parlamentaria, los socialistas, advertidos por los historiadores, pidieron la abrogación de la ley, y varias asociaciones de hijos de inmigrantes o descendientes de esclavos protestaron también contra esa imagen idílica de la colonización”. El presidente Chirac tuvo que pedirle a la Asamblea que reconsiderara. [9]

Con respecto al *acontecimiento*, su importancia se la otorga el contexto actual donde predomina la continuidad, la estabilidad, el “presente perpetuo” que redujo el futuro a repetir el hoy. Con ese concepto se sugiere la importancia de recuperar las inflexiones de la historia que sorprenden por inesperadas, donde la repetición de un presente imaginado como perpetuo deriva hacia otros horizontes de experiencia colectiva:

El siglo XX apareció como la edad de las rupturas repentinas, fulminantes e imprevistas. Los grandes puntos de inflexión histórica nunca se escriben con antelación. [...] La agitación de Europa en 1914, la Revolución

rusa, la llegada de Hitler al poder, el desmoronamiento de Francia en 1940, el derrumbe del ‘socialismo real’ en el otoño de 1989 representan crisis y rupturas que cambiaron el curso del mundo, pero cuyo surgimiento no era para nada ineluctable.[10]

La otra dimensión sustantiva del *acontecimiento* es que al irrumpir saca a flote temporalidades históricas que las continuidades ocultan, por ejemplo, los estratos en ebullición de las religiones, las etnias, las comunidades regionales, las memorias negadas. Se requiere entonces de un pensamiento que, alerta a la irrupción de los acontecimientos, trate de articular las temporalidades diversas que le circundan y que hacen compleja la historia que nos espera en el siglo XXI. Traverso se aboca a ello al comentar los debates actuales sobre la *Shoah*, el holocausto judío de la Segunda Guerra Mundial. Advierte la convivencia de una violencia “fría”, burocrática y técnica, junto a una violencia “caliente” tributaria de una cultura de masacres en pogromos realizados en muchos puntos de Europa en diversas fases de su historia.[11]

Historia ¿igual a memoria?

El fin del siglo XX tomó la forma de una condensación de memorias; sus heridas se volvieron a abrir en ese momento [...] La memoria, antes sólo tratada por algunos adeptos de la historia oral, adquirió de repente el estatus tanto de fuente como de objeto de investigación histórica, hasta convertirse en una suerte de etiqueta de moda, una palabra degradada, a menudo usada como sinónimo de “historia”. [12]

Traverso reconoce el “trabajo de la sociedad”, previo a las investigaciones y a la atención pública e institucional, donde personas y asociaciones civiles se dan a la tarea de recuperar testimonio, cuerpos, lugares, familiares perdidos. Una ola memoriosa que recorre localidades y naciones. Los historiadores reparan en esa ola y desde los años ochenta desplegaron sus investigaciones en torno a esas heridas vivas que se fueron convirtiendo en un fenómeno de opinión pública. Los gobiernos en ocasiones admitieron la fuerza del recuerdo y crearon lugares, museos, hasta leyes que reconocen, protegen y en ocasiones castigan a los responsables.

Pero también advierte zonas ambiguas en este resurgir memorioso. Por ejemplo, que acciones de gobiernos y de organizaciones intenten “patrimonializar” las memorias emergentes a fin de reforzar algunos intereses. El caso de Alemania es avanzado y ambivalente a la vez. Reconoce y se suma a esa “religión secular” que es la *Shoah*, el holocausto, y reafirma una ciudadanía constitucional que reniega del mito de la sangre y el suelo, pero a la vez se procede a demoler toda memoria de lo que fue la República Democrática Alemana reconvertida en bloque en “experiencia totalitaria”. “Alemania ha desplegado tanta energía para reapropiarse de la memoria del nazismo y de la *Shoah* como para borrar la de la RDA (y, con ella, la del antifascismo).” [13]

En ocasiones la ola memoriosa se disuelve en recuerdos individuales que se desgajan de sus contextos y de sus sentidos simbólicos del momento. Tal es el caso de algunos lugares en España, donde incluso un gobierno avanzado como el de Cataluña procede a buscar cuerpos y a identificarlos para lograr restaurar su identidad personal, a la vez que se hace impreciso y borroso el sentido colectivo que los hizo arriesgarse a morir, la defensa de una República que pocas veces se menciona. En el debate historiográfico español, en ocasiones pesa más una reescritura de la historia donde se transforma el conflicto histórico entre repúblicas y fascismo, en una sola de sus dimensiones, las erupciones de violencia, los crímenes contra la humanidad, donde todas las partes contribuyeron de igual manera. Con ello se termina “adoptando un humanismo compasivo, corolario indispensable del anti

totalitarismo liberal.”[14] La memoria no restituye la historia del momento, sino una reescritura que abona a la mutación cultural, el siglo XX queda como un equívoco, un siglo de sangre, donde el centro de la escena lo ocupan sus víctimas. “Masivas, anónimas, silenciosas, las víctimas han invadido la escena y ahora dominan nuestra visión de la historia”.

A propósito de las celebraciones y de las memorias resurgidas en torno a la victoria contra la Alemania nazi, para Occidente el 8 de mayo de 1945 y para los rusos el 9 de mayo del mismo año, la ola memoriosa se convierte en una competencia nacionalista o de bloques ideológicos que poco repara en los sentidos que tuvo para regiones que sufrieron la guerra pero que estaban en la periferia europea y bajo dominio colonial. El 8 de mayo de 1945, el mismo día en que se celebra la “liberación” de naciones enteras europeas, entre otras Francia, ocurrió en Sétif y Guelma una matanza colonial cuando los argelinos nacionalistas se negaron a arriar su propia bandera y los sobrevivientes de una matanza de 20 mil a 40 mil personas, según se citen las fuentes francesas o argelinas, fueron obligados a inclinarse ante la bandera francesa.[15] La historia se convierte en un campo de batalla no sólo de intereses concretos sino de aspiraciones éticas hacia la verdad y el conocimiento íntegro. Como diría Paul Ricoeur, se impone en estas circunstancias el logro de una política de la “justa memoria”. [16]

Traverso insiste en diferenciar memoria e historia para abrir el debate sobre las interpretaciones en curso, que de manera cómoda contribuyen a consolidar la imagen de un siglo sangriento y su superación humanista posttotalitaria:

La memoria es un conjunto de recuerdos individuales y de representaciones colectivas del pasado. La historia, por su parte, es un discurso crítico del pasado; una reconstrucción de los hechos y acontecimientos pasados tendiente a su examen contextual y a su interpretación [...] Las relaciones entre la memoria y la historia se han vuelto más complejas, a veces difíciles, pero su distinción nunca ha sido cuestionada y sigue siendo un logro metodológico esencial en el seno de las ciencias sociales.[17]

El temple crítico

Sin duda la historia académica vive una época intensa y fructífera. Fuentes, métodos, saberes expertos y temas múltiples florecieron y se abre paso una calidad creciente en los trabajos. En los ensayos del libro de Traverso se reconoce de manera implícita esta situación, aunque no deja de señalar que se encuentra cada vez más subordinada a sistemas de competencia y de valores empresariales, así como de conocimientos expertos desgajados en ocasiones de sus contextos y de un temple crítico. Tal vez por esa “condición en la producción de la historia” vigente a la fecha, a su libro lo recorren presencias, conceptos e imaginarios de intelectuales e historiadores del siglo XX que afianzaron una cultura crítica de su circunstancia, y con ello, reflexionaron sobre las posibilidades de otro orden de los hombres y las cosas.

Trae a cuento, por ejemplo, a los *Hibakusha*, los sobrevivientes irradiados en Hiroshima y Nagasaki que fueron aislados e ignorados, pues eran parte de un pasado funesto destinado al olvido. Sólo unos pocos se atrevieron a cruzar el silencio impuesto y convertirlos en objeto de reflexión e información a la sociedad.[18] Igual ocurrió cuando se tuvieron las primeras informaciones sobre los gulags soviéticos y cuando se reveló el horror de los campos de exterminio nazi. David Rousset, Víctor Serge, Hannah Arendt, Gunter Anders, Adorno y Horkheimer exploraron esos cortes en el continuo de la historia y trataron de radiografiar a las modernidades que las producían. Todos exiliados y la lista es grande: Celán, Amery, Koestler, Gaetano Salvemini, por mencionar algunos. “Los

exiliados actuaron como un sismógrafo particularmente sensible y precoz”[19] que fue marginado en su momento, o bien, según la frase de Walter Benjamin, como “alarmas de incendios” que no encontraron oídos receptivos.

Para Traverso el exilio les creó una condición de extraterritorialidad, fuente de carencias y dolor, que les permitió conocer de otro modo, ver a la historia desde el punto de vista de los vencidos. Cuando los ganadores de la Segunda Guerra Mundial restablecían el culto del progreso, forjaron una cultura de descreimiento y crítica que mostraba sus excesos y sus vínculos perversos con la destrucción de culturas y naturaleza. Cuando promovieron escenarios de paz y civilidad, mostraron la querencia moderna hacia la guerra, el exterminio y la dominación. Walter Benjamin es en esta cultura crítica una de las figuras que acompañan a Traverso en sus ensayos. De manera especial en dos orientaciones que planteó ese hombre, que no se consideró especialista en nada: no quedar atrapados por el fulgor de las continuidades, la repetición y el progreso, y más bien atreverse a reparar en el pasado como discontinuidad y catástrofe. Y además intuir los pasados aún vivos que los “presentes perpetuos” quisiera cancelar, sobre todo cuando ese pasado tiene que ver con la memoria de los vencidos y sus súbitas irrupciones en lo actual. “El otrora (Gewesene) encuentra el Ahora (Jetzt) en un relámpago para formar una constelación.”[20]

Su otro ancestro es Reinhart Koselleck (1923–2006), fundador de la “historia conceptual” e “historiador pensante” según le decía su maestro Hans–George Gadamer. Su presencia es obvia en el modo de establecer un periodo de mutación cultural que resignifica a los conceptos, y en la resultante que convierte al siglo XX en un “espacio de experiencias” de exceso y sangre, a la vez que promueve otro “horizonte de expectativas divorciado de cualquier síntoma emancipador y de utopía para aceptar la fría regularidad de las sociedades posttotalitarias.

Está presente en la tensión entre memoria e historia, pues Koselleck distingue tres niveles del experimentar y conocer el flujo del acontecer. En un primer momento estaría el modo inmediato de experimentar la sucesión de los acontecimientos, singular y sorpresiva, el territorio del recuerdo individual o de grupo, es el ámbito de la “historia que se registra”. Luego, la experiencia generacional que descubre patrones y recurrencias entre fenómenos diversos, donde los acontecimientos vividos se ligan a secuencias evolutivas de más largo alcance, “la historia que se desarrolla”. Al final, las formas intergeneracionales donde se reconoce la adquisición y la pérdida de conocimientos, y que permiten ver no sólo las modificaciones en las experiencias, sino los cambios de sus contenedores estructurales; es decir una modificación sustantiva de los “espacios de la experiencia” y de su muy propio “horizonte de expectativas” que conlleva. Eso sólo se logra mediante esfuerzos de abstracción intelectual, y es el territorio de la “historia que se reescribe”. De ese tercer nivel brotó su famosa distinción del *Sattelzeit*, el periodo de la mutación conceptual, material y simbólica a la vez, donde surgió la modernidad y las radicales transformaciones de los “espacios de experiencia” y de los “horizontes de expectativas”. [21]

Un cierre que abra

El libro de Traverso marca una ruta fértil para reflexionar sobre la condición actual de la historia como campo de batalla. Inscrita en la experiencia europea y sensible a los protagonismos de las otras tres cuartas partes del globo, toca la llaga de la violencia extrema que acompañó a Europa como guerras, crisis y luchas intestinas raciales e ideológicas.

Tal vez en medio de las contradicciones y polarizaciones ciertas del siglo XX, lo que más preocupa a la reinterpretación de la experiencia histórica en curso sean los procesos no imaginados por los itinerarios dominantes

del siglo XIX y que surgieron sorpresivamente en el trayecto del XX: las muchas vías jurídicas, de pensamiento económico y político, de luchas sociales y de creación de instituciones que establecieron controles y regulaciones a la modernidad salvaje decimonónica. La gran Transformación olvidada.[22] Una memoria ahora sepultada por la sombra poderosa del totalitarismo y el autoritarismo. De igual modo, otro curso de globalización que con sus fallas ciertas, modificó el mapa del mundo con la creación de Estados nación en regiones antes colonizadas de África y Asia de 1945 en adelante, y que le dio otra visibilidad y protagonismo a las excolonias, ahora archivada en el catálogo de experiencias fallidas. Y qué decir de la mayor sorpresa, la irrupción de revoluciones campesinas en diversas partes del globo no previstas ni por las utopías de izquierda ni de derecha, donde agravios, injusticias y explotaciones dieron otro contenido a la violencia y abrieron rutas de transformaciones.

¿Cómo nos afecta el debate global, en sus imágenes poderosas donde el subcontinente sería un fiel reflejo de las variaciones y expansiones de algún centro, o bien, como un espacio activo que crea lo propio mientras recibe y da al mundo, que es punto de intercambios y de transferencias? ¿Cómo recuperar a esas tradiciones intelectuales propias, formadoras de una cultura crítica y de búsqueda de la singularidad propia donde surgen personajes como el amauta José Carlos Mariátegui, Edmundo O’Gorman, René Zavaleta, José Aricó, Bolívar Echeverría y Armando Bartra, entre otros?

¿Cuáles son los rasgos específicos del resurgir memorioso de pueblos originarios, de autogobiernos locales, de represiones policiacas y militares, de la violencia en las vidas de mujeres, de homosexuales y de niños? ¿Se articulan a una historia propia de los “ciudadanos de a pie” o también alimentan la reinterpretación semántica del siglo pasado? La recepción del libro fecundo de Traverso, pasa por estas y muchas otras preguntas que su lectura despierta y que sin duda revitalizarán el debate crítico de la historiografía en torno al siglo XX.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Partha Chatterjee, *La nación en tiempos heterogéneos y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

[2] Entre sus libros: *La historia desgarrada: ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, Herder, 2000; *La violencia nazi, una genealogía europea*, Buenos Aires, FCE, 2003; *El pasado, instrucciones de uso: historia, memoria, política*, Madrid, Marcial Pons, 2007; *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914 – 1945)*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009.

[3] Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires, FCE, 2012.

[4] Integra ocho ensayos publicados entre 2002 y 2010 centrados en la reflexión sobre la violencia en el siglo XX. Visita obras y debates fundadores del sentido de ese siglo, por ejemplo, el elogio crítico a la obra de Hobsbawm; los cambios en la consideración de las revoluciones que abrió Furet con su libro *El pasado de una ilusión*; los debates actuales donde se reconsidera el fascismo y el nazismo, el acontecimiento brutal de la *Shoah* y sus raíces profundas europeas; el biopoder desde las perspectivas de Foucault y Agamben; el modo de conocer de los transterrados y la emergencia de las memorias y sus usos sociales e institucionales diversos.

[5] “Si de hoy en adelante el futuro es presente es porque el presente es el futuro de la humanidad. El presente perpetuo no sabría aprovechar mejor ganga”, en Jérôme Baschet, “Algunas observaciones sobre la relación pasado / futuro”, en *Relaciones, Estudios de Historia y Sociedad*, vol, XXIV, núm. 93, invierno, 2003, p. 231.

[6] Enzo Traverso, *op. cit.*, 2012, p. 305.

[7] *Ibidem*, p. 300.

[8] *Ibidem*, p. 15.

[9] “Chirac exige reformar la ley que ensalza el colonialismo francés”, en línea [http://elpais.com/diario/2006/01/05/internacional/1136415610_850215.htm], revisado el 15 de junio de 2014.

[10] Enzo Traverso, *op. cit.*, 2012, p. 17.

[11] *Ibidem*, p. 207.

[12] *Ibidem*, p. 19.

[13] *Ibidem*, p. 305.

[14] *Ibidem*, p. 295.

[15] *Ibidem*, pp. 311–312.

[16] Paul Ricoeur, *La memoria, la historia y el olvido*, Buenos Aires, FCE, 2011.

[17] Enzo Traverso, *op. cit.*, 2012, p. 282.

[18] *Ibidem*, p. 251.

[19] *Ibidem*, p. 255.

[20] *Ibidem*, p. 27.

[21] Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* (introducción de Elías Palti), Barcelona, Paidós, 2001. Véase Capítulo 3. Tres tipos de adquisición de experiencias, pp. 49–56.

[22] Karl Polanyi, *La gran transformación, los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo* (2ª. ed., prólogo de Joseph E. Stiglitz, introducción de Fred Block), México, FCE, 2012.

Tags:

Destejiendo a Clío
crítica historiográfica
globalización e historia
semántica e historia
memoria e historia.

¿Fascismo en México?

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 12/09/2014 – 11:18

Pedro Salmerón Sanginés*

La historia del siglo XX (1914–1989) parece marcada por cataclismos: guerras totales, holocausto, totalitarismo. Se abrió con una guerra de magnitud nunca vista y se cerró con el estrépito mediático que anunciaba el fin de las utopías, el fin de la historia y el triunfo “definitivo” de la sociedad de mercado y del liberalismo. Como resultado, “para quienes no han elegido el desencantamiento resignado o la reconciliación con el orden dominante, el malestar es inevitable. Probablemente la historiografía crítica se encuentre hoy bajo el signo de ese malestar. Hay que tratarlo de volverlo fructífero”.^[1]

Para hacer fructífero el malestar hay que entender críticamente los cataclismos del siglo XX: sólo así podremos evitar la tentación de repetirlos con resultados que podrían ser peores. Para ello, es necesario denunciar los resabios y el resurgimiento del fascismo en México: desde apologetas del nazismo que siguen dando cursos de formación en el PAN, hasta grupos que adoptan, consciente o inconscientemente, fundamentos ideológicos y culturales del fascismo.

Los más consistentes estudiosos del fascismo (incluida su variante extrema, alemana) han señalado varios elementos ideológicos clave: la visión monolítica de la nación fundada en la raza; el rechazo a la democracia y la igualdad; la idea de fuerza, el principio de autoridad y, naturalmente, las definiciones negativas, pues sus valores exigían su antítesis, que derivaban en la condena de la alteridad: la alteridad de género de los homosexuales y las mujeres que no aceptaban su condición sometida; la alteridad social de los criminales; la alteridad política de los anarquistas, comunistas y “subversivos”; la alteridad racial de los judíos y los pueblos colonizados. Todos eran “degenerados”. El judío personificaba, como “tipo ideal”, ese conjunto de rasgos negativos. “Judaísmo, homosexualidad y feminidad eran las figuras negativas por excelencia que permitían a la estética fascista elaborar sus mitos positivos”.^[2]

El racismo, pues, es la piedra de toque del nazismo y de los imperialismos modernos: Adam Hochschild^[3] muestra que el discurso imperial británico previo a la *gran guerra* no le pide nada al discurso nazi. No en vano, como Traverso muestra, para algunos historiadores actuales el holocausto no es un evento único, sino el traslado a Europa de lo que los europeos habían practicado en otros continentes y contra otras “razas” desde el siglo XVI, aunque otros historiadores reivindicquen el carácter único del holocausto. El nuevo racismo, que desembocaría en el holocausto, se trasladó a una Europa en que la guerra total (1914–1918) había “banalizado la violencia y *brutalizado* a la sociedades, acostumbrándolas a la masacre industrial y a la muerte anónima masiva”.^[4]

La historiografía crítica reciente ha encontrado las raíces intelectuales del fascismo en la fusión, a fines del siglo XIX, de distintas corrientes de pensamiento que, entre otras cosas, rechazan la ilustración y el marxismo, y la dicotomía entre izquierda y derecha: en Francia, sostiene Z. Sternhell, el fascismo nace de la fusión de una derecha populista y una izquierda nacionalista, que desemboca en una nueva forma de “socialismo nacional”, que recupera el darwinismo social, el racismo, el antiliberalismo y el antisemitismo, la antidemocracia y la crítica a la modernidad fundada en el argumento de la “decadencia”. Para que estos elementos se fundieran y dieran vida a partidos capaces

de tomar el poder en Italia y Alemania, hacía falta el matraz de la *gran guerra* y sus niveles de destrucción, así como la aparición del “desafío bolchevique”.

Dos de estos elementos son militantes, agresivos, radicales: el racismo convertido en antisemitismo (lo que nos debe llevar a discutir el holocausto), y el anticomunismo. El anticomunismo confirió al nazismo un carácter de religión civil en guerra de cruzada contra el enemigo. Pero no nos engañemos: a pesar de su retórica “revolucionaria”, para llegar al poder, los fascistas se aliaron con las élites tradicionales y la gran burguesía: su conversión en gobierno “siempre implica cierto grado de *ósmosis* entre fascismo, autoritarismo y conservadurismo”.^[5]

Esos elementos definen al fascismo. Hay que recordarlos con precisión, porque en México el malestar y la desesperación han propiciado el crecimiento de actitudes fascistas no sólo en la ultraderecha, a la que son consustanciales, sino en cierta izquierda y en grupos o individuos que niegan la importancia de la dicotomía “izquierda–derecha”. Me parece urgente que los señalemos, porque sabemos a dónde conducen el fascismo y su retórica. Trataremos de hacerlo.

* Instituto Tecnológico Autónomo de México.

[1] Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla. Interpretar la violencia del siglo XX*, Buenos Aires, FCE, 2013, p. 31.

[2] *Ibidem*, pp. 111–112.

[3] *Para acabar con todas las guerras, una historia de lealtad y rebelión, 1914–1918*, Barcelona, Península, 2013.

[4] Enzo Traverso, *op. cit.*, p. 114.

[5] *Ibidem*, p. 131.

Tags:

Destejiendo a Clío

fascismo

izquierda y derecha

prejuicios raciales

prejuicios sexuales

prejuicios políticos.

Historia y tradición artificial. "La trayectoria de la antropología social aplicada en México", de Juan Comas

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 12/09/2014 - 13:35

RafaelGuevaraFefer*

Haydeé López Hernández**

Narrar la historia de las ciencias no ha sido una actividad privilegiada en la cotidianidad de la práctica científica –aunque este tipo de historia ha sido hartó útil para consolidar disciplinas e instituciones científicas–[1] sino hasta hace muy poco tiempo, cuando la reflexión sobre la utilidad del conocimiento se convirtió en un tópico fundamental de la agenda de los científicos, filósofos, sociólogos e historiadores.

Al menos, este ha sido el escenario de la antropología en México. Fue hasta 1964, cuando Juan Comas Camp (1900–1979) escribió la primera historia de la antropología en el país, bajo el título *Trayectoria de la antropología social aplicada en México*. [2] No debiera sorprender una fecha aparentemente tan tardía. Aun cuando se pueden rastrear antecedentes de la historiografía sobre ciencias nacionales desde los años porfirianos, la profesionalización e institucionalización plena de este campo de conocimiento conocido como ciencias antropológicas ocurrió hasta la década de los años treinta y cuarenta del siglo pasado, con la creación del Departamento de Antropología en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional y del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

De tal suerte, la historia hecha por Comas ocurre en un momento en el que la disciplina se encontraba en su plenitud institucional e incluso era un producto de exportación en América Latina. [3] Y quizás por ello Comas muestra un gran optimismo en su narrativa, presentando una antropología que, tras un desarrollo progresivo desde el siglo XVI, se encontraba en la cumbre del desarrollo científico.

Josep Llobera, en *Hacia la historia de las ciencias sociales*, considera que parte de este optimismo en tales historias deviene del contexto de escritura de sus autores, cuando estos se encontraban en la cumbre de su carrera profesional y cambiaron las actividades del campo por el registro escrito de sus memorias. Y sería posible, al menos parcialmente, usar la argumentación de Llobera para explicar el optimismo de la obra de Juan Comas, debido a que, cuando escribía su historia sobre la antropología, se encontraba en un gran momento de su trayectoria profesional: tras haber sido secretario del Instituto Indigenista Interamericano por varios años, así como editor de *América Indígena*, Comas encabezaba la recién creada Sección de Antropología en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, institución en la cual fundó los *Anales de Antropología*.^[5] En ese entonces había recibido dos doctorados *honoris causa* (en 1940, por la Facultad de Letras de la Universidad del Cuzco, Perú, y en 1962 por la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima); era vicepresidente de la Union Internationale des Sciences Anthropologiques et Ethnologiques, y presidente honorario de la American Association of Physical Anthropologists.^[6] De esta última hizo una *Historia sumaria*, que como la vieja historia de la Royal Society de Thomas Sprat, pero a su manera, servía a la corporación de antropólogos físicos para mostrar los límites y el perfil de su saber, así como su importancia para comprender y organizar el mundo.^[7]

En búsqueda de la tradición antropológica nacional

Pero la narrativa histórica del profesor Juan Comas también muestra otros elementos, tanto de su trayectoria como de la disciplina misma, que son importantes para comprender la impronta de este trabajo en la memoria colectiva del gremio. Comas pertenece a la primera generación de profesionales que ingresó al recién formado Instituto Nacional de Antropología e Historia. Aquí su vocación docente y su perspectiva del quehacer antropológico, así como sus filias y fobias políticas, tuvieron el espacio propicio para convertirse, con el correr de los años, en una fructífera trayectoria profesional y disciplinaria. Proveniente de una familia de tradición liberal, estudió en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio (1918–1921), en Madrid, y posteriormente, siendo inspector de Enseñanza, realizó estudios de pedagogía y psicología en el Instituto de Ciencias de la Educación en Ginebra, mientras realizaba la licenciatura en ciencias biológicas. Como miembro del Partido Comunista,^[8] al momento de la sublevación de 1936 Comas se hizo cargo de la Dirección General de Primera Enseñanza para la mejora de la enseñanza de programas en Madrid, Valencia y Barcelona, y estuvo al frente del programa Infancia Evacuada. Dos años más tarde colaboró en el trabajo burocrático del Ministerio de Relaciones Exteriores, para ser movilizado al frente en 1939 y,

en febrero de ese mismo año, ser llevado al campo de concentración de Argelès, de donde logró escapar y trasladarse a París y luego a Ginebra. Fue entonces cuando pudo terminar sus estudios en ciencias biológicas con Eugène Pittard,[9] embarcando hacia México en septiembre del mismo año.[10]

Desconocemos con exactitud la forma en que se integró a la academia mexicana. Es sumamente probable que, así como sus paisanos, se viese favorecido por las políticas de Lázaro Cárdenas frente a los refugiados españoles,[11] pero también es posible que sus credenciales académicas, entre ellas la de ser alumno de Eugène Pittard, fuesen el fundamento para incorporarse rápidamente en las altas esferas de la academia mexicana. Es preciso señalar que en México había instituciones y comunidades científicas con una experiencia iniciada con el México independiente,[12] de tal suerte que la aclimatación de científicos extranjeros era plausible y deseable entre las comunidades disciplinarias, que durante el primer tercio del siglo XX eran mexicanas, y al mismo tiempo transnacionales, o si se prefiere, universales y progresistas.[13]

En esa historia sobre la antropología Comas integra su propia experiencia, formación y origen, así como la herencia y orgullo de su terruño, e integraba el periodo novohispano como el origen de los conceptos antropológicos en México, noción que paulatinamente irá sustituyendo a aquella trazada por Andrés Molina Enríquez, que pretendía arraigar el conocimiento antropológico en el tronco de la zoología.[14] Siguiendo una línea totalmente diferente a la planeada por el famoso profesor del viejo museo, en breves páginas y aclarando que no sería este el lugar para desarrollar el tema, Comas aseguraba que los cronistas como Bartolomé de las Casas, así como las Leyes de Indias, preconfiguran los elementos capitales de lo que posteriormente se consolidará como ciencia antropológica, sobre todo por sus preocupaciones sobre la integración y atención de las poblaciones indígenas.[15]

Haciendo a un lado cualquier consideración histórica del proceso que ubique, diferencie y contextualice el periodo novohispano, por un lado, y los siglos XIX y XX, por el otro, con este breve apunte Comas integra su propio linaje nacional, el de la madre patria, a la identidad de un conocimiento que, como sostiene a lo largo de la obra, forjó una identidad propia, mexicana “esencialmente distinta a la aplicada en otros países y regiones del mundo” pero con fundamento universal, una liga estrecha con las preocupaciones de la antropología mundial.[16] La demostración de la existencia de una “tradición antropológica mexicana” es el objetivo principal de su libro y, como ya han referido

otros, constituye una defensa de la tradición de aquellos que lo alojaron en el exilio: Manuel Gamio y Gonzalo Aguirre Beltrán.[17] Otros científicos españoles avecindados en México, al igual que Comas, como Modesto Bargalló y Germán Somolinos D´Ardois Ardevol, entre otros, realizaron operaciones historiográficas similares que buscaron la tradición científica mexicana y la encontraron vinculada con la madre patria, el primero con la química metalúrgica y el segundo con las ciencias médicas.

La genealogía que trazó en esta obra aparentemente difiere de la que pocos años atrás delineara para la antropología física, en donde no identificará el origen en la madre patria. En su obra *Buffon, 1707-1788, precursor de la antropología física*, Comas trata de mostrar que la biología y la teoría de la evolución tienen un campeón en este personaje, un precursor de ideas creativas para la antropología física, por lo que los científicos actuales son deudores y herederos del naturalista francés.[18] Aquí expone una visión internalista y difusionista, en la que la ciencia tiene su arraigo en Europa y de ahí se difunde al resto del mundo, como un producto hecho por titanes que logra arrancar los secretos a la naturaleza. Así, aunque en esta ocasión Comas no enarbola la herencia de la madre patria, sí defiende la cuna de su mentor –Pittard– y, con ello, la de *su propia tradición* académica, aquella que integrará a su práctica en México.

Sobre Comas como historiador de la antropología física, Miguel García Murcia lo ve cercano a quienes le antecedieron, como por ejemplo Nicolás León, pues comparten la misma concepción lineal y progresista de la historia:

Los trabajos de Comas más bien estaban enfocados sólo en ciertos aspectos. Estos acercamientos destacaban la labor de precursores de esta ciencia, con lo cual implícitamente se proponía una visión progresista de la ciencia donde el presente cobraba un sitio privilegiado. Esta visión lineal, progresista y presentista sobre la ciencia, exhibe el inconveniente para un análisis histórico de la antropología física, de obstaculizar la reconstrucción del pasado en sus propios términos.[19]

Cambio de época

Pero regresemos al Comas historiador de la antropología social aplicada. La defensa de lo que denomina “tradición mexicana”, así como sus trabajos sobre racismo desde la década de los años cuarenta, han suscitado no pocas reflexiones y críticas debido a la aparente contradicción entre su defensa de las poblaciones indígenas y la empresa indigenista que impulsó.^[20] Al igual que la mayor parte de los miembros de su generación, el ocaso de su vida se acompañó de las fuertes críticas emanadas de los nuevos criterios para observar la diversidad cultural y la antropología misma, así como del paulatino desmembramiento del discurso indigenista.

Su obra sobre la historia de la antropología, de hecho, fue escrita en el momento de crisis de la ciencia en general y de la antropología en particular. Por un lado, Comas escribió en plena efervescencia de la crisis epistemológica del conocimiento científico, y de los desencantos de la *guerra fría*, cuando se rechazaba que el fenómeno científico estuviese limitado a los estrechos márgenes de la lógica, y se trataba de insertarlo en la historicidad del resto de los fenómenos humanos.

En el ambiente nacional, por otro lado, el edificio del indigenismo se encontraba también en crisis. El resurgimiento de las ideas marxistas en occidente en la segunda mitad del siglo, e impulsadas en México por la generación de los refugiados españoles; el reforzamiento del pensamiento y conciencia latinoamericano tras la Revolución cubana y las reflexiones sobre el subdesarrollo de la región, entendido como resultado de las relaciones de producción feudales; así como las posturas autocríticas nacidas sobre todo en Europa y en particular, Francia, respecto al etnocidio de las minorías étnicas como resultado del expansionismo y colonialismo de las sociedades industriales de Occidente sobre el tercer mundo, y la teoría de la dependencia, tuvieron cabida y resonancia en las nuevas generaciones de antropólogos en México, quienes las integraron y adaptaron como crítica a los proyectos indigenistas de sus mentores.^[21]

El contexto mexicano, además, era sumamente propicio para el desarrollo de tales propuestas, tanto por los movimientos de protestas estudiantiles y laborales de esta década, como por el contexto particular de la comunidad antropológica en el INAH. En 1965 la Escuela Nacional de Antropología e Historia dejó el vetusto edificio de la calle de Moneda, en el Centro Histórico de la ciudad, para mudarse a la planta alta del recién inaugurado Museo Nacional

de Antropología, en Chapultepec. La matrícula del estudiantado, desde entonces, crecería considerablemente, siguiendo la tónica de las universidades de la época. La mudanza también implicó el abandono de los viejos planes de estudio para introducir las nociones marxistas como columna vertebral de los programas. En este mismo año, la dirección del INAH sería ocupada por el último miembro de la generación posrevolucionaria: Ignacio Bernal y Pimentel, y con ello se marcaría la transición del poder de estos hombres a sus discípulos, quienes pretendieron infundir un nuevo rumbo a la disciplina.

Ejemplo de este ambiente de cambio y de transición generacional y teórica, fue la celebración del VI Congreso Indigenista en el que se hizo patente una “notable disidencia con respecto a la antropología orientada a la acción indigenista”. La escisión estaba encabezada por aquellos que fueron formados por los fundadores del indigenismo, como Gonzalo Aguirre Beltrán, Ricardo Pozas y Juan Comas, entre otros, en aquellos años en que la ENAH estableció convenios tanto con el Instituto Nacional Indigenista como con la OEA para integrar a sus estudiantes en los proyectos de antropología aplicada de ambos organismos. En aquellos años:

[...] a pesar de haber contado con un equipo de maestros de este nivel y calidad, las inquietudes intelectuales y políticas de muchos de los estudiantes de esta generación distaban de sentirse satisfechas con las clases que la Escuela ofrecía en este momento. Por lo cual muchos optamos por participar en grupos fuera de la Escuela; grupos o círculos de estudios [...] para estudiar por un lado aspectos de la antropología [...] y por el otro lado la orientación política dentro de líneas marxistas [...].^[22]

Poco después, en 1972, varios de ellos reunirían sus esfuerzos en una crítica conjunta, en *De eso que llaman antropología mexicana*.^[23] A partir de estos años, tales propuestas críticas y sus autores se insertarán a la columna vertebral de la disciplina sustituyendo el viejo canon.^[24]

En su historia de la antropología, sin embargo, Comas no integra ninguna de estas discusiones y nuevas propuestas. Este hecho, sin embargo, no implica que no las conociera. Por el contrario, nos parece sumamente probable que el autor hiciera caso omiso del contexto crítico justo para refrendar su posición sobre la vigencia y viabilidad del

indigenismo, como una *tradición* de viejo cuño, consolidada, experimentada y comprobada, para dirigir el escenario mundial de reflexión sobre los derechos de las minorías y el racismo.

Tradición local con alcance universal

Luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando las reflexiones sobre el racismo tuvieron un alcance mundial, México ocupó una participación destacada en la contienda de argumentos, en buena medida, con Comas como vocero en la Declaración de la UNESCO sobre el racismo. Como destaca Gómez Izquierdo, uno de los ejes que motivó la lucha personal de Comas fue la defensa de la justeza de los postulados de la doctrina indigenista y la ‘reivindicación del indio y lo indio’ ante los infundios, ignorancia y falsedades propaladas por los racistas hispanistas y antiindigenistas.[25]

El antropólogo mantuvo vigente este tema en sus escritos hasta la década de los años setenta,[26] por lo que su historia de la antropología, como defensa del indigenismo, puede observarse, más que como un interés particular en la historia de las ciencias, como parte de su agenda en contra del racismo.

Con su historia, Comas trata de regresar la mirada a América, para observarla ya no como el espacio de investigación de la “otredad”, sino como el ejemplo epistémico y político óptimo que puede guiar las discusiones y reflexiones que están cimbrando el edificio del viejo continente. Porque, para Comas, hablar de indigenismo es pertinente no sólo para los americanos, sino una propuesta de alcance universal. Es por ello que, a manera de introducción, su *Trayectoria de la Antropología*, trata de destacar el devenir de las preocupaciones mexicanas en el escenario mundial plagado de las grandes propuestas teóricas de los fundadores de la antropología como Malinowski, Evans-Pritchard, Frazer, etc. y, sobre todo, de diferenciarla de aquellas propuestas colonialistas de Inglaterra y Estados Unidos, donde el antropólogo funge como “consejero sujeto a la línea política marcada por el administrador”. [27] Por el contrario, la teoría y práctica antropológicas en México, imprimieron un particular matiz haciendo que el administrador quedara influenciado y en algunos casos, subordinado al dictado del antropólogo.

De esta forma, su convicción sobre la pertinencia y vigencia del indigenismo en los años y las preocupaciones de la posguerra trata de encontrar su fundamento en el universalismo de la tradición mexicana. En buena medida, Comas aquí también muestra su propio arraigo al país del exilio, que lo llevó a considerarse más “mexicano” que “español”. En una entrevista que le realizaran poco tiempo antes de su muerte, Comas recordaba de aquellos primeros años de su llegada a México:

[...] no soy ni fui más que por muy poco tiempo miembro de ninguna asociación de españoles, y, en cambio, pertenezco a muchas asociaciones donde hay mexicanos y españoles, pero en el ambiente mexicano. Esa actitud me sacaba del ambiente pertinaz de los refugiados, de cierto grupo de refugiados que vivían en torno al “caerá Franco”, “volveremos y trabajaremos allí”; yo siempre pensé que estaba aquí.[28]

Su arraigo a la tierra del exilio y su defensa de la “tradición mexicana”, sin embargo, es de dos vías: el indigenismo mexicano tiene vigencia para resolver las preocupaciones de Europa sobre sí misma pero, a la vez, es una tradición que emanó de la madre patria. Pese a su condición de exiliado y a las breves páginas que le concede a la tradición de su terruño, Comas logra con gran maestría colocar su tradición en el centro de la historia de la disciplina mexicana, porque la historia de la disciplina comienza con los cronistas del siglo XVI y, a la vez, él, como exiliado, no sólo se integró en el corazón del indigenismo mexicano como gestor, investigador y docente, sino que se convirtió en uno de los creadores de las principales instituciones antropológicas en el país.

Vigencia de una narrativa

El interés de Juan Comas por la historia de la antropología trasciende el simple ejercicio de la remembranza de sus mejores años. Al historiar, Comas hace la disciplina y sus políticas, y también configura la memoria colectiva del gremio, de tal suerte que la impronta de su obra ha sido profunda. Pese a las críticas que sufriera la antropología aplicada que él defendió, y del cambio de timón que la nueva generación dio a la antropología, su propuesta sobre la existencia de una *tradición mexicana* se mantiene viva.

Pese a las críticas que recibiera su trabajo (y la tradición que estaba historiando) por parte de las siguientes generaciones, el trazo general de su historia arraigó en la comunidad antropológica provocando que la idea de una *tradición mexicana* de raigambre virreinal con Manuel Gamio como padre fundador, subsista como fundamento identitario de la memoria del gremio. El mismo crítico de la antropología aplicada, Guillermo Bonfil, integra esta genealogía y varios de sus presupuestos en su obra *México profundo*.^[29]

La narrativa se ha adecuado a las más variadas tendencias teóricas y de interpretación, incluso acentuando cada vez más la importancia de los años revolucionarios. En la magna obra compilada por Carlos García Mora, Jaime Noyola Rocha comenta que:

Hasta antes del porfiriato, dichos estudios no lograron formar un sedimento lo suficientemente espeso como para institucionalizar la antropología en el país y crear una escuela mexicana; el origen de ésta debe buscarse en el periodo histórico coincidente con la consolidación de una burguesía nacional, interesada en conformar una academia mexicana preparada para asimilar los desarrollos de la ciencia de los países capitalistas metropolitanos, como vía de aceleración de la acumulación de capital.^[30]

El éxito de la estructura de la narrativa de Comas no es gratuito. Acorde con su época y sin hacer mención explícita, con su historia de la antropología, Comas se insertó en la discusión sobre el papel de las localidades y periferias en el escenario de la ciencia hegemónica y universal. Su propuesta sobre el reconocimiento de lo “local” no es exclusiva sino, por el contrario, bastante común en la época, ya que a partir de la segunda mitad del siglo XX la mayor parte de los historiadores de la ciencia asumieron la universalidad del conocimiento científico e intentaron, a la vez, destacar las particularidades específicas del terruño. Incluso el concepto de tradición se ha convertido en un camino sugerente para los historiadores de la ciencia de nuestros días, quienes han omitido, casi por completo, la reflexión en torno a las conclusiones que pueden desprenderse al considerar a la ciencia como un componente de la cultura nacional.^[31]

De tal suerte, el éxito de la narrativa de Comas no es aislado, sino que está vinculado al éxito y la utilidad de las historias nacionales. Porque también es cierto que las historias disciplinarias —como cualquier otro ejercicio histórico—, además de hurgar en el pasado, miran hacia el futuro, construyendo *historia* para inventar los modos de ser en el porvenir, para fundamentar su tradición y *ethos*. La historiografía que manufacturan los propios científicos también revela ideologías, teorías y sistemas de creencias, axiologías, utopías, y claro está, tensiones: generacionales, gremiales, metodológicas, partidistas, presupuestarias, amorosas y hasta chauvinistas.^[32] Y, por supuesto, estos textos históricos contribuyen de manera rotunda a la emergencia de “estilos nacionales” de hacer ciencia.

Es indiscutible que existen múltiples razones por las que las ciencias sociales se interesan por su pasado, y en cada país son diversas y distintas. No obstante, consideramos que cada historia disciplinaria es producto de la voluntad de transformar y reestructurar disciplinas, y propicia el surgimiento de subdisciplinas y especialidades. Por ello, y para que resulte fructífero analizar las relaciones existentes entre las ciencias en su desarrollo y sus historias, es deseable distinguir entre los diferentes grupos que producen historia de la ciencia, los distintos públicos a los que va dirigida y los variados usos que tienen.

En el caso de los antropólogos en México, cuando han hecho antropología y escrito historia, no sólo hicieron su disciplina, sino que construyeron el país que habitamos, porque sus esfuerzos nos han educado y han dado identidad, y sus investigaciones han orientado, o en el peor de los casos, legitimado las políticas públicas del siglo XX.

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

** Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Ejemplo claro de cómo ha sido imprescindible para el advenimiento de la ciencia moderna hacer historia, es el libro de Thomas Sprat sobre la Royal Society of London de 1667, escrito a pocos años de la fundación de dicha academia y en el que además de contar el origen de la institución impulsa el *ethos* científico propio del

mecanicismo de la modernidad tardía. Otra muestra rotunda de que escribir historia ha sido vital para la ciencia es la *Historia de las ciencias inductivas* (1837) de William Whewell, quien dicen inventó la palabra científico y desempolvó a fondo los saberes en Cambridge, para ponerlos al día.

[2] Juan Comas Camp, *Trayectoria de la antropología social aplicada en México*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1964.

[3] Hebe Vessuri “¿Estilos nacionales de hacer ciencia?”, en *Quipu*, vol. 11, núm. 1, enero-abril, 1994, pp. 103–118. Aquí nos informa que “En los comienzos, por carecer Venezuela de una tradición académica en antropología, su práctica indigenista se inspiró en los principios del indigenismo mexicano. Más tarde como consecuencia de las diversificación de las influencias etnográficas tanto norteamericanas, especialmente a través del programa de J. Wilbert de la Universidad de California, como francesa, fue creciendo un marco conceptual propio y una tradición indigenista menos dependiente de las pautas del indigenismo mexicano y ha contribuido a sensibilizar a la opinión pública y a las organismos oficiales competentes” p. 115.

[4] Josep R. Llobera, *Hacia una historia de las ciencias sociales. El caso del materialismo histórico*, Barcelona, Anagrama, 1980.

[5] Fue cofundador de la sección de antropología, junto con Paul Kirchhoff, Pablo Martínez del Río, Pedro Bosch Gimpera, Mauricio Swadesh y el apoyo de Efrén del Pozo.

[6] El primer cargo lo ocupó por dos periodos (1960–1964 y 1964–1968) y el segundo entre 1963 y 1964.

[7] Juan Comas, *Historia sumaria de la Asociación Americana de Antropólogos Físicos* (1928–1968), México, INAH, 1969, p. 128.

[8] Ingresó al Partido Socialista en 1927 (en el que fue consejal durante la República), y nueve años más tarde al Partido Comunista.

[9] Eugène Pittard (1867–1962) es considerado como uno de los pioneros de la antropología en Europa.

[10] Ascensión Hernández de León Portilla, “Testimonios. Juan Comas Camps”, en *España desde México. Vida y testimonios de transterrados*, México, UNAM, 1978, pp. 200–203.

[11] Dolores Pla Brugat, “Un río español de sangre roja. Los refugiados republicanos en México”, en Dolores Pla (coord.), *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina*, México, Secretaría de Gobernación/ INAH (Migración), 2007, pp. 35–61; Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio (coords.), *De Madrid a*

México. *El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, México, UMSNH/ Comunidad de Madrid, 2001.

[12] Rafael Guevara Fefer, “En busca de la tradición científica del México independiente. Una cita, un cuento y un gráfico”, en Ambrosio Velasco Gómez, *Humanismo novohispano, Independencia y liberalismo: continuidad y ruptura en la formación de la nación mexicana*, México, UNAM, 2009, pp. 2275–285.

[13] Rafael Guevara Fefer, “El biólogo Enrique Beltrán Castillo. Un científico humanista del siglo XX”, en Ambrosio Velasco Gómez, *Humanidades y crisis del liberalismo: del porfiriato al Estado posrevolucionario*, México, UNAM, 2009, pp. 155–176.

[14] Andrés Molina Enríquez, *Clasificación de las ciencias fundamentales*, facsimilar de la segunda edición de 1935, México, INAH, 1990, pp. 67–68.

[15] Juan Comas, *op. cit.*, 1964, p. 9. La argumentación sobre de las Casas está vigente hoy, pues su vida y su obra se han vuelto a considerar atentamente y más allá de la leyenda negra anglosajona, para ver cómo sus trabajos y sus días fueron la simiente de asuntos que actualmente trata la ciencia jurídica y la política, así como la antropología y la sociología, sirviendo de base para decidir las políticas de la corona, mientras que hoy las ciencias sociales son fundamento para diseñar las políticas públicas, ya sean éstas buenas, malas, abusivas, respetuosas o no, eficaces, productivas o inútiles.

Así, la conciencia de conocer al otro (el indígena) y hacerse consciente de que no es inferior, sólo distinto, sintetiza el quehacer antropológico contemporáneo si aceptamos, con Comas, que los orígenes de las ciencias mexicanas contemporáneas están en la Nueva España y omitimos las intenciones evangelizadoras de los misioneros.

[16] *Ibidem*, pp. 7–8. Es posible aquí también considerar la lectura de Jorge Gómez, quien asegura que Comas sufrió la “grilla” institucional en su incorporación a las elites mexicanas, quienes le hicieron sentir como “ciudadano de segunda” por su condición de exiliado. Véase Jorge Gómez Izquierdo, “El discurso antirracista de un antropólogo indigenista: Juan Comas Camps”, México, *Desacatos*, núm. 4, 2000, en línea [<http://www.ciesas.edu.mx/Desacatos/Ini.html>], consultado el 27 de junio de 2014.

[17] Andrés Medina señala que Comas realizó una “bien desarrollada construcción histórica de las premisas sobre las que se erige la política indigenista elaborada por un grupo de antropólogos que encabezaba Gonzalo Aguirre Beltrán”. Andrés Medina, “Juan Comas, como historiador de la ciencia”, en *In Memoriam Juan Comas Camps (199–1979)*, México, UNAM, 1980, p. 31.

[18] Juan Comas, *Buffon, 1707-1788, precursor de la antropología física*, México, UNAM, 1958, p. 32.

[19] Miguel García Murcia, "Aproximaciones historiográficas a la emergencia de la antropología física mexicana", en *Inventario Antropológico*, vol. 9, núm. 207-208, pp. 49-73.

[20] Jorge Gómez Izquierdo, *op. cit.*

[21] Guadalupe Méndez Lavielle, "La quiebra política (1965-1976)", en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, México, INAH (Biblioteca INAH), vol. 2, pp. 354-363.

[22] Cabe recordar que a partir de 1951 la ENAH estableció un convenio con el Instituto Nacional Indigenista para crear la Sección de Antropología Social Aplicada para "preparar aquellos técnicos que en el futuro tengan encomendadas las labores a que va a emprender el Instituto Nacional Indigenista". Véase Correspondencia ENAH-INI, ms., febrero 1951, Archivo Histórico de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (AHENAH), sin catalogación.

Al parecer, a raíz de esto se fundaron las secciones de Etnología y de Antropología Social. Véase Guillermo Bonfil, "La generación de los magníficos y el resultado de las posiciones críticas en la antropología", en *Cuatro décadas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México, ENAH-INAH/ Ediciones Cuicuilco (Cuicuilco), 1982, p. 48.

A partir de 1959 y hasta 1963 la ENAH también participó con la Unión Panamericana en el proyecto 104 de la OEA, para "ofrecer adiestramiento avanzado en las técnicas de las ciencias sociales aplicadas, a estudiantes apropiados de las naciones americanas". Véase "Programa Interamericano para el adiestramiento de postgraduados en ciencias sociales aplicadas. Documento informativo", Unión Panamericana, ms. 8 págs., AHENAH, sin catalogación.

[23] Margarita Nolasco *et al.*, *De eso que llaman antropología mexicana*, México, Comité de Publicaciones de Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, s/f.

[24] Guillermo Bonfil, uno de los que encabezaron tales críticas, asumió la dirección del INAH en 1972.

[25] Jorge Gómez Izquierdo, *op. cit.*

[26] Comas participó, como representante de México, en la Comisión de Expertos sobre Cuestiones Raciales de la UNESCO, y en la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1949) y la Declaración sobre la raza (1950).

[27] Juan Comas, *op. cit.*, 1964, p. 6.

[28] Ascensión Hernández de León Portilla, *op. cit.*, p. 204.

[29] Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo: una civilización negada*, México, SEP-CIESAS, 1987.

[30] Jaime Noyola Rocha, “La visión integral de la sociedad nacional (1920–1934)”, en Carlos García Mora (coord.), *op. cit.*, vol. 2, pp. 135–136.

Sobre los años virreinales véase en la misma colección Graciela González Phillips (comp.), “Antecedentes coloniales (siglos XVI a XVIII)”, en Carlos García Mora (coord.), *op. cit.*, vol. 1, p. 215.

[31] Hebe Vessuri, *op. cit.*

[32] Wolf Lepenies y Peter Weingart, “Introduction”, en Loren Graham *et al.*, *Functions a Uses of Disciplinary Histories*, Dordrecht, Reidel, 1983. A manera de contraste, véase Hebe Vissuri, *op. cit.*

Tags:

[Del oficio](#)

[Historiografía de las ciencias antropológicas](#)

[Historia de las ciencias antropológicas](#)

[Historia disciplinaria](#)

[Juan Comas Camp](#)

[Ciencia en México.](#)

Analogías entre hombre y máquina. El Grupo Cibernética y algunas de sus ideas fundacionales

ENVIADO POR EL EDITOR EL LUN, 12/08/2014 – 17:10

Ruth Guzik Glantz*

Norbert Wiener es reconocido como el fundador de la cibernética y su libro *Cibernética: o el control y comunicación en animales y máquinas* fue el primero de miles de textos en los que se discute sobre este complejo e inagotable tema. Pero la cibernética no fue concebida por este matemático de manera aislada. Sus planteamientos centrales fueron madurando hasta concretarse como ciencia a partir de las discusiones desarrolladas en el seno del Club de Filosofía de la Ciencia impulsado por el neurofisiólogo y filósofo de la ciencia mexicano Arturo Rosenblueth, quien hacía trabajo experimental con Walter B. Cannon, en la Escuela de Medicina de Harvard, y que serían debatidas ampliamente, primero en el seno del llamado Grupo Macy y después en el Grupo Cibernética, donde se trabajaría sobre estos conceptos entre 1946 y 1953 en reuniones semestrales auspiciadas por la fundación Josiah Macy Jr.

En el Grupo Cibernética se construyen las ideas seminales del pensamiento sistémico que se extienden rápidamente y de manera simultánea a los más diversos puntos del orbe, y sirven como base para que matemáticos, ingenieros, físicos, neurofisiólogos, antropólogos, sociólogos y psicólogos y pensadores de las más distintas ciencias puedan entender la realidad, analizarla y trabajar con ella. El Grupo Cibernética es un espacio en el que se imagina por vez primera la inteligencia artificial, se gestan las ideas y conceptos básicos dirigidos a crear máquinas que desarrollen algunas de las funciones que despliega el hombre, constituidas por una especie de “sistema nervioso” capaz de prever lo que acontecerá y reaccionar en consonancia con eso; máquinas con capacidad de memoria, capaces de reproducirse a sí mismas y de producir otras máquinas, artefactos capaces de reproducir las funciones de algunos componentes del cuerpo humano.

Científicos en las primeras décadas del siglo XX

Norbert Wiener es un científico cuya vida es bien conocida debido a la importancia de su texto *Cibernética*, pero también por sus publicaciones autobiográficas *Ex-prodigio. Mi infancia y juventud* y *Soy un matemático*. Este notable investigador es hijo de madre católica y padre judío, quien lo impulsó a avanzar rápidamente entre diversos grados y ciclos escolares, por lo que siendo prácticamente un niño realizó estudios universitarios en el campo de la zoología, carrera que desechó para dedicarse a la filosofía y a la lógica matemática.

Entre 1918 y 1919 en el marco de la Primera Guerra Mundial, Wiener trabajó con Oswald Veblen del "grupo de balística" de Princeton en proyectos científicos para el ejército de Estados Unidos, y al concluir la guerra se incorporó al Instituto Tecnológico de Massachussets (MIT), donde permaneció hasta su muerte. De entre las múltiples relaciones científicas de Wiener destaca la que sostuvo con Arturo Rosenblueth, tal vez la única que no terminó rota por sus exabruptos que lo indujeron a pelearse hasta con sus más cercanos amigos y colaboradores.

Por su parte, Arturo Rosenblueth es el segundo de ocho hijos de una familia compuesta por el padre, Julio Rosenblueth, húngaro de origen judío, radicado en México y dedicado al comercio de ropa, y de su madre María Sterns, de origen mexicano-estadounidense e hija de padre judío y madre católica. Además de la educación formal, los hermanos Rosenblueth recibieron una estricta formación vigilada por su padre, quien además de apoyarles en sus estudios, exigía de sus hijos que tocaran diversos instrumentos musicales con los que ensayaban todos los días, y por ello el piano acompañaría a Rosenblueth toda su vida. El padre también los animó a que se expresaran mediante telas y pinceles como lo hizo Emilio, el mayor de los hermanos Rosenblueth, quien llegó a exponer sus obras plásticas, entre ellas el retrato donde se identifica a Arturo Rosenblueth como miembro de El Colegio Nacional.^[1]

En 1906 Emilio Rosenblueth aparece registrado como alumno del Colegio Franco Inglés –originalmente llamado *Institut Franco-Anglais Sainte Marie*– ubicado en la ciudad de México, lejos del Monterrey donde vivían sus padres, y al que se integraría poco después su hermano menor Arturo. Los dos permanecieron en esta escuela para varones, dirigida por sacerdotes maristas provenientes de Francia, que bajo estrictas prácticas pedagógicas enseñaban a los alumnos con libros escritos en alemán y en francés.

En 1910, cuando este colegio cerró sus puertas temporalmente por el estallido de la Revolución mexicana, Arturo Rosenblueth regresa a Monterrey donde concluye su educación primaria y se integra al Colegio Civil de Monterrey, en el que realizó sus estudios de preparatoria en una época en la que aún no existía la educación secundaria. En esta escuela, el trabajo sobre textos franceses e ingleses, y una enseñanza en laboratorios escasamente equipados, se combina con las ideas y prácticas de maestros visionarios como el de aquel cuyo nombre o adscripción académica omito mencionar Rosenblueth, pero que lo inició en la lectura en francés de tres de los cuatro textos de filosofía de la ciencia escritos por el matemático francés Henri Poincaré, que lo introducirían a preocupaciones científicas que lo acompañarían el resto de su vida.[2]

En 1918, reconocido como alumno preparatoriano “prodigioso”, se incorpora como estudiante a la Escuela Nacional de Medicina, en la que —paralelamente a reiteradas movilizaciones estudiantiles derivadas de las complejas condiciones institucionales para estudiar— se discutiría sobre la necesidad de impulsar la formación de los nuevos médicos dentro de la propuesta de medicina científica impulsada por Claude Bernard en Francia desde finales del siglo XIX, y presente en las escuelas de medicina europeas de la época.[3]

En esta escuela, cuyas enormes limitaciones financieras restringían la adquisición de nuevos libros para la biblioteca y contaba con grupos sobrepoblados, Arturo Rosenblueth se destacaba por ser un alumno muy hábil para el trabajo en el laboratorio; sin embargo, a tan sólo dos años de iniciados sus estudios, agobiado por las limitaciones económicas, se vio obligado a abandonar la universidad para dedicarse a tocar el piano en cafés y salas de cine mudo.

En 1923, apoyado por el doctor Guillermo Parra, director de la Escuela de Nacional de Medicina, intentó infructuosamente conseguir una beca o un trabajo en el campo de la medicina para continuar con sus estudios. Finalmente, el doctor Felipe Bockenheimer, profesor de cirugía de la Universidad de Berlín, gestiona una beca para que Arturo Rosenblueth concluya sus estudios en medicina en esa universidad, en la que el joven permanecería seis meses, para desplazarse a Francia y realizar un doctorado en la Escuela de Medicina de La Sorbona.[4]

A su regreso a México, Arturo Rosenblueth se incorpora a la Escuela Nacional de Medicina, como ayudante de fisiología del doctor Fernando Ocaranza, director de la escuela, cátedra en la que sólo podían participar los más destacados y hábiles profesores de la escuela, y se le asignó después la cátedra de fisiología. De manera simultánea trabajaba como neuropsiquiatra en el manicomio de La Castañeda, en el Departamento de Investigación del Instituto de Higiene, en el Tribunal para Menores, y además daba consulta en su domicilio particular.

En 1930 es distinguido, junto con el matemático mexicano Alfonso Nápoles Gándara, para inaugurar el programa de becas para estudiantes latinoamericanos de la Fundación Guggenheim y es asignado como estudiante de fisiología en la Escuela de Medicina de Harvard con el doctor Walter B. Cannon, el más destacado fisiólogo estadounidense de la época. Ahí Rosenblueth retoma las investigaciones sobre las simpatías iniciadas por Cannon y su alumno belga Zennon Bacq, y a unos meses de su llegada publica en la prestigiosa *American Journal of Physiology* un trabajo como autor único y tres más como coautor, bajo la exigente supervisión de su maestro. Su destacado desempeño como estudiante propicia que le prolonguen la beca por un año más, y que se establezca en ese país durante catorce años, como instructor de fisiología en la Escuela de Medicina de Harvard e instructor de ciencias bioquímicas en Cambridge.

La tarea de Arturo Rosenblueth como fisiólogo en Harvard fue intensa y productiva: algunos autores señalan que la nominación de Walter B. Cannon al premio Nobel de Medicina en tres ocasiones se debió al trabajo de Cannon y Rosenblueth, plasmado en la obra conjunta *Autonomic Neuro-effector System* (1937). Este científico mexicano fue formador de fisiólogos provenientes de universidades y centros de investigación de todo el mundo y publicó quince trabajos como autor único, una monografía y catorce artículos más con Cannon, además de 59 textos con 34 colaboradores internacionales.^[5] En 1944 Rosenblueth regresa a México a fundar el laboratorio de fisiología del Instituto Nacional de Cardiología, al lado del doctor Ignacio Chávez, y en 1960 funda el Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados (CINVESTAV) del IPN.

Colectivos de ideas: del club de filosofía de la ciencia al grupo cibernética

A la par del trabajo experimental que Rosenblueth realizaba en el Laboratorio de la Escuela de Medicina de Harvard, se generó un espacio de reunión mensual para discutir acerca de la filosofía de la ciencia en el Vanderbilt Hall —el comedor de los estudiantes de la Escuela de Medicina de Harvard— al que asistían inicialmente algunos de sus más cercanos alumnos y colaboradores del Laboratorio de Fisiología: Robert S. Morison, Carl Lashley, Fiorindo A. Simeone, Albert Grass y de vez en vez el propio Walter B. Cannon. Con el tiempo, este espacio de discusión ruda y directa, como lo era el carácter de su fundador, se fue abriendo a otros participantes, entre ellos el físico mexicano Manuel Sandoval Vallarta, quien invitó a participar de esas discusiones a Norbert Wiener, su amigo y colega del MIT. Tiempo después se integraron también otros científicos, como el director médico de la Fundación Josiah Macy Jr., Frank Fremont Smith, y el neuropsiquiatra Warren McCulloch.

En la introducción de *Cibernética*, Norbert Wiener describe el carácter de esas rudas reuniones en las que se buscaba el conocimiento, y las amistades se forjaban con base en el respeto de las ideas ajenas y no en las complacencias mutuas:

La conversación era vivaz y no tenía restricciones. No era un lugar para buscar la aprobación o para mantener una posición. Después de la cena, alguien —ya fuera de nuestro grupo o algún invitado—, leía un tema científico que, en general, era de metodología, o al menos tenía que ver con ella. El expositor tenía que enfrentarse a una crítica aguda, bien intencionada pero despiadada. Era una catarsis perfecta para las ideas indefinidas, la autocrítica insuficiente, la exagerada confianza y la pomposidad. Los que no aceptaban ese ambiente no regresaban y entre los asiduos habíamos varios que sentíamos que estas reuniones eran una parte importante de nuestro desarrollo científico.[6]

En 1942 la Fundación Josiah Macy Jr. invita a Walter B. Cannon a participar como ponente en una sesión de trabajo sobre inhibición cerebral; le es imposible asistir, pero recomienda en su lugar a Arturo Rosenblueth, quien es aceptado de inmediato por Fremont Smith y se apresura a hacerle una invitación formal. En ese encuentro Arturo Rosenblueth expuso las ideas sobre los servomecanismos que estaba trabajando con Norbert Wiener y Julian

Bigelow, publicadas al año siguiente en el artículo “Behaviour, purposeful and teleology”, texto que en 1953 es reconocido por Pierce De Latil como el “acta de nacimiento” de la ciencia cibernética.[7]

Su intervención en este encuentro académico detonó un interés tal entre sus participantes, que decidieron desarrollar una serie de conferencias auspiciadas por la misma fundación, en las que se discutiera a profundidad en torno a los conceptos de retroalimentación (*feed-back*) y causalidad circular propuestos por el fisiólogo[8] —idea que se concretó a partir de 1946, cuando había terminado la Segunda Guerra Mundial y Rosenblueth se encontraba trabajando en México.

En estas reuniones participarían algunos de los más destacados científicos de la época en distintos campos de las ciencias sociales, la medicina, las matemáticas y la ingeniería; fueron encabezadas por Warren McCulloch quien trabajó en los primeros proyectos sobre inteligencia artificial y publicó con Walter Pitts —a unos meses de haberse publicado el trabajo de Wiener, Rosenblueth y Bigelow— el segundo texto sobre la cibernética: “A logical calculus of the ideas immanent in nervous activity”, 1943.

El cuerpo sustantivo de ese grupo estaba conformado por 24 científicos provenientes de las más destacadas universidades y centros de investigación de Estados Unidos, incluyendo a Arturo Rosenblueth del Instituto Nacional de Cardiología de México; de ellos, siete eran psicólogos, psicoanalistas y psicólogos sociales; cuatro más se dedicaban a la neuropsiquiatría, la neurofisiología y la neuroanatomía; habían también cuatro matemáticos, dos sociólogos, dos antropólogos, un filósofo, un médico, un ecologista y un investigador del Museo de Historia Natural de Nueva York. Además de este núcleo de científicos, quienes se reunían en el hotel Beekman de Nueva York, en distintas sesiones se hacía una invitación especial a ponentes y participantes de diversas disciplinas que podían acudir a una o más sesiones.

Este colectivo trabajaría entre 1946 y 1953 bajo un rudo esquema de discusión, donde el ponente principal de cada sesión podía ser interpelado en el momento mismo de la exposición de sus ideas, en el que la tónica era el diálogo y la discusión, y las posiciones de liderazgo académico eran disputadas de manera permanente.

La discusión abierta y directa estaba en la base de estos encuentros, y mantener esta tónica de trabajo era tan importante que el propio Frank Fremont Smith, director médico de la Fundación Josiah Macy Jr., señala en un texto de la época que cuando uno de los espacios de discusión auspiciados por ellos empezaba a establecer un tono cordial, era evaluado como no funcional para la fundación y se suspendía su financiamiento.

En el centro de esas reuniones se encontraba la multidisciplinariedad como propósito y como mecanismo para propiciar la discusión; sin embargo, este elemento cohesionante y comunicativo es también motivo de dificultades e inconvenientes. El propio Norbert Wiener habla sobre este problema en el interior de dicho colectivo: “Las discusiones fueron interesantes y, de hecho, más o menos aprendimos a hablar el lenguaje de los restantes, pero había grandes obstáculos en el camino hacia un entendimiento totalmente completo”.[9]



Arturo Rosenblueth.

Archivo fotográfico de Arturo Rosenblueth de El Colegio Nacional, México, D.F.

El dúo de la cibernética

Los intereses compartidos por Norbert Wiener, Arturo Rosenblueth, Warren McCulloch, John von Neumann y Walter Pitts derivaron en un núcleo sólido, aunque no exento de tensiones, al que Steve Joshua Heims denomina la “familia cibernética”, que estaría por algunos años en contacto permanente por la vía epistolar y mediante estancias científicas en el Instituto Nacional de Cardiología en México, las reuniones Macy con sede en Nueva York, el Instituto Tecnológico de Massachussets en Cambridge y en la ciudad de Chicago.[10]

La relación de amistad y científica que establecieron Rosenblueth y Wiener fue tan importante y productiva para ambos, que este último gestionó con la Fundación Rockefeller un fondo para desarrollar un proyecto de “biología matemática” sustentado en estancias de investigación científica alternadas entre el Instituto Nacional de Cardiología en México y el Instituto Tecnológico de Massachussets. De acuerdo con los archivos de la Fundación Rockefeller, había un interés expreso de este organismo por hacer que Rosenblueth permaneciera en México y no se regresara a Estados Unidos,[11] por lo que los viáticos sólo eran para el desarrollo de los viajes de Wiener, pero no contemplaban los del fisiólogo mexicano a Cambridge.

Los encuentros iniciales de ambos amigos en el Instituto Nacional de Cardiología fueron muy intensos y productivos, y de ellos derivaron textos tan importantes como el publicado por Arturo Rosenblueth, Norbert Wiener, Walter Pitts y Juan García Ramos en 1949, “A statistical analysis of synaptic excitation”, y que hasta la fecha es el texto más leído de todos los firmados por Rosenblueth, además de dos textos adicionales publicados por los Archivos del Instituto de Cardiología de México.

Como producto de las nutridas discusiones entre Wiener y Rosenblueth realizadas durante largas caminatas, juegos de damas chinas —Rosenblueth siempre ganaba a Wiener en ajedrez, por lo que evitaban jugarlo juntos— y el tiempo compartido en el laboratorio, publicaron su conocido artículo “The role of models in science”), además de que en los suplementos del Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos se publica un pequeño volumen titulado *Controversia en la intencionalidad del conocimiento*, en el que Wiener y Rosenblueth discuten con Richard Taylor las ideas expresadas en el texto de 1943 antes citado de Wiener, Rosenblueth y Bigelow, sobre la intencionalidad en el comportamiento y la teleología.[12]

En el marco de una de las estancias de Wiener en el Instituto Nacional de Cardiología, en que Rosenblueth se encontraba atendiendo las demandas de las nuevas instalaciones de su laboratorio, el matemático se dio a la tarea de escribir *Cibernética: o el control y comunicación en animales y máquinas*, en el que expone los principios básicos de esta ciencia y está dedicado “A Arturo Rosenblueth por muchos años mi compañía en la ciencia”.

Pese a lo fructífero y confortante que resultaba para ambos esta relación de trabajo, sus encuentros poco a poco se fueron espaciando y haciendo más breves, por lo que después de varios viajes realizados entre 1947 y 1952 en que hicieron uso de cerca de 10 000 de los 27 000 dólares asignados al proyecto, los amigos y la fundación decidieron suspenderlo, con lo que, para tristeza de Rosenblueth, los planes de publicación de un libro juntos se redujeron a una serie de notas y apuntes matemáticos en papeles de distintos tamaños, tipos y texturas que pueden encontrarse en el Archivo de Norbert Wiener localizado en el Instituto Tecnológico de Massachusetts.^[13]

Lo mismo sucedió con el Grupo Cibernética, en el que poco a poco los ánimos fueron decayendo, tanto por las tensiones y desencuentros entre sus destacados miembros como por los compromisos de trabajo y los problemas de salud de algunos de ellos.

Ventana al futuro que ya llegó

De manera visionaria, Wiener afirma en su libro *Cibernética*: “La tesis de este libro consiste en que sólo puede entenderse la sociedad mediante el estudio de los mensajes y de las facilidades de comunicación de que ella dispone, y además, que en el futuro desempeñarán un papel cada vez más preponderante los mensajes cursados entre hombres y máquinas, entre máquinas y hombres y entre máquinas y máquinas”.

Esta idea tiene su origen en un proyecto emprendido por Norbert Wiener y Julian Bigelow en el periodo de las entreguerras y dirigido a destruir los aviones enemigos, para lo cual debían resolver el problema de la causalidad circular y la retroalimentación, lo cual implicaba pensar que para que el proyectil tenga “absoluta precisión para dar en el blanco”, requiere “predecir el futuro de una curva”, lo cual “implica resolver una cierta operación sobre su

pasado”. Y para eso deben tomar en cuenta que en el movimiento no sólo influye el de la máquina, sino también el del “control humano de la máquina”, por lo que deben considerar los movimientos y las características de la actuación del piloto. Sobre el carácter de este mensaje señala Wiener: “[...] en la comunicación sobre ingeniería del avión se hizo claro para Bigelow y para mí que los problemas de ingeniería de control y de ingeniería de comunicación eran inseparables y se centraban no sobre la técnica de ingeniería eléctrica, sino sobre la noción mucho más fundamental del mensaje, ya fuera transmitido por medios eléctricos y mecánicos o nerviosos”.

Al darse cuenta de esto deciden invitar a Rosenblueth al proyecto, dadas sus preocupaciones compartidas con Cannon sobre los fenómenos relacionados con la retroalimentación positiva y negativa, y los principios de causalidad circular entre el cerebro y el cuerpo, así como entre los objetos y el hombre:

[En] la *causalidad circular* participa la retroalimentación negativa. Uno de los ejemplos de Rosenblueth sobre este fenómeno es el siguiente: Una persona extiende su brazo para tomar un vaso con agua, y mientras lo hace es informado continuamente acerca de la distancia de su mano respecto al objeto a través de las vías visuales y propioceptivas. Esta retroalimentación negativa guía la acción en cada momento hasta alcanzar la meta. El proceso es circular, ya que la posición del brazo y la mano en un momento dado es parte de la información utilizada para realizar la acción del momento siguiente.^[14]

De acuerdo con estos científicos, hay similitudes entre animales y máquinas: la primera de ellas es la memoria; así, según Wiener, “entre el sistema nervioso y la máquina automática existe una analogía fundamental, pues son dispositivos que toman decisiones basándose en otras que hicieron en el pasado”. Además, animales y máquinas tienen órganos desde los cuales reciben información, y otra habilidad compartida entre ambos es la capacidad de aprender, de manera que una vez que identifican como resolver un problema, pueden hacerlo por sí mismas. Una cuarta habilidad común es la capacidad de reproducirse a sí mismos y, en el caso de las máquinas, de producir nuevos artefactos.

Estos conceptos de Rosenblueth y Wiener rápidamente fueron concretados en modelos dirigidos a “mecanizar los procesos psicológicos” que en términos de Rosenblueth significa “construir una máquina que desarrolle comportamiento al que le atribuiríamos un proceso psicológico que fuese desarrollado por un hombre”. [15]

Estos científicos tenían una serie de ideas que en los periódicos de la época eran catalogadas como “fantaciencia”, y de hecho algunas de ellas inicialmente formaron parte de novelas y películas de ciencia ficción, y hoy son constitutivas de nuestra vida cotidiana. La más significativa es la comunicación a distancia, que se concretó en una época relativamente reciente en lo que llamamos internet.

Así Wiener concibe, se imagina en la primera mitad del siglo pasado, la transmisión de mensajes entre lugares distantes anotando que “una transmisión de mensajes” no significará “el transporte de una partícula de materia de un lugar a otro”, previendo que un teclado y el teléfono podrían ser las herramientas idóneas para hacerlo:

Para ver la mayor importancia que tiene la transmisión de informes en comparación al transporte de cosas físicas, consideremos el caso de un arquitecto que vigila desde Europa la construcción de un edificio en los Estados Unidos. Supongo naturalmente que en el lugar de la obra existe un plantel adecuado de constructores, empleados, obreros, etc.; en esas condiciones, sin transmitir ni recibir ninguna cosa material, el arquitecto puede vigilar la construcción del edificio. Dibujaría sus planos y especificaciones como es usual. Incluso ahora, no hay ninguna razón para que las copias del proyecto en poder del constructor sean las mismas dibujadas en el salón del arquitecto. Existirán métodos para transmitir en una fracción de segundo fotografías que serán para los capataces tan buenas como el original. Se mantendrá al proyectista al corriente de los progresos de la obra mediante fotografías, una o varias por día, que podrá recibir análogamente por telefotografía. Cualquier advertencia o consejo que desee dar a su representante en el lugar de la obra, podrá transmitirse por teléfono, por telefotografía o por teletipo. Es decir, que el traslado del arquitecto y sus dibujos puede reemplazarse por una transmisión de mensajes que no signifiquen el transporte de una partícula de materia de un lugar a otro. [16]

Además, una de las cualidades centrales que tendría la cibernética para Wiener es la de generación de prótesis capaces de sustituir a los órganos humanos. En su libro *Cibernética y sociedad*, Wiener habla de que “los autómatas” no sólo debieran servir para la comunicación sino que tendrían “propósitos semimédicos: prótesis y reemplazo de funciones que algunos desdichados individuos han perdido total o parcialmente”.

Wiener rescata las ideas de Leibnitz respecto a las mónadas (que conforman el alma indestructible) y las teorías biológicas de Leeuwenhoek (los humanos derivan de espermatozoides), y dice que en algún momento se resolverán las complejas dificultades técnicas para transmitir mensajes y también se podrá viajar de un lugar a otro no sólo en trenes y aeroplanos, sino también por telégrafo, que habrán mecanismos de “transmisión corporal de la materia”, lo cual implicaría un complejo procedimiento técnico, ya que para él “la identidad física de un individuo no consiste en la materia de que está compuesto”.^[17]

Es muy probable que Rosenblueth estuviera en desacuerdo con esa idea, pues en su último libro, *Mente y cerebro*, que las células cerebrales crecen y se desarrollan pero no cambian, ya que de hacerlo no tendríamos memoria, pues esta reside físicamente en las neuronas. Sin embargo, para Wiener la teletransportación se realizará algún día y sobre esto escribe:

[...] así como una máquina de calcular puede utilizarse como modelo para el teclado de otra, así como el futuro desarrollo de ambas continuará siendo paralelo, excepto si se producen cambios en el teclado y la experiencia, no hay ninguna incoherencia en suponer que un individuo puede bifurcarse o prolongarse en otras dos personalidades que compartan el mismo pasado, sin que ocurra una escisión similar en el cuerpo. Para utilizar nuevamente el lenguaje de las máquinas de calcular, una que estaba anteriormente ensamblada por completo, puede encontrarse en un momento dado con sus conexiones divididas en ensamblamientos parciales, con un grado mayor o menor de independencia.^[18]

Confiaban tanto en los años cuarenta en la cibernética, que Wiener llegó a plantear que en algún momento podrían existir “máquinas de gobernar”. Para él, llegaría el momento en que sería posible medir los aspectos políticos,

sicológicos, la opinión pública, la producción, el mercado de tal forma que el planeta entero podría ser gobernado por una sola *machine à gouverner*. Probablemente Wiener tenía razón y hoy nos gobierna la televisión:

Una de las más fascinadoras (*sic*) perspectivas que se abren es la de la dirección racional de los asuntos humanos, en particular, de los que interesan a las comunidades y parecen presentar una cierta regularidad estadística, tal como el desarrollo de la opinión pública. [...] ¿No es posible imaginarse un aparato estatal que comprenda todos los sistemas de decisiones políticas, sea bajo un régimen de numerosos estados esparcidos por toda la tierra o bajo el aparentemente más simple de un solo gobierno humano de este planeta? Por el momento nada nos impide imaginarlo. Podemos soñar acerca de una época, en la que la *machine à gouverner* pueda suplantar, para bien o para mal, la ineficiencia actualmente evidente del cerebro, cuando éste se ocupa de la acostumbrada máquina política.^[19]

Estas ideas seminales fueron desplegadas al mismo tiempo por otros investigadores, entre quienes destacan Shanon y Fisher, así como McCulloch y Pitts, en tanto establecen las relaciones entre las neuronas naturales y las artificiales. Por su parte, John Von Neumann desarrolla los principios básicos de la programación, fundamenta la teoría de los juegos y habla de la posibilidad que tienen las máquinas de reproducirse a sí mismas y producir otras nuevas. Estableció, a la par de Wiener, la similitud entre el cerebro humano y la computadora y sentó las bases de la biónica. El desarrollo de artefactos cibernéticos basados en estos principios fue exponencial, y hoy las computadoras y sus mensajes son constitutivos de la vida cotidiana de una porción significativa de la humanidad.



Arturo Rosenblueth en su laboratorio.

Archivo fotográfico de Arturo Rosenblueth de El Colegio Nacional, México, D.F.

* Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

[1] Juan García Ramos, “Arturo Rosenblueth”, en Ignacio Bernal, Alfonso Vález Orozco y Juan García Ramos, *Tres científicos mexicanos*, México, SepSetentas/Diana, 1981, p. 148. Emilio Rosenblueth, “Acercamiento a Arturo Rosenblueth”, conferencia con motivo de la iniciación de actividades de la Fundación Arturo Rosenblueth para el Avance de la Ciencia, A.C., 2 de agosto de 1978, en *Memoria de El Colegio Nacional, 1943–1993*, t. IX, núm. 1, pp. 27–32.

[2] Roberto Reboloso Gallardo, “Orígenes de la ciencia en Nuevo León”, en *Ciencia, Universidad Autónoma de Nuevo León*, vol. V, núm. 1, enero–marzo, 2002, p. 6; Nemesio García Naranjo, “Los recuerdos del Colegio Civil”, en *Memorias*, México, Talleres El Porvenir, t. II, 1957, pp. 216–217; Arturo Rosenblueth, *Mente y cerebro. Una filosofía de la ciencia*, México, Siglo XXI, 1970, p. 3.

[3] Raoul Fournier, “Los años juveniles de Arturo Rosenblueth”, en *Revista de la Universidad de México*, vol. XXV, núm. 5, enero de 1971, pp. 13 y 14; Javier Garcíadiego (1996), *Rudos contra científicos: la Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México/UNAM, 1996; Fernando Ocaranza, *Historia de la*

medicina en México (prólogo de Carlos Biesca), México, Conaculta (Cien de México), 1995; de José Joaquín, Izquierdo, “Labor de los académicos mexicanos en fisiología”, en *Gaceta Médica de México*, T. LXXXV, núm. 4–5, julio–agosto–septiembre, 1955, pp. 507–517 y “Panorama evolutivo de la fisiología en México hacia los inicios del quinto siglo de vida de la Universidad Nacional Autónoma (Contribución de la Sociedad Mexicana de Historia Natural a la celebración del IV centenario de la fundación de la Universidad Nacional Autónoma de México)”, sobretiro de la *Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural*, t. XII, 1951.

[4] Cartas diversas intercambiadas entre los doctores Gabriel Malda, jefe del Departamento de Salubridad Pública y Presidente del Consejo de Salud Pública; Guillermo Parra, director de la Escuela Nacional de Medicina en 1923; Antonio Caso, rector de la Universidad Nacional de México; Felipe Bockenheimer, profesor de cirugía de la Universidad de Berlín, y Arturo Rosenblueth, estudiante de la Escuela Nacional de Medicina, localizadas en el AGUNAM, AHUNAM, expediente alumnos.

[5] Elin L. Wolfe, A. Clifford Barger y Saul Benison, *Walter B. Cannon, Science and Society*, Cambridge, Harvard University Press, 2000, p. 332.

[6] Norbert Wiener, *Cibernética: o el control y la comunicación en animales y máquinas*, Barcelona, Tusquets, 1981. Véanse también Arturo Rosenblueth, *op. cit.*, 1970 y Juan García Ramos (ed.) (1971), *Libro homenaje/Arturo Rosenblueth*, México, CINVESTAV–IPN, 1971.

[7] Se trata del texto de Pierce de Latil, *La pensée artificiellé*, París, Gallimard, 1953.

[8] Stewart Brand, “‘For God’s sake, Margaret’. Conversation with Gregory Bateson and Margaret Mead”, en *Co-Evolution Quaterley*, núm. 10, junio de 1976, pp. 32–44.

[9] Norbert Wiener, *Soy un matemático*, México, Conacyt, 1982, pp. 309–310.

[10] Steve Joshua Heims, *Constructing a Social Science for Postwar America. The Cybernetics Group. 1946–1953* (2a. ed.), Cambridge, The MIT Press, 1993.

[11] Véase el texto de Louisa Barclay Benton, “Arturo Rosenblueth: success or failure? A consideration of the forces which lie behind ‘success’ and ‘failure’ in science through the biography of a Mexican neurophysiologist”, tesis, Harvard University, Boston, 1987.

[12] *Controversia en la intencionalidad del conocimiento*, México, Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, UNAM (Suplementos, 2) 1955; “The role of models in science” aparece en *Philosophy of Science*, vol. 12,

núm. 4, 1945, pp. 316–321. Para una reseña de ese texto véase Pablo Rudomín y Ruth Guzik, “Introducción”, en Arturo Rosenblueth, *Obras Completas*, México, El Colegio Nacional, vol. VIII, 2005. Las alusiones a las actividades compartidas por Rosenblueth y Wiener en el INC pueden encontrarse en su correspondencia, depositada en el archivo Norbert Wiener Papers (NWP) del MIT.

[13] Para el financiamiento a este proyecto, véanse los informes anuales de la Fundación Rockefeller de 1947 a 1952.

[14] Pablo Rudomín y Ruth Guzik, *op. cit.* Steve Joshua Heims, *op. cit.*, pp. 17 y 18; Arturo Rosenblueth, “El principio de causalidad”, en *El método científico*, México, La Prensa Médica Mexicana/CINVESTAV–IPN (Ediciones Científicas), 1971.

[15] Arturo Rosenblueth, *La psicología y la cibernética*, México, UNAM (Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, 4), 1955. Para conocer más sobre “la chinche y la palomilla” diseñada por J.B. Wiesner y Norbert Wiener y sobre la “máquina de Shannon” véase Ruth Guzik, “Arturo Rosenblueth (1900–1970)”, tesis de doctorado, México, DIE–CINVESTAV, IPN, 2009,

[16] Norbert Wiener, *op. cit.*, 1981, pp. 87–88.

[17] *Ibidem*, p. 90.

[18] *Ibidem*, p. 91.

[19] *Ibidem*, p.155.

Tags:

[Del oficio](#)

[Arturo Rosenblueth](#)

[Norbert Wiener](#)

[Grupo Cibernética](#)

[Mensajes](#)

[Retroalimentación Circular](#)

De augurios y promesas: un acercamiento al análisis fotohistoriográfico

ENVIADO POR EL EDITOR EL LUN, 12/08/2014 – 17:35

Rebeca Monroy Nasr*

Hablemos primero de los pioneros. *Imagen histórica de la fotografía en México* fue el libro que abrió la plaza para que los estudiosos de las ciencias sociales —como la historia y la sociología—, de las ciencias humanas —como la filosofía y la estética—, y también de quienes estábamos dedicados a la producción plástica o al arte, encontráramos en la fotografía una nueva manera de historiar con las imágenes.^[1] Es el primer libro que dio la pauta para abrirnos los ojos en términos historiográficos, aunque existió un importante precedente.^[2]

A finales de los años setenta el libro *Imagen histórica de la fotografía en México* inauguró justamente lo que hacía falta en este país: ocuparse de la historia de la fotografía desde diferentes ángulos, ya fuese desde la misma historia y sus imágenes creadas en México: en ese momento se planteó que tal historia arrancaba desde enero de 1840 —ahora sabemos que fue desde diciembre de 1839—, o bien desde el ángulo de la ideología en imágenes, también de las formas y estilos de fotografiar, de la estética de la imagen o de las versiones sociales y políticas de las imágenes. Sin embargo, en ese libro no hubo un solo especialista en fotografía, eran historiadores como la coordinadora del mismo, Eugenia Meyer —entonces esposa del fotógrafo documentalista Pedro Meyer—, la historiadora del arte Rita Eder, el antropólogo Néstor García Canclini, y René Verdugo, fotógrafo y curador; detrás de cada investigación, la historiadora Claudia Canales aportó una gran parte de los materiales gráficos y hemerográficos para el trabajo, y que poco después haría el libro paradigmático: *Romualdo García. Un fotógrafo, una ciudad, una época*, donde por primera vez podríamos ver una biografía laboral contextualizada y con el análisis de los materiales visuales. Este libro abrió otra veta de trabajo, la de los estudios monográficos de sustancia historicista.^[3]

Esos investigadores nos enseñaron que se podía leer desde diversos ángulos la imagen, pero sobre todo revelaron el punto más interesante: la fotografía podía develar la ideología del fotógrafo a partir de sus imágenes y sus formas y

estilos de fotografiar. Ya fuesen en el estudio o gabinete, ya fuese retratista, fotoperiodista o un simple aficionado, en todos ellos podíamos abundar en una historia detrás de la imagen. En ese libro, producto de una magna exposición, fue factible conocer a la primera fotografía de guerra de la historia, con el daguerrotipo del médico que amputó la pierna del enfermo que posa con él y con los soldados que lo cargan semidormido; pero lo más atractivo de la imagen es que fue montada para tal efecto, aparece el sujeto más importante o el *punctum* como señala Roland Barthes: la pierna cercenada.



Charles J. Betts. Primer daguerrotipo de guerra de la historia de la fotografía, cuando el doctor Pedro van der Linden amputó la pierna del sargento Bustos, Cerro Gordo Veracruz, México, 1847, © (no. inv. 839971). Conaculta, INAH, Sinafo. FN. México.

De esta fotografía años después se sabría —gracias a otro libro sustancial realizado por Rosa Casanova y Olivier Debrouse que lleva por nombre *Sobre la superficie bruñida de un espejo*— que el médico dejó datos en una carta que escribió desde algún lugar en Cerro Gordo, Veracruz, y que la imagen no era de Saltillo, aunque sí de 1847, por ello aún es considerada la primera fotografía de guerra conocida hasta ahora en el mundo, aunado a una serie de informaciones más profundas de los fotógrafos y las imágenes realizadas en los gabinetes decimonónicos.^[4]

Además de ese libro–exposición, en palabras del editor de la revista *Alquimia* podemos referirnos a otros elementos que impregnaron el ambiente:

Tres grandes eventos complementarios, que permiten fijar la atención de un amplio público, se suceden en 1978: la Primera Muestra de la Fotografía Latinoamericana Contemporánea y el Primer Coloquio Latinoamericano de Fotografía, promovidos por el Consejo Mexicano de Fotografía; así como la primera gran exposición de corte histórico, *Imagen histórica de la fotografía en México*, resultado de una investigación desarrollada en el INAH con imágenes provenientes en gran parte de sus colecciones y que afirmó su papel rector en el resguardo e investigación del medio.[5]

De Pachuca hacia el mundo

Es importante subrayar que a partir de ello que se inicia un fuerte interés por la fotografía como fuente documental, histórica y estética, y la creación, en 1976, de la Fototeca del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), en la airosa Pachuca, en Hidalgo, garantizaría el resguardo como patrimonio cultural sustancial de las imágenes hechas con luz.[6] La difusión de los materiales quedaría en manos de los fototecarios y fotógrafos del lugar, quienes dieron origen a estudios importantes como el rescate de la figura del mismo Agustín Víctor Casasola, por Flora Lara Klahr, quien desmitificó al personaje de manera tajante al revisar su desarrollo laboral en un ensayo publicado en la revista *Siempre!*, donde mostró las virtudes de la investigación con los materiales gráficos y el estudio de los personajes en cuestión. También su libro–catálogo *Jefes, héroes y caudillos*[7] fue pieza sustancial de la obra de Casasola, pues ahí se mostraron los retratos de los revolucionarios y sus líderes de manera muy atractiva.

Para dar a conocer el fondo que resguardaban también publicaron el libro *Los niños (1905–1940)*, realizado a partir de una exposición a manera de catálogo,[8] el cual mostraba otra imagen de la Revolución y, sobre todo, dio visos de aquello que no se conocía del acervo que era sobre la posrevolución mexicana, donde los Casasola, ya como familia, registraron con sus cámaras las consecuencias sociales, políticas, culturales y económicas de ese periodo. El registro tuvo lugar en los orfanatos, en las cárceles, en los nosocomios, en las dependencias del gobierno del Distrito Federal, que procuraban atenuar los estragos de la orfandad, del hambre, de la falta de higiene, como la

presencia de los piojos, o bien de los personajes que pisaban las cárceles, ya fuese por robar un pan o por ser criminales seriales.

Flora Lara y Marco Antonio Hernández realizaron trabajos de investigación e historia gráfica,^[9] que mostró la obra desde Casasola hasta los jóvenes ochenteros que trabajaban la fotografía de prensa y documental, con una amplia visión de la presencia documental de la fotografía en nuestro país bajo el régimen priísta. Aquí es importante señalar que la presencia de Flora Lara Klahr y Marco Antonio Hernández dieron a la fotografía una salida intelectual y de análisis de las imágenes que no había tenido antes en la institución. A ello se unió el interés de Eleazar López Zamora por producir y presentar a nivel editorial las exposiciones y dotar a la museística de importancia con la creación de un Museo de Fotografía en México. Desde las celdas de ese ex convento de San Francisco, fotógrafos de gran calidad mostraron las virtudes de impresiones de gran calidad formal y técnica, no sólo para los solicitantes de imágenes que deseaban “ilustrar sus libros”, sino también quienes veían en esas fotografías un documento digno de ser analizado y cotejado con otras fuentes. Así, con grandes esfuerzos, mucho trabajo y una diversidad fotográfica... desde Pachuca, salimos al mundo.

Otros caminos

Para que se posicionara la fotografía en el último tercio del siglo XX en mucho coadyuvó la creación de periódicos no alineados al régimen, como *Unomásuno* y *La Jornada*. *Unomásuno* nació el 14 de noviembre de 1977, con periodistas que renunciaron a *Excélsior* el 8 de julio de 1976, tras el golpe del gobierno echeverrista contra el diario y contra Julio Scherer. *Unomásuno* fue la segunda alternativa de su fundador, Manuel Becerra Acosta, exsubdirector de *Excélsior*. *La Jornada* tuvo sus orígenes en un grupo de periodistas que por diferencias de distinto orden dejaron de colaborar con *Unomásuno* y promovieron la creación de ese nuevo diario, que vio la luz el 19 de septiembre de 1984.^[10]



Foto Archivo *La Jornada* Nació un nuevo diario con nuevos derroteros político, sociales, culturales y fotográficos. La Jornada, 19 septiembre de 1984, México.

Aparte de las discusiones y problemas internos, ambos diarios dieron un salto cualitativo, tanto en lo que a sus colaboradores se refiere como a reporteros, ensayistas, visiones editoriales atentas a la crítica y distantes de los medios oficialistas del régimen. Asimismo se abrieron a la formación de fotógrafos con un matiz distinto al de otros medios; la fotografía tendría una presencia mayúscula y sustancial en el medio editorial. De esa manera se rompieron cánones implícitos de la fotografía, se alejaron del *chayote y el embute*,^[11] fueron parte sustancial de proyectos editoriales donde los fotógrafos tenían una injerencia directa en la formación de las planas, la inserción de las notas gráficas, de los fotoensayos y fotorreportajes, así como de los pies de foto y los *balazos* que acompañaban a las imágenes.

Ya en el diario *Unomásuno* se creó la posibilidad, por primera vez en la historia del país —al menos hasta donde se sabe—, de que una mujer fuese la jefa del departamento de fotografía.^[12]

En *La Jornada* también encontraron lugar muchos jóvenes fotoperiodistas que hicieron de la imagen una nueva veta de trabajo. Este diario tampoco podría quedarse atrás en las innovaciones editoriales, por lo que también se nombró

a una mujer como jefa del departamento de fotografía.[13] Christa Cowrie y Frida Hartz tuvieron que trabajar arduamente frente a los compañeros para ganarse un respeto. Pero todo ello era parte de la nueva faz que el periodismo mexicano de izquierda empezaba a plantear. Por ejemplo, el mismo Pedro Valtierra, al hacerse cargo del departamento de fotografía de *La Jornada* en el año de 1986, propuso a su director Carlos Payán Verver una serie de puntos, entre los cuales destacan:

Mi propuesta es darle a la foto más utilidad; después de que se publicó en las páginas del periódico o, incluso, aunque no se haya publicado, puede cobrar vida en suplementos, libros, galerías, museos y otros espacios, así como todas aquellas formas que convengan al fotógrafo y al periódico para publicarlas [...] La imagen es para verse, no está limitada al periódico únicamente, tiene vida propia. Con esta política gana el periódico, gana la fotografía, ganan los lectores y gana el fotógrafo, porque deja de ser anónimo.[14]

Es decir, para fines de los años setenta y ochenta se rompió el cerco gestado por la política de Miguel Alemán que cercenó cualquier intención de crítica al régimen o al PRI en el poder, pero además la fotografía cobró de nuevo el poder de la imagen, que perdió en los años cuarenta. Aún más aguda, con una visión preclara de que era un aparato ideológico, que era propaganda clara o encubierta, se trabajaron las imágenes con el deseo de mostrar una determinada realidad, un registro social, un espacio oculto por años a la vista de las grandes masas de lectores de diarios y revistas nacionales.

Dichos eventos propiciaron la sucesiva realización de coloquios, exposiciones, investigaciones y libros que culminaron con las celebraciones para conmemorar los 150 años de la fotografía, en 1989. Con ellas se inició una nueva etapa que pronto arrojó sus frutos: una conciencia de la necesidad de ahondar en la historia de la fotografía en todo el país, la promoción a ultranza de la fotografía contemporánea y el incremento de los archivos fotográficos, así como de estudios y publicaciones especializadas.[15]

Si bien 1989 es un año de impulsos historiográficos, ya la cosecha se daba desde 1982, cuando —junto con el Taller de Producción Plástica— buscamos implementar una serie de conceptos alrededor de la imagen, desde la

producción plástica, rechazando el concepto de ser “artistas”, mucho menos “genios” e impulsando sobre todo el término de trabajadores de la cultura.

En mi caso, el esfuerzo metodológico de realizar una tesis de licenciatura se llevó cuatro años para recabar la escasa información que había en revistas (era fundamental la del Museo de Arte Moderno, el número 12), las notas de los periódicos en que publicaba Nacho López, por ejemplo el *Unomásuno*, y una mujer de extraordinarias letras y conceptos, la joven Adriana Malvido. Tuve que reunir los pocos libros a la vista como el ahora clásico e inconseguible de Carlos Jurado *El arte de la aprehensión de las imágenes y el unicornio*,^[16] que profundizó conceptos, abundó y generó mitos, engendró fórmulas y redundó en clases de tecnología alternativa que impartí a lo largo de un año en Ciudad Netzahualcóyotl, con alumnos desde ocho años hasta adultos mayores. Eran lugares con poco acceso a la fotografía tradicional, pero los logros y trabajos fueron realmente estupendos y pudieron entender la formación química y física de la fotografía, así como una visualidad diferente por el uso de cámaras de cartón sin lente, es decir cámaras estenopeicas.

Nombrar la experiencia propia

Por otro lado, se inició la búsqueda para implementar una metodología propia, conceptual y de análisis de la imagen, lejos de las llamadas “bellas artes”, pues el funcionamiento de la fotografía desde un principio ha sido muy diferente a éstas. Así, el generar una visualidad y una manera de analizar y comprender el curso de esa historia de la mirada de la fotografía en México era un requisito sustancial, pues hasta ese momento no contábamos con ninguna fotohistoria sistemática que recogiera nombres, géneros, periodos, personajes, usos sociales, clasificaciones. Todo lo que consumíamos venía del exterior; eran las historias de la fotografía europeas y estadounidenses con las metodologías o intentos de análisis propuestas básicamente por la escuela del estructuralismo francés, cuando no eran meramente cronologías del desarrollo de la fotografía desde una visión técnica y formal. Pero de suyo distaba mucho de lo que en este país se había hecho con la fotografía no sólo en el siglo XIX, sino con mayor razón a partir de nuestra Revolución y el cambio profundo en las estructuras de poder y las ideológicas.

La fotografía no se quedó atrás, era por ello indispensable elaborar nuestra propia historia, nuestros cambios, estilos y formas de atrapar la imagen. Simplemente los sujetos sociales y los fotógrafos estaban hechos de un bagaje cultural y social diferente, era necesario volver la mirada hacia nuestro ombligo de fotoproducción nacional, en interacción con lo que llegaba también de fuera e impregnaba el ambiente.

Una parte de ese trabajo en los años ochenta fue analizar el fotodocumentalismo y el fotoperiodismo que emergía por doquier, en el marco de los movimientos sociales que surgían y se concretaban en esos años. Era una parte sustancial de las tareas a realizar. El trabajo dio sus frutos y empezamos a buscar elementos conceptuales como “lo técnico-formal, temático ideológico”, para iniciar los análisis de las imágenes, con el Taller de Producción Plástica (TPP), donde surgieron este tipo de conceptos importantes, definiciones y trazos que después decantarían en otros análisis histórico-fotográficos, que se realizarían desde la mirada documental.

Desde ese esquema el profesor Armando Torres Michúa promovía, junto al análisis de la imagen, la lectura de diversos textos clásicos, desde Adolfo Sánchez Vázquez hasta la lectura del *Manifiesto del Partido Comunista*, o *El capital*, junto con Nicos Hadjinicolaou y la imagen ideológicamente positiva o negativa; o de Arnold Hauser, quien a partir de la *Historia social del arte* exponía una metodología contextualizada en el marco histórico, social, geográfico. No podía faltar el libro de Rudolph Arnheim y la percepción del arte, además del uso de herramientas que la *iconología* y la *iconografía* nos prestaba para el análisis de las imágenes y que podrían derivar en nuevas vertientes de apreciación.[17]

Sin embargo, sólo a partir del estructuralismo empezamos a hacer explícito que la fotografía era un lenguaje con elementos propios, pues se le connota y se le denota desde su propia esfera lingüística. Aunque esa corriente llegó demasiado tarde a nuestras vidas, y pocos decidieron avanzar por ese camino para el análisis fotográfico, Roland Barthes nos dio grandes frutos mediante sus ensayos y haciendo valiosas anotaciones en torno al *punctum*, entre otros temas.[18] Phillipe Duboise[19] señaló claramente el índice y la huella, y de ahí se derivaron importantes teóricos entre los que hemos deambulado en la búsqueda de soluciones, creando nuevas preguntas y armando nuevos modelos de análisis para evitar los cartabones y, más bien, enriquecer las vertientes de apreciación de la imagen.

Para fortuna nuestra, Boris Kossoy, también fotógrafo documental, empezó a elaborar una teoría y metodología de análisis que tenía mayor cercanía con nuestros intereses en tanto latinoamericanos, y por ello Kossoy ha sido desde hace años un pilar para el trabajo de la fotohistoria.[20]

Por mi parte, creo que en la Dirección de Estudios Históricos se ha trabajado sobre todo con la metodología aprendida con el doctor Aurelio de los Reyes, historiador de fondo que busca en las fuentes las respuestas, interactúa con la historia y decanta la imagen sin analizarla, pero respeta la frecuencia de cada uno de sus alumnos. Por ello se ha llegado al trabajo de un fotorreportero estrella de los años treinta, contextualizando su obra con la hemerografía, analizando sus imágenes a partir de sus coetáneos y contemporáneos, además de realizar conceptualizaciones claras y anotar sus aportaciones fotográficas a México y al mundo.

Otras vertientes que han abonado de manera importante el trabajo histórico en torno a la fotografía son los avances de investigación publicados en revistas que poco a poco cobraron un importante papel de difusión del conocimiento fotohistórico. Las revistas especializadas han ayudado de manera importante también a generar presencia en América Latina e incluso fuera de nuestras regiones, allende el mar, y dentro de los estudios de nuestros vecinos del norte.

Entre éstas destacan la ya legendaria revista *Foto Zoom*, donde Eleazar López Zamora jugó un papel importante junto a Alejandro Castellanos, quienes por años buscaron mostrar otra cara de la fotografía en México. A su vez, la revista *Cuartoscuro* se ha mantenido en el mercado editorial con gran vigencia y de manera independiente. Tanto su fundador, Pedro Valtierra, como sus coordinadoras editoriales —Anasella Acosta y Ana Luisa Anza—, han sido sustanciales para conservar su vigencia entre lo que puede ser el aspecto histórico y lo que es la fotografía contemporánea, y ha abierto sus páginas tanto a nóveles fotógrafos como a expertos en la materia desde 1994.

Por otro lado, dos revistas que tienen su fundamento en la parte institucional han sido fuente importante de divulgación de los avances científicos, tecnológicos, históricos y estéticos de las imágenes creadas con luz. *Luna*

Córnea se publica desde 1992, y si en un principio funcionó gracias al interés de Pablo Ortiz Monasterio, con los años quedó en manos de Patricia Gola y Alfonso Morales, quienes fueron haciendo números monográficos, temáticos, que en verdad han abundado y dado una gran información en temas poco tratados y conocidos, sobre autores, épocas y tipos de imágenes. Cada día más parecida a un libro, es uno de los pilares de la fotografía mexicana, y hasta ahora han publicado 34 números de gran calidad. De igual modo, la revista *Alquimia* del INAH — cuyo editor en jefe es José Antonio Rodríguez y en cada número tiene un editor invitado— ha creado importantes acercamientos para estudiar desde los primeros momentos y técnicas fotográficas, hasta las más innovadoras y poco conocidas fotografías que aparecen en acervos inusitados. Es ejemplar por su frecuente manera de presentar trabajos inéditos de diversos estudiosos nacionales de la fotografía mexicana, publicada también desde 1998, cada día con gran interés en la producción editorial; se trata de un trabajo que en el INAH, junto con los directivos del Sinafo, Juan Carlos Valdés y Mayra Mendoza, buscan mejorar cada día.

A partir de investigaciones personales me he preocupado por el relato de la historia con la fotografía, como en el libro de *Entre los nitratos de plata y las balas de bronce. Ezequiel Carrasco*, o sobre la Decena Trágica, confeccionado con casi 20 autores, y coordinado con Samuel Villela, uno de los más destacados estudiosos de la fotografía en México, pero sobre todo de la fotografía regional, de mujeres haciendo una historia *matria* sobre su objeto de estudio.^[21] También he trabajado la recuperación de un personaje muy importante para la fotocrítica en México, Antonio Rodríguez, emigrante portugués con identidad española en el refugio del 39, cuyo nombre verdadero era Francisco Paula Oliveira, y de quien ahora se rescata y trabaja su intensa vida militante, entre al anarquismo y el comunismo en Europa. Al llegar a nuestro país, transformó su militancia en un trabajo intelectual de gran altura para la vida cultural mexicana.^[22]

También he usado la fotografía como herramienta para la historia gráfica, es decir hacer historia con la imagen, y al mismo tiempo hacer historia de la fotografía. En mi caso ambos géneros se complementan, y me es casi imposible hacer historia gráfica sin hacer fotohistoria, pues todo periodo arroja nuevos haces de luz, de autores, obras, sus conexiones, intereses, formas y estilos de trabajar; editores, revistas, diarios; en fin, una serie de elementos que es necesario analizar desde el autor y su contexto sociocultural. Los temas trabajados han dado diferentes frutos.

Actualmente se trabaja uno sobre los estudios de género, en una reconstrucción de un episodio muy sonado sobre una de las primeras Señorita México, María Teresa de Landa, quien ganó el concurso en 1928 para representar a nuestro país en Estados Unidos, donde ocupó el puesto número nueve. Al regresar se casó con el general Moisés Vidal, rechazando las ofertas de actuación en Hollywood y un salario bastante honorable en dólares. Viajó con su marido por el país, y después de casi un año de matrimonio se enteró que su marido estaba casado con otra mujer también llamada María Teresa, con quien había procreado dos hijas. Ambos estaban demandados por bigamia, ella descargó sobre su marido las seis balas de la pistola del propio general. El resultado fue un juicio muy sonado a fines de los años veinte, el último de los juicios populares, que terminó con la liberación de una mujer engañada que defendió su honor.[23]

Al lado del doctor Alberto del Castillo hemos construido una serie de andamios para llevar a los alumnos a recrear sus temas, confeccionar sus tesis y darle una vuelta de tuerca a la historia y sus fuentes convencionales. Desde 2000 se creó una línea de investigación sobre historia social e imagen, para apoyar el posgrado de Historia y Ethnohistoria de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Se han presentado varias tesis con temas sobre la imagen no sólo en fotografía, sino caricatura y grabado. Esta línea de investigación es única en América Latina, hasta donde sabemos.[24]

Por otro lado, es importante dar seguimiento a trabajos de tesis, lo cual requiere de asesorías mensuales y de realizar un seminario que se llama “El sabor de la imagen”, impartido en la DEH pero no es exclusivo para alumnos de la ENAH, sino que provienen de diferentes instituciones. El trabajo colegiado entre los alumnos les ayuda a acotar sus trabajos, establecer límites, aclarar sus hipótesis y objetivos de trabajo, a la par de realizar lecturas concernientes a sus temas. La discusión entre los alumnos les ayuda también a aclarar sus propias miradas y estructuras metodológicas.

Para coadyuvar al desarrollo de estos alumnos, y de otros que trabajan la imagen fija o móvil como fuente documental, se creó el “Seminario de la Mirada Documental”, al que fui invitada a coordinarlo por y con el doctor Alberto del Castillo, ya en su sexto año de vida. Este seminario ha sido una fuente para profundizar sus investigaciones, dotarlos de diversas metodologías de trabajo, profundizar conceptos, al llevar diferentes invitados a

exponer sus investigaciones. Han asistido especialistas de la imagen, fotógrafos, fototecarios, artistas, directores de cine de arte, entre otros, que nos han favorecido con la presentación de sus trabajos de investigación. Con ello consideramos que les damos un importante apoyo a los jóvenes que realizan sus tesis de licenciatura y posgrado en diferentes escuelas y universidades, sin ser necesariamente nuestros asesorados. El cálculo es de unos 30 asistentes al seminario, con población fluctuante según el tema, por supuesto.

Es importante señalar que en los últimos años calculamos una cifra de cuando menos 100–150 tesis de alumnos, tanto por parte de la UNAM —en el posgrado de Historia del Arte de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Facultad de Artes y Diseño— como de la Universidad Autónoma Metropolitana (Xochimilco y Azcapotzalco), la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Casa Lamm, la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, la Escuela Nacional de Antropología e Historia (tanto licenciatura como posgrado), entre otras. Las tesis no son sólo de alumnos nuestros, sino de los otros profesores que asesoran y dirigen las investigaciones sobre cine y fotografía, pero que llegan a nosotros porque somos parte del Comité Tutorial, conformamos el sínodo, o simplemente se acercan para obtener información.

Los límites se han extendido e incluso hemos traído profesores a impartir cátedra o cursos. Nos han visitado el doctor Boris Kossoy y la doctora Ana Maria Mauad, de Brasil; el doctor Gonzalo Leyva, de Chile, y próximamente recibiremos la visita de la doctora Cora Gamarnick, de Argentina. Además, dos de nuestros alumnos han obtenido el Premio Nacional de Ensayo sobre Fotografía promovido por el Centro de la Imagen.^[25]

El Seminario también ha promovido dos coloquios de alumnos en la Dirección de Estudios Históricos del INAH, coordinados con el Instituto Mora, y está en la mira un tercer coloquio para realizarse seguramente el año entrante. El objetivo particular es que los alumnos muestren sus avances sustanciales de trabajo, pero también aprendan a sintetizar su tema al acotarse a cierto tiempo preestablecido y puedan ir profesionalizando su quehacer.

La idea actual es extender el seminario más allá de las fronteras, encontrar más interlocutores en Latinoamérica, porque hay países que han avanzado sustancialmente en el análisis, conceptualización y teoría sobre la fotografía,

como es el caso de Brasil, Chile y Argentina. También allende el mar, sería importante contactar a los estudiosos, y buscar presupuestos para que vengan al seminario, que sería lo mejor.

Ese trabajo ha impresionado en muchos lugares, porque los invitados van desde profesores de historia, de historia gráfica, analistas de imagen, fotógrafos, fotoperiodistas, fototecarios, fotoartistas y hemos incluido el rubro de la imagen móvil, para aquellos que están trabajando actualmente el cine —recientemente con la presencia de directores de arte en el cine—, entre muchas otras figuras que dan luz a los alumnos con sus trabajos. El proyecto tiene como finalidad que cada uno descubra las posibilidades del discurso visual e histórico y lo aplique a sus propios materiales de investigación.

Ese seminario fue producto de uno anterior en el que participaron dos colegas del Instituto de Investigaciones Estéticas, llamado Seminario de Fotografía, Cultura y Tecnología, con la doctora Laura González y la doctora Deborah Dorotinsky. Ahí se analizaron desde textos bíblicos, para comprender la cultura judeo-cristiana que nos conforma y la iconoclasia alrededor de la misma, hasta las propuestas de Vilhem Flusser y sus determinantes técnicas en la fotografía; todos ellos han nutrido los anales y los estudios de la fotografía actual. Dichas investigadoras también han realizado importantes aportaciones a la fotohistoria, desde diferentes aspectos y tendencias de análisis. El trayecto es largo y amplio, por lo que toda aportación es muy importante; en particular, cada una en su forma y estilo han desarrollado trabajos de investigación, realizado curadurías, apoyado alumnos. De manera específica, la doctora Dorotinsky ha realizado una importante labor desde su trabajo como coordinadora del posgrado en Historia del Arte de la UNAM, donde apura a los alumnos y tutores a obtener su grado en tiempo y forma.

La doctora González, por su lado, se ha dedicado más a la fotografía contemporánea y su análisis; publica textos y realiza curadurías internacionales de suyo importantes. El fotógrafo e historiador Ernesto Peñaloza ha decantado en la maestría en Historia del Arte, trabaja sobre la fotografía de Leo Matiz y de diversos autores sudamericanos, en una revisión que hacía falta realizar.

Por otro lado, la que suscribe, junto con Alberto del Castillo, desde 2013 hicimos la propuesta de un Seminario de Investigación de la Fotografía, con la intención de discutir textos entre pares, es decir, entre quienes trabajan el tema desde diferentes perspectivas. Dicho seminario lleva más de un año de funcionamiento; hemos tenido momentos espléndidos de discusión y otros más dolorosos, pero se ha avanzado en términos generales en la creación de un grupo arduo de discusión, sin miramientos. Actualmente Rosa Casanova es parte sustancial de la coordinación del seminario, al lado del doctor Alberto del Castillo, quien coordina los trabajos ahora desde la parte sur del continente. Hay 20 investigadores que vienen de diferentes instituciones y lugares del país (el maestro Daniel Escorza desde Pachuca, Hidalgo; la doctora Claudia Negrete desde Xalapa, Veracruz; Andrea Noble, en una estadía en México desde la Gran Bretaña, acude con nosotros a las discusiones de textos).

Sólo resta decir que en los estudios sobre la imagen fotográfica se han dado grandes avances. Hay quien, como Carlos Córdova, implementa su propia metodología y estructura de manera magistral, de tal forma que su erudición deja en claro que el trabajo por realizar aún es enorme.[26]

En este momento los seminarios, las clases, las conferencias surgen para nutrir a los nuevos jóvenes que están empezando en este camino del análisis de fuentes visuales. Decantar la experiencia que se ha obtenido en el camino, después de haber realizado una serie de trabajos alrededor de la imagen fija y móvil, en intertextualidad con los diarios, la hemerografía, el género epistolar, la gráfica, la historia oral y todo aquel vestigio del pasado que puede nutrir nuestra investigación en cada archivo, colección, fotógrafo, creador, permite que cada investigador desarrolle su trabajo a partir de un particular método de trabajo. No hay un método, no hay una receta, depende del material en estudio, pero cada vez nos acercamos más a dejar de lado el análisis desde la subjetividad, y abreviar en un sistema ordenado, con coordenadas claras para abordar el estudio de las imágenes con las certezas necesarias, como señala Claudia Canales.

Las aportaciones del INAH

El INAH ha contado con los trabajos de Daniel Escorza, que estudia el Archivo Casasola de la Revolución, terminando su proyecto doctoral de la ENAH. Patricia Massé concluyó su tesis doctoral sobre al Archivo Azurmendi, con novedades importantes —desde lo social y lo cultural— sobre los empresarios del siglo XIX. Samuel Villela, de la

Dirección de Etnografía y Antropología Social, tiene actualmente varios proyectos en curso sobre fotografía regional en Guerrero. Por su parte, Rosa Casanova, ahora en la Dirección de Estudios Históricos, ha contribuido enormemente a enriquecer la fotohistoria del siglo XIX, con un libro de gran novedad sobre Guillermo Kahlo. A su vez, la labor que realizó Adriana Konzevik en el INAH, con un catálogo razonado que trabajó con Casanova, en el cual se dan a conocer los archivos que contiene el Sistema Nacional de Fototecas del INAH.[27]

Hemos interactuado con personajes sumamente importantes de la historia de la fotografía, en un gremio arduo pero congregado, de buen talante, con el impulso que en el Instituto Mora se da a partir de la labor de Alberto del Castillo, y antes de Lourdes Roca y Fernando Aguayo, quienes han realizado una destacada labor tanto con seminarios como con libros colectivos publicados.[28]

La labor de Carlos Valdez y Mayra Mendoza ha sido fundamental en la apertura para el trabajo con imágenes fotográficas desde el Sistema Nacional de Fototecas. El impulso a series como la de Testimonios del Archivo ha permitido la publicación de estudios monotemáticos poco trabajados en las historias de larga duración. A su vez, han mantenido los encuentros anuales en los congresos nacionales de fotografía para fototecarios, fotógrafos y estudiosos de la misma. Desde la Fototeca Nacional, del Sistema Nacional de Fototecas del INAH, promueven exposiciones, libros, publicaciones, encuentros, todo tipo de instrumentos que documenten a la imagen. También han creado un premio para otorgarlo a un fotógrafo destacado en México, elemento importantísimo en este momento para revalorizar la labor de estos trabajadores de la lente.

Me parece que es un todo colegiado. Sin la aportación de unos no sería factible la labor de los otros, así que, por ejemplo, el más reciente libro trabajado por el etnólogo Sergio Raúl Arroyo, junto con Gina Rodríguez e Isaura Oseguera, *La historia de México a través de la fotografía*, hace un recuento de los temas, estilos, formas de realización desde 1839 hasta el año 2000. Este libro-catálogo pareciera cerrar este círculo virtuoso de manera clara. En el texto de presentación se acota lo siguiente, que me parece de suyo importante:

Marcar las diferencias entre memoria y fotografía; desmarcarse de las biografías; no centrarse en lo meramente estilístico: evitar los *clichés* y no ejercer un estudio cerrado. Entender el carácter polifuncional de la fotografía y quitarse la camisa de fuerza de las convenciones historicistas. Considerar a la fotografía como un fenómeno dinámico y dialéctico. No generar monografías autorales ni falsos análisis teóricos; no buscar puertas falsas ni salidas fáciles. Ejercicio de interconexión entre temas y obras. Buscar incorporar géneros y temas poco integrados a la historia de la fotografía mexicana; incorporar a las agencias y estudios fotográficos del país. Incorporar tanto a creadores de gran relevancia, como a otros. Procurar imágenes conductoras de la narrativa histórica. Reconocer intersecciones de los materiales fotográficos con la memoria y el carácter de objetividad que se le dio a la fotografía para los temas fundamentales de la historia.[29]

Así, a la vuelta de casi cuarenta años el trabajo desarrollado es muy amplio, las publicaciones que se han realizado han dado nuevas formas a viejos temas. Hay una gran cantidad de libros publicados anualmente, y se ha dado un fuerte impulso a la fotohistoria, la historia gráfica, la historia visual, la historia de la mirada y la estética fotográfica, en contexto y sin él.[30]

También se han sumado especialistas de otras áreas al esfuerzo colegiado de la investigación con imágenes, lo cual enriquece enormemente nuestra disciplina. Estudios de género, sociales, culturales, sociológicos, de la historia de las mentalidades, de historia oral, de otras vetas han incluido en sus temas o sus fuentes a la fotografía ya no como un mero instrumento de ilustración, sino con el interés por hacer una lectura de imagen, o acercar a sus alumnos a otro mundo y otra forma de historiar.

Contamos con nuevos momentos historiográficos al manejar y adentrarse en lo que se llama historia reciente o historia presente, que sabemos dará grandes novedades y un nuevo impulso a los estudios sobre la imagen y la fotografía mexicana de ayer y hoy.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

- [1] Rita Eder *et al.*, *Imagen histórica de la fotografía en México*, México, INAH-SEP/ Fondo Nacional para las Artes Populares, 1978.
- [2] *La gracia de los retratos antiguos*, libro de Fernández Ledesma, llegó a incidir sobre los interesados para generar una nueva faceta en los estudios de la fotografía mexicana. Si bien fue un libro que inauguró una nueva mirada hacia los retratos decimonónicos, la exposición realizada en 1933 dotó a esas fotos de un interés que desbordaba el ámbito familiar, para convertirse en material de exhibición y reconocimiento de un pasado inmediato, en el ámbito público. No era el momento de plantearse su estudio, sino su recuperación con otra mirada desde ese presente que parecía enaltecer un pasado inmediato. Una de sus importantes aportaciones fue además de los textos evocativos, el catálogo de fotógrafos del siglo XIX que se presenta al final con direcciones de estudios y lugares de residencia. Enrique Fernández Ledesma, *La gracia de los retratos antiguos* (pról. de Marte R. Gómez), México, Ediciones Mexicanas, 1950.
- [3] Claudia Canales, *Romualdo García: un fotógrafo, una ciudad, una época*, Guanajuato, INAH-SEP/Gobierno del Estado de Guanajuato, 1980.
- [4] Rosa Casanova y Olivier Debroise, *Sobre la superficie bruñida de un espejo: fotógrafos del siglo XIX*, México, FCE, 1989.
- [5] Sitio web del Sistema Nacional de Fototecas del INAH [<http://sinafo.inah.gob.mx/pagina-ejemplo/antecedentes/>], consultado el 27 abril del 2014.
- [6] Fundamentalmente se estructuró con el Archivo Casasola adquirido por el INAH a una parte de la familia de Agustín Víctor y Miguel Casasola, con esos materiales que llegan al medio millón de negativos, se dio un importante paso para el resguardo, conservación, restauración y difusión de la fotografía en México. Lo cual también implicó iniciar labores de investigación sobre los materiales y sus creadores.
- [7] Flora Lara Klahr, *Jefes, héroes y caudillos*, México, FCE, 1986.
- [8] México, Sinafo-INAH, 22 piezas exhibidas, catálogo en línea [<http://sinafo.inah.gob.mx/exposiciones/itinerantes/>], consultado 5 mayo 2014.
- [9] *El poder de la imagen y la imagen del poder: fotografías de prensa a la época actual*, México, Universidad Autónoma Chapingo, 1985.

[10] Interesantes resultan los testimonios de los fotógrafos que estuvieron en ambos medios, y sus planteamientos en torno a la salida de unos para irse a *La Jornada*, pero también cómo las mujeres fotógrafas se sumaron al esfuerzo e incluso llegaron a ser jefes de fotógrafos en ese mundo masculinizado. Para mayor información véase Luis Jorge Gallegos, *Autorretratos del fotoperiodismo mexicano. 23 testimonios* (pról. de Carlos Monsiváis), México, FCE, 2011.

[11] Término que se le daba a las prebendas o dinero para que los fotoperiodistas y los periodistas no mostraran la verdadera cara del régimen en turno, convirtiéndose en cómplices por la vía escrita o visual. Julio Scherer, *Estos años*, México, Océano, 1995.

[12] Christa Cowrie recuerda que ese medio era sumamente masculinizado, por sus orígenes laborales: “El *Unomásuno* se fundó el 14 de noviembre de 1977. Cuando se creó, Manuel Becerra Acosta me designó jefa del departamento de fotografía [...] Cada uno traía su sello personal, porque no salimos de una misma escuela, unos éramos de *Excélsior* y otros salimos como caídos del cielo [...] Cuando entré fui jefa del departamento de fotografía durante año y medio, estuve hasta mayo de 1979. Y sinceramente lo dejé por incapacidad, porque entre tantos hombres y tantos lobos de mar, me hacían la vida de cuadros [...] Los demás años fui como una soldada. Sí ¡cómo una soldada! ¡Trabajaba como una burra! Y nunca decía no y nunca me enfermaba, ¡qué manera de cumplir!, era un acto heroico soportar ese ritmo de trabajo y lo logré”. Luis Jorge Gallegos, *op. cit.*

[13] Frida Hartz estuvo en el puesto desde 1984 hasta 2001, y al respecto comenta: “Cuando empezamos en *La Jornada*, varios de mis compañeros no sabían ni siquiera meter sus rollos en los carretes metálicos, eso era maravilloso [...] Lo que deseo resaltar es que me generaba dudas el tipo de trato que se me daba por el hecho de ser mujer, en un grupo predominantemente de hombres. Por otra parte, les redituaba que hubiera una mujer, porque de esa manera se podían llamar ‘plurales’”. Entrevista realizada a Frida Hartz por Jorge Luis Gallegos, *ibidem*, p. 425.

[14] Jorge Luis Gallegos, *ibidem*.

[15] Sitio web del Sistema Nacional de Fototecas del INAH [<http://sinafo.inah.gob.mx/pagina-ejemplo/antecedentes/>], consultado el 27 abril del 2014.

[16] Carlos Jurado, *El arte de la aprehensión de las imágenes y el unicornio*, México, UNAM, 1974. Un libro inasequible, una joya que deambula entre la magia, la técnica, la ciencia y el arte. Fundamental para muchos fotógrafos y estudiosos de la época.

- [17] Un libro que fue producto directo de las enseñanzas del maestro Armando Torres Michúa es Rebeca Monroy Nasr, *El sabor de la imagen*, México, UAM–Xochimilco, 2003.
- [18] Roland Barthes, *Camera lucida*, Barcelona, Gustavo Gili, 1982.
- [19] *El acto fotográfico. De la representación a la recepción*, Barcelona, Paidós, 1986.
- [20] De sus libros más sobresalientes están *A fotografia como fonte histórica: introdução à pesquisa e interpretação das imagens do passado*, São Paulo, Museo de Industria, Comercio y Tecnología de São Paulo (Museo y Técnicas, 4), 1980; *Fotografía e historia*, Buenos Aires, La Marca (Biblioteca de la Mirada), 2001; y *Hercule Florence. El descubrimiento de la fotografía en Brasil*, México, INAH (Alquimia), 2004.
- [21] Entre sus obras destaca la publicada en coautoría con Blanca Jiménez, *Los Salmerón. Un siglo de fotografía en Guerrero*, México, INAH, 1998, que aborda la trayectoria de la familia Salmerón a través de cuatro generaciones de fotógrafos. También su libro *Sara Castrejón. Fotógrafa de la Revolución*, México, INAH, 2010.
- [22] Rebeca Monroy Nasr, *Ases de la cámara. Textos sobre fotografía mexicana*, México, INAH, 2010.
- [23] “María Teresa de Landa. Una Miss que no vio el Universo”, México, INAH, en prensa.
- [24] Al respecto es pieza clave tener alumnas de la Sorbonne III, como Marion Gautreau, cuya tesis está por traducirse y publicarse en español por parte del INAH. Desde Valencia, España, se co-dirige la tesis de Eunice Miranda. Adriana Ramírez realiza su doctorado en Barcelona, con una tesis donde compara a dos fotógrafos regionalistas de México y España. Otra alumna realiza su segundo año de estancia posdoctoral con importantes resultados en su año de trabajo, un libro sobre la obra de Diego Rivera en el Rockefeller Center, que contó con el apoyo de dicha institución y varias nacionales para publicar un material de gran formato y calidad sobre ese mural destruido en el país vecino. Véase Susana Pliego Quijano, *El hombre en la encrucijada. El mural de Diego Rivera en el Centro Rockefeller*, México, Museo Diego Rivera Anahuacalli/ Trilce, 2013, con excelentes reproducciones fotográficas.
- [25] Raquel Navarro Castillo, “Leer fotografías: un estudio de caso Héctor García en *Ojo! una revista que ve* (1958)”, tesis de licenciatura en Historia, FFyL–UNAM 2009, dirigida por Alberto del Castillo. Publicada como *Héctor García en Ojo! Una revista que ve*, México, Conaculta–Centro de la Imagen/Cenart, 2012. Karla A. Hernández Lara, *El cuerpo, la vida y la fotografía. Un vistazo a Álbum de Ana Casas*, México, Conaculta–Centro de la Imagen/Cenart,

2013, que obtuvo el primer lugar en el premio de investigadores en formación tesis de maestría en Historia del Arte, ahora Premio Nacional de Ensayo sobre Fotografía 2012, dirigida por Rebeca Monroy Nasr.

Esto sin mencionar que el co-coordinador, Alberto del Castillo Troncoso, ha obtenido el Premio Fotoensayo 2013 con su texto sobre *Las mujeres de X'Oyep. La historia detrás de la imagen*, México, Conaculta-Centro de la Imagen, 2013. También obtuvo el Premio Azuela 2004, por su tesis doctoral *Conceptos, imágenes y representaciones de la niñez en México, 1880-1920*, México, El Colegio de México/Instituto Mora, 2006. El premio a la mejor edición de libro se le otorgó por *Rodrigo Moya. Una mirada documental*, México, IIE-UNAM/ El Milagro/ La Jornada, 2011, otorgado en 2013. Mención Honorífica Premios INAH 2013, con su libro *La fotografía y la construcción de un imaginario: ensayo sobre el movimiento estudiantil de 1968*, México, Instituto Mora/ IISUE-UNAM, 2012 reconocido recientemente con un segundo lugar en el Foro de *Latin American Studies Association (LASA)* entre otros muy merecidos reconocimientos.

[26] Carlos Córdova, *Tríptico de sombras*, México, Conaculta-Centro de la Imagen/Cenart, 2012.

[27] Rosa Casanova y Adriana Konzevik, *Luces sobre México. Catálogo selectivo de la Fototeca Nacional del INAH*, México, Conaculta-INAH/ RM, 2006.

[28] El esfuerzo colegiado de John Mraz, Miguel Ángel Berumen —ahora director del Museo de la Revolución, después de varios libros de talante inusitado sobre ese tema—, Claudia Canales, Andrea Noble, Ariel Arnal, Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba, Álvaro Vázquez, Ernesto Peñaloza, Elisa Lozano, Paulina Michel, Claudia Negrete, Gina Rodríguez, Leticia Medina y Ricardo Pérez Montfort, que desde la historia cultural trabajan la imagen para enriquecer sus notables estudios, entre otros, que ahora se me escapan sus nombres, sin afanes de olvido. Lourdes Roca y Fernando Aguayo (coords.), *Imágenes e investigación social*, México, Conacyt/ Instituto Mora, 2005.

[29] Sergio Raúl Arroyo, Gina Rodríguez, Isaura Oseguera *et al.*, *México a través de la fotografía 1839-2010* (catálogo), México, Conaculta-INBA/Munal, 2013, pp. 18-26.

[30] Sin contar los que se producen sobre un fotógrafo, como es el caso de Francisco Mata, Eniac Martínez, Mariana Yampolsky, Gilberto Chen, Gerardo Suter, Marco Antonio Cruz, Yolanda Andrade, Patricia Aridjis, Antonio Turok, Pedro Valtierra, Flor Garduño, Graciela Iturbide, Manuel Álvarez Bravo, entre muchos... muchos otros, que se circunscriben a mostrar una parte de la obra de un autor y que es posible contar por decenas cada año.

Tags:

Del oficio

historia de la fotografía mexicana

fotoperiodismo contemporáneo

especialistas de la imagen.

La "Caravana del Hambre" en la lente de Faustino Mayo

ENVIADO POR EL EDITOR EL LUN, 12/08/2014 – 17:51

José Raúl Pérez Alvarado*

El conflicto de los mineros de Nueva Rosita con empresas privadas y el Estado mexicano tuvo su origen a finales del sexenio de Miguel Alemán (1946–1952), cuyo gobierno, en su afán por modernizar al país, consideró que el progreso nacional tenía que depender de la implantación de un nuevo modelo económico cimentado en un modo de industrialización con control obrero. Mientras, por una parte, el proyecto alemanista favorecía a los capitales privados —librándolos, por ejemplo, de pagar impuestos—, por la otra buscó manipular a los tres sindicatos independientes más importantes del país con el propósito de frenar sus reivindicaciones laborales y democratizadoras, lucha que para la administración alemanista representaba “un obstáculo que impedía modernizar y ampliar las operaciones de las empresas”.^[1]

Después de intervenir en el seno del sindicato ferrocarrilero en 1948, el gobierno emprendió una serie de acciones para controlar a otro gremio fuerte e independiente: el Sindicato Industrial de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos y Similares de la República Mexicana (SITMMSRM). Las coyunturas clave que aprovechó el Estado en esa organización para lograr su cometido fueron la VI Convención General, en la que se eligió a un nuevo secretario general, así como las revisiones del contrato colectivo de trabajo realizadas por las secciones 14 de Nueva Rosita y 28 de Palaú, en Coahuila, con las empresas Mexican Zinc y la Carbonífera de Sabinas del consorcio American Smelting and Refining Company (ASARCO)^[2] durante mayo y junio de 1950.

Con la designación de un secretario afín al gobierno alemanista y el conflicto trabado durante nueve meses —del 14 de mayo de 1950 al 16 de enero de 1951—, las citadas secciones sindicales anunciaron movilizarse a la capital del país el 20 de enero de 1951. Su marcha, conocida como la *Caravana del Hambre*, demandó la reinstalación en sus puestos de trabajo de los mineros cesados, “el restablecimiento de la legalidad dentro de la sección 14, el respeto al

contrato colectivo, la reapertura de la cooperativa de consumo y de la clínica; el levantamiento de las 'disciplinas', el pago de salarios caídos, la entrega del dinero retenido por las compañías",^[3] y el reconocimiento de Antonio García Moreno como legítimo secretario general electo en la VI Convención General del SITMMSRM.

A bordo de camiones y caminando durante una gran parte de su ruta, los mineros de la sección 14 pasaron por Saltillo, Nuevo León, San Luis Potosí, Hidalgo y el Estado de México, acumulando un total de 1588 kilómetros. Los trabajadores de esa sección fueron los únicos que arribaron a la capital el 9 de marzo de 1951, puesto que los de la 28 alcanzaron un acuerdo con la Secretaría del Trabajo a los primeros días de haber emprendido la marcha.

La llegada de los mineros a la ciudad de México mereció la cobertura de los medios informativos. Esta investigación permitió identificar cuatro coberturas fotográficas. La primera, realizada por Ismael Casasola, fotógrafo de *Hoy* quien en compañía de José Revueltas hizo las tomas de los mineros cuando se encontraban acampando en el kilómetro 387 de la carretera a Monterrey. De manera visual y mediante una crónica periodística, respectivamente, el fotógrafo y el escritor relataron la proeza de los huelguistas norteros cuando la caravana descansaba en La Calera, en las inmediaciones de Saltillo. El trabajo de ambos fue publicado en los números 730 y 731 de la revista *Hoy*, los días 17 y 24 de febrero de 1951.

La segunda cobertura corrió a cargo de Foto Mayo a través de seis fotografías que dan una idea precisa de las jornadas diarias de los 4 500 mineros que integraban la caravana cuando ésta se encontraba en el estado de Nuevo León. Las imágenes recogen los momentos en que los mineros caminan, descansan y son atendidos por mujeres que, solidarias, acompañan a los carboneros en cada una de sus jornadas. Este material fue publicado en *El Popular* el 9 de febrero de 1951.

La tercera cobertura fotográfica figuró, junto con una serie de crónicas publicadas del 14 al 19 de febrero de 1951, en el periódico *Novedades*, cuyo reportero Julio Teissier alcanzó la caravana cuando se hallaba a 53 kilómetros al sur de Monterrey y caminó junto con ella durante cinco días; en su trabajo describe las adversidades a las cuales los mineros se enfrentaban día a día en su avance a la capital, mientras que las escenas correspondían a la caminata,

así como a los lugares donde paraban a comer o a descansar. No fue posible identificar al autor de esas fotos, pero es posible inferir que se trató del mismo Teissier porque las tomas se notan apresuradas.

La última cobertura fue realizada por Luisa Mayo —esposa de Francisco Mayo— mediante encargo de Vicente Lombardo Toledano. En el artículo “La Caravana del hambre”, de Adela Cedillo, apunta que esta fotógrafa participó en la jornada sabatina del 10 de marzo de 1951 y su trabajo lo centró en las mujeres que acompañaron a los mineros. Esta serie permanece inédita hasta el momento, ya que durante la investigación no fue posible localizarla.

El diario *El Popular* dio un amplio despliegue al movimiento, desde el inicio del conflicto hasta que los obreros regresaron a Coahuila. La línea editorial de ese periódico representaba el punto de vista de la clase obrera, sostenido a través de la óptica de su fundador, Vicente Lombardo Toledano, quien mantuvo una posición “mesurada” respecto a la política del gobierno de Miguel Alemán.

La entrada a la ciudad de México fue uno de los motivos más reiterados en el trabajo de Faustino Mayo,^[4] pues abarca la tercera parte de los negativos que componen la serie original. Con su inseparable cámara *Leica* y con ayuda de un lente gran angular, Mayo logró construir aspectos formales: gran plano general, que proporciona una información amplia y ubica a los participantes; planos generales que permiten apreciar el escenario con sus actores y entorno; planos medios enfocados a personajes específicos, y primeros planos que detallan aspectos particulares de los oradores que participaron en el mitin. La concepción visual de Faustino al mostrar a los mineros como heroicos y triunfadores se comprende debido a las experiencias que vivió en España durante la Guerra Civil. Mayo llevaba radicando doce años en México, pero su visión como fotoperiodista combativo se mantenía vigente, lo mismo que su compromiso hacia las clases obreras, con las cuales siempre simpatizó.

Faustino llegó a comentar al respecto: “La fotografía es arte y política, y yo estoy en las dos cosas; pero más en política porque he luchado desde un principio con los trabajadores. Toda la gente de izquierda me busca, por ejemplo, en los movimientos estudiantiles y obreros”.^[5] La combinación de estas variables fue el resultado de las fotografías que acompañaron la nota periodística de *El Popular* del domingo 11 de marzo de 1951. Se publicaron

ocho imágenes en total, la cuales muestran a la caravana en su avance por calles aledañas al Zócalo capitalino y su arribo final a la Plaza de la Constitución.

Para el ejemplar de dicho día, el editor dio a una de esas escenas un lugar preponderante: la ubicó en la parte central de la última página del diario. La fotografía corresponde al momento en que los mineros avanzan por la calle Madero. Gracias al fotograma original se pueden apreciar mejor los detalles de la toma. En formato horizontal aparecen dos grupos de personas: el del lado derecho es una columna de mineros que avanza con dirección a la plaza central, y el del lado izquierdo son espectadores que flanquean la caminata. La toma resulta emotiva, pues Mayo se centra principalmente en las reacciones y actitudes de los capitalinos, quienes, en un ambiente de alegría y euforia, apoyan a los mineros en los últimos metros que les quedaban de distancia para cumplir una parte de su cometido.



Positivo original publicado en la contraportada. Archivo General de la Nación. Archivo Fotográfico Hermanos Mayo.

Intencionalmente, la vista lateral logra captar ese momento de la recepción capitalina al destacar del lado inferior izquierdo a algunas mujeres vestidas con indumentaria tehuana que miran curiosas y sonrientes a los hombres que pasan frente a ellas. Las imágenes no publicadas de la misma serie dejan ver igualmente expresiones festivas y el

cálido recibimiento a la Caravana del Hambre, cuyos integrantes, en acto de gratitud y respeto, avanzaban solemnemente con la cabeza descubierta mientras que “en la avenida de Juárez y Madero los metropolitanos aclamaron a los caravaneros: ¡Vivan los mineros de Rosita! ¡Arriba Coahuila!”. [6]

Una vez que los marchistas llegaron al Zócalo, se acomodaron de tal forma que la vanguardia original se colocó frente a Palacio Nacional. La fotografía corresponde a una de las gráficas publicadas en la última página de *El Popular* el 11 de marzo de 1951 en ella se ve en primer plano a un hombre sosteniendo la bandera nacional, una de las tres insignias portadas por los mineros durante toda su caminata y que también aparece en otras tomas; sin embargo, en esta escena se nota un poco desdoblada, lo que permite apreciar con mayor detalle la imagen de la Virgen de Guadalupe que sustituye el símbolo del águila: la misma que enarbolaron el cura Hidalgo el 16 de septiembre de 1810 y, un siglo después, los campesinos zapatistas en las alas de sus sombreros durante sus luchas agraristas.



Última página de *El Popular*, 11 de marzo de marzo de 1951. Hemeroteca Nacional, México.

En el caso de los mineros, la imagen no sólo pudo ser utilizada como símbolo para reafirmar su creencia religiosa, sino también para deslindarse de las ideas comunistas con las que trataban de vincularlos algunos medios, como las revistas *Impacto* y *Mañana*.

El seguimiento de la caravana hecho por Faustino permitió identificar espacial y geográficamente el arribo de los mineros a la ciudad de México; pero cabe aclarar que no todas las imágenes de su cobertura fueron publicadas en *El Popular*. Una parte de este material, previa selección realizada por el fotógrafo, fue enviada a las revistas ilustradas.

¿Qué determinó que otras fotografías de la misma cobertura ocuparan espacios en las revistas? La respuesta podría ser que quizá la agencia fotográfica de los hermanos Mayo funcionara como un negocio, con la consecuente posibilidad de que se constituyera en una fuente de ingresos monetarios para cada integrante. “El hecho de que los Mayo se hayan ganado la vida como periodistas gráficos fue definitivo: estaban atados a la necesidad de proporcionar fotos a varias publicaciones”.^[7]

Para marzo de 1951 cuatro revistas (*Voz*, *Mañana*, *Tiempo* y *Nosotros*) publicaron imágenes de la Caravana del Hambre, y en ellas aparece el crédito de los “Hermanos Mayo”. Sin embargo, para efectos de este trabajo sólo se comentarán las impresas en *Mañana*.

Mañana. La revista de México, fue creada en 1943 por los editores más sobresalientes de la época de oro de las revistas ilustradas: José Pagés Llergo y Regino Hernández Llergo. De formato parecido a la revista estadounidense *Life*,^[8] *Mañana* se caracterizó durante el sexenio alemanista por asumir una línea “conservadora a causa del contexto represivo del alemanismo y de la ideología de los fundadores. El catolicismo de Pagés y Hernández fue un elemento clave en sus convicciones políticas: Pagés adoraba a Hitler y Hernández había sido descrito como siempre reaccionario”.^[9]

En 1951 la dirección del semanario recaía en Daniel Morales, quien lo enfocó en la exaltación de la figura presidencial, por lo que de manera destacada cubría actos encabezados por el mandatario, como giras, banquetes, inauguraciones de obras públicas y reuniones con asociaciones privadas, entre otros.

Con un precio de 1.50 pesos, *Mañana* estaba dirigida a las clases acomodadas, ya que en sus páginas se anunciaban llantas para autos, whisky, perfumes y cosméticos, entre otros productos, mientras que en su columna “La semana social” se reseñaban celebraciones de 15 años, aniversarios, cumpleaños, desayunos, matrimonios religiosos elegantes...

En cambio, la clase obrera fue uno de los sectores más criticados por el semanario; sus líderes fueron objeto de diversos ataques en sus páginas, vinculándolos siempre a grupos de tendencia comunista. Las excepciones a dichas críticas fueron las organizaciones obreras corrompidas por el régimen y las que se encontraban abiertamente adheridas a éste por conveniencia, como era el caso de la mayoría.

En el número 394 del 17 marzo, *Mañana* publicó un fotorreportaje sobre la Caravana del Hambre^[10] compuesto por cuatro fotografías más dos columnas de opinión. El artículo, firmado por Luis Gutiérrez González, tildó a los trabajadores y a sus líderes de “aprovechados”, “estafadores” y “comunistas”, mientras en el editorial se argumentó que el origen del conflicto minero era un problema intergremial y que la caravana era un acto demagógico de falsificación y confusión organizada por los líderes mineros antinacionales. En el fotorreportaje se hace referencia a tres momentos de la movilización: su paso por el Monumento a la Revolución, el mitin realizado en la Plaza de Armas y la visita de los marchistas a la Basílica de Guadalupe un día después de su llegada.



Portada de la revista *Mañana*, núm. 394 del 17 de marzo de 1951. Hemeroteca Nacional, México.

Las tres imágenes aparecieron publicadas en la página 12; dos corresponden a Foto Mayo y la otra a un autor no identificado. La fotografía que se encuentra en el lado superior izquierdo muestra otra escena de la visita de los mineros a la Basílica: en ella se observa a dos hombres que dan la espalda mientras sostienen un par de banderas. Delante de ellos, una multitud apresura su paso hacia el atrio del santuario.



Puesta en página de las tres imágenes con las cuales se hace alusión a la Caravana del hambre por parte de *Mañana*.

Hemeroteca Nacional, México.

La imagen, atribuida a los Mayo —posiblemente hecha por Faustino al localizarse en la serie original—, se publicó editada, pues el negativo tiene un formato horizontal donde se observa a tres hombres sosteniendo sendas insignias bañados por una luz cenital; el plano medio, así como la toma en ligera contrapicada, magnifican sus cuerpos, mientras los tres palos utilizados como astas separan en tres planos verticales la fachada de la Basílica de Guadalupe. El trío, solemnemente de pie en el atrio con las cabezas descubiertas, parece contemplar la entrada del templo, mientras un tumulto que se desplaza por el mismo lugar pasa sin prestarles demasiada atención, salvo un par de personas que los mira con curiosidad; una de ellas se ubica en la parte inferior derecha de la imagen. Al observar con detenimiento, se distinguen cuatro insignias; uno de los blasones es el estandarte de la sección 14 de Nueva Rosita.

En la segunda foto, colocada en la parte izquierda de la página 12, se ve a los mineros cuando dejan atrás el Monumento a la Revolución; se trata de la misma imagen que aparece en *Voz*. La tercera y última fotografía de

Mañana realizada por Faustino Mayo registra la llegada de la caravana al Zócalo de la capital; publicada asimismo en la última página de *El Popular* el domingo 11 de marzo, permite corroborar el crédito del fotógrafo y advertir los diferentes manejos editoriales efectuados por ambos medios. La foto que aparece en el diario forma parte de una secuencia de seis imágenes, acompañadas por un pie de foto donde se pone de manifiesto el uso de la efigie de la Virgen de Guadalupe como símbolo del pueblo mexicano en sus luchas de liberación, y utilizada por los mineros como faro de esperanza y fe en su penosa marcha.

En lo que respecta a *Mañana*, la misma imagen está contextualizada por un pie de foto conservador, acorde con la línea editorial del semanario, donde se afirma que los mineros de “ideología comunista suplantaron el símbolo nacional por la imagen de la santísima Virgen de Guadalupe, en un intento por engañar al pueblo de México”.^[11] El tratamiento editorial que se les dio en *Mañana* a las fotografías de la serie original de los Hermanos Mayo corresponde a la línea descrita con anterioridad. Bajo dicho criterio, las gráficas aparecen ancladas sólo con pies de foto que exponen consignas anticomunistas, para descalificar al movimiento minero e intentar construir una percepción negativa en torno al mismo.

El presidente Miguel Alemán actuó con cautela y, como hizo desde el inicio del conflicto, mantuvo la posición de no intervenir directamente en el problema, de tal manera que así como en un principio designó a Manuel Ramírez Vázquez como secretario de Trabajo para legitimar el golpe al sindicato minero; para ponerle fin al conflicto relegó el asunto a una comisión especial que falló de manera adversa a los carboneros. Quien estuvo a cargo fue el secretario de Gobernación, Adolfo Ruiz Cortines. “Clausurados todos los espacios de negociación y agotados los procedimientos legales para expresar su inconformidad,”^[12] el 20 de abril de 1951 los mineros regresaron en tren a Nueva Rosita. En total fueron 112 los días que permanecieron en la ciudad de México.

Algunos de los obreros participantes en la marcha fueron recontratados en las minas pero sin que éstas les tomaran en cuenta los años de antigüedad que habían acumulado; otros optaron por irse como braceros a Estados Unidos, y algunos más aceptaron créditos que el gobierno les ofreció para que trabajaran tierras.

A partir del análisis de los medios consultados se logró determinar que para 1951 no había prensa de oposición que impugnara el modo de industrialización con control obrero del gobierno alemanista ni que cuestionara las medidas que afectaban a ese sector laboral. Al contrario, desde el inicio de la caravana algunos medios capitalinos empezaron a tergiversar la información surgida de cada jornada del movimiento. Si bien *Mañana* se destacó por sus valoraciones negativas, *El Popular* brindó información coherente, crítica y más objetiva acerca de la movilización minera y, más aún, se mostró solidario con los trabajadores. Este periódico fue considerado dentro del círculo minero como el único rotativo capitalino que publicaba información veraz en torno al movimiento minero disidente.

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Agradecimientos: Rebeca Monroy Nasr y Aurelio de los Reyes.

[1] Juan Luis Sariago, *Enclaves y minerales en el norte de México. Historia social de los mineros de Cananea y Nueva Rosita 1900–1970*, México, CIESAS, 1982, p. 272.

[2] Este consorcio de capital estadounidense era la principal compañía minera en México. Sus accionistas mayoritarios formaban parte de la familia Guggenheim. Con sede en Estados Unidos, la ASARCO construyó todo un imperio minero en el norte del país, conformado por las fundiciones Monterrey, Aguascalientes, Ávalos, Velardeña y Matehuala, además de las plantas con las que contaba en otros países. La Mexican Zinc Company era una empresa subsidiaria que instaló en Nueva Rosita la primera refinería de zinc de la república. *Ibidem*, p. 28

[3] Victoria Novelo, “Pequeñas historias de grandes momentos de la vida de los mineros del carbón de Coahuila”, en *Estudios Sociológicos*, vol. XII, núm. 36, septiembre–diciembre, 1994, p. 551.

[4] El caso de los hermanos Mayo fue singular y de buen resultado para la prensa nacional. Eran de origen español y provenían de las familias Souza Fernández–Francisco (Cándido y Julio) y del Castillo Cubillo (Faustino y Pablo). Los hermanos Mayo conformaron el colectivo fotográfico más influyente en el periodismo gráfico mexicano de 1939 a 1994. Parte de sus orígenes profesionales los encontramos durante la proclamación de la Segunda República Española y el estallido de la Guerra Civil en 1936. Con la derrota republicana, Pablo y Julio fueron encarcelados, pero fueron reclamados para su exilio por la embajada de México en Lisboa en 1947 y 1952, respectivamente, mientras Francisco, Cándido y Faustino fueron internados en campos de concentración franceses, hasta que lograron salir rumbo al exilio a México en 1939, adonde llegaron a bordo del *Sinaia* con otros 1700 refugiados españoles.

- [5] Entrevista de John Mraz a Faustino Mayo, en *La Jornada*, 17 de diciembre de 1989, pp. 14–20.
- [6] Mario Gill, “La huelga”, en *La Huelga de Nueva Rosita*, México, s.e., 1959, p. 17.
- [7] John Mraz, “Orígenes, trayectoria y herencia: los Hermanos Mayo en España y México”, en *Archivo General de la Nación*, núm. 9, julio–septiembre de 2005, p. 83.
- [8] *Life*, revista compuesta principalmente de fotografías, tiene un formato que se utilizó para contar historias que giraban en torno a una serie fotográfica. Véase Gisèle Freund, *La fotografía como documento social*, Barcelona, Gustavo Gilli, 2001.
- [9] John Mraz, *Nacho López y el fotoperiodismo mexicano en los años cincuenta*, México, Océano/INAH (Alquimia), 1999, p. 44.
- [10] Los fotorreportajes se distinguían por presentar una serie de fotografías sobre un tema en particular, acompañados por un texto o nota.
- [11] “Caravana de la demagogia”, en *Mañana*, 17 de marzo de 1951, núm. 394, p. 12.
- [12] Rossana Cassigoli, *Liderazgo sindical y cultura minera en México: Napoleón Gómez Sada*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2004, p. 137.

Tags:

[Del oficio](#)

[mineros](#)

[caravana](#)

[protesta](#)

[fotorreportaje](#)

[fotoperiodismo](#)

[Faustino Mayo](#)

[prensa](#)

Más allá de los estereotipos: el pro y el contra de la historia oral en torno a la Revolución mexicana

ENVIADO POR EL EDITOR EL LUN, 12/08/2014 – 18:01

Laura Espejel López *

Desde que ingresé al Instituto Nacional de Antropología e Historia, en 1973, quedé adscrita al Programa de Historia Oral, que formaba parte del Departamento de Antropología Social. Por fortuna, las coordinadoras del proyecto, hoy por hoy reconocidas pioneras en la materia, eran las historiadoras eméritas Alicia Olivera de Bonfil y Eugenia Meyer.

Mi formación como historiadora de esta institución ha sido, por un lado, en el apoyo al desarrollo de las fuentes orales y, por otro, en la creación de instrumentos de consulta para la investigación histórica. Mi experiencia personal y colectiva se inscribe en el campo del rescate testimonial, a través de la técnica —en aquel entonces novedosa— de la historia oral.

Fue la doctora Andrea Sánchez Quintanar, entonces jefa del Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, quien en 1971 me introdujo al placer de trabajar con documentos de primera mano. Así, mis primeras experiencias giraron en torno a los archivos depositados en los acervos del Departamento de Manuscritos y Libros Raros, resguardados en la caja fuerte del ex convento de San Agustín, donde logré canalizar mi interés al organizar y catalogar cartas, telegramas y recortes de periódicos de principios del siglo XX mexicano. Esta fue la experiencia de trabajo que sembró en mí el gusto por la búsqueda de los vestigios de los diversos actores que fueron parte del escenario histórico, político y social de la época.

Pero en 1976 fue necesario tomar una decisión: o continuaba en la institución de la UNAM, o me dedicaba de tiempo completo a investigar la historia oral. Había llegado el momento en que debía tomar una decisión.

De los “papeles viejos” a los testimonios zapatistas

El azar de la historia fue el sino que me distinguió. En 1979, el proyecto de Historia Oral, coordinado por la maestra Alicia Olivera se suspendió por decisión del director general del INAH, profesor Gastón García Cantú. No podíamos continuar la tarea de rescatar testimonios. Entonces, el doctor Enrique Florescano acordó y solicitó a la maestra Olivera la confección de un nuevo proyecto que retomara la experiencia colectiva de ella y sus ayudantes y discípulos: Salvador Rueda y yo. Por un lado, surgió la oportunidad, por invitación del doctor Guillermo Bonfil, para que la maestra Alicia facilitara el que Salvador Rueda participara en el inventario del archivo del general zapatista Genovevo de la O, para integrar sus más de 50 mil documentos —que van de 1911 a 1952— al acervo del Archivo General de la Nación. Por otra parte, aquello se ligaba a nuestro trabajo de rescate testimonial: en ocasiones el archivo ratificaba la memoria zapatista, en otros la desmentía.

Al mismo tiempo, el periodo de la doctora Alejandra Moreno Toscano como directora del Archivo General de la Nación (AGN) se convirtió en el “siglo de las luces” para los repositorios de la institución, pues dinamizó e impulsó la creación de instrumentos de consulta elaborados por los archivistas del AGN, en equipo con investigadores de otras instituciones, y con la ayuda de estudiantes y aprendices de la historiografía. Ése fue mi caso, ya que en esa época participé en las diversas “brigadas” de apoyo solidario, dirigidas a organizar los diversos fondos del AGN.

Fue así como descubrí los archivos zapatistas, los actores del mundo indígena y campesino; a la tropa y a los jefes; a los hombres y mujeres de la guerra; a los civiles que les ayudaron: ferrocarrileros, maestros, médicos, obreros periodistas, etc. Al pueblo casi analfabeta —gran mayoría— que apenas podía expresarse; a los pocos instruidos que sabían dictar órdenes para organizar campañas y sitiar al enemigo; para dirigir avanzadas y apoyar a los jefes locales y coordinar la ayuda y protección del general en jefe, Emiliano Zapata. Ahí descubrí un mundo insospechado de quejas y lamentos por las agresiones del ejército federal; de peticiones y denuncias contra los abusos de los jefes zapatistas sobre sus subalternos; de los pueblos pacíficos que eran a su vez el sostén del Ejército Libertador del Sur. Descubrí, al mismo tiempo, la solidaridad comunitaria de los pueblos al reunir costales con totopos y al ofrecer su maíz para alimentar a la tropa; al dar pastura a los caballos del ejército campesino, o al facilitar hasta sus propios caballos frescos o al dar información sobre el avance del enemigo; al socorrer a los combatientes en momentos de enfermedad, etcétera.

En fin, el poder de las armas, la presencia implacable de la guerra con sus símbolos de destrucción en los ejércitos enemigos: el federal y luego el carrancista, que se abatían sobre un pueblo pobre cuya esperanza estaba en sostener la sagrada causa que enarbolaban el jefe Zapata y sus hombres, con su ideario de lucha, el Plan de Ayala. Al amparo en este documento político empezaron a saturar con escritos, mensajes y recados al Cuartel General, al que los pueblos solicitaban la restitución de sus tierras, con base en los artículos 6, 7 y 8 de su Plan.

A partir de los documentos que estudiamos en el AGN, Salvador Rueda en el archivo de Genovevo de la O, y yo en el de Emiliano Zapata, logramos comprobar, al sustentar nuestro trabajo en fuentes primarias, que los campesinos zapatistas sí concibieron un programa político dirigido a dotar su revolución, tanto en el interior como en el exterior, de una visión nacional que incluía la construcción de un nuevo Estado.[1]

Este rescate de las fuentes campesinas e indígenas nos permitió aclarar los mitos y estereotipos respecto de no conceder a los movimientos campesinos, y en particular al zapatismo, un ideario político nacional, y ni siquiera respecto de su propia organización económica y política. Pero desde la historiografía, a partir de John Womack, y después de él gracias a los documentos zapatistas descubiertos y a los testimonios de los ex integrantes de su ejército, tuvimos otras lecturas e interpretaciones.[2] Mi encuentro en aquellos años con el Fondo Zapata, en el AGN, en el que leí y revisé 7000 documentos y telegramas, me permitió conocer materiales que no fueron trabajados por Womack, autor del ya clásico *Zapata y la Revolución mexicana*, una de las más valiosas aportaciones historiográficas sobre el tema, que abrió el camino, años más tarde, a quienes llegamos con nuevas dudas, preguntas, revisiones y senderos, desde la perspectiva nacional de la Revolución.

El compañerismo que viví con mis colegas del AGN me llevó a conocer otros fondos, por ejemplo, de la Galería de Presidentes y, más tarde, a concebir preguntas surgidas de la lectura de documentos y testimonios orales. Acto seguido consulté los archivos de un enclave industrial de los tiempos de Porfirio Díaz, ubicado en la región de mi interés, compuesto por las fábricas Papelera San Rafael[3] y la textil Miraflores.[4] La necesidad de conocer a los actores sociales me empujó a estudiar a los metodistas que se refugiaron en estos centros fabriles, quienes en una y otra empresa brindaron condiciones de vida mucho más benignas, en lo económico y en lo social, a los campesinos

de la región. Lo que no exentó los momentos de tensión en las relaciones laborales y de producción entre empresarios, obreros y campesinos.

Nuestra contribución historiográfica: fuentes orales y escritas

El origen de la historia oral en el INAH data del año de 1959, cuando el profesor Wigberto Moreno emprendió la tarea de crear el Archivo Sonoro centrado en los sobrevivientes y testigos civiles y políticos de la gesta armada revolucionaria. Esta iniciativa fue apoyada por un grupo de estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), gracias a los cuales tenemos un número importante de grabaciones. Entre ellos estuvieron Jaime Alexis Arroyo, Manuel Arellano Zavaleta y Daniel Cazés, quien llegaría más tarde, a ser un destacado investigador en la UNAM.[5] El proyecto se implementó cercano al cincuentenario del estallido de la Revolución, cuando aún había sobrevivientes, de ahí que los antropólogos seleccionaran a varios hombres con cierta presencia política, y que en su momento incluso habían escrito sobre el tema. Me refiero a personajes como Rafael F. Muñoz, considerado uno de los novelistas y periodistas de la Revolución, y a otros de menor renombre en la historia oficial como Adolfo León Osorio. Al escuchar una entrevista que realizó el profesor Jiménez Moreno y su equipo podemos observar las líneas analíticas y de interés de la época.

Es importante entender este primer rescate, más que como un interés exclusivo del ámbito académico del INAH, como una preocupación común por la memoria colectiva que involucró a ex revolucionarios organizados, algunos con vínculos con la Secretaría de la Defensa Nacional o con fuerzas políticas, e incluso, unos años antes, con el recién creado Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM).[6] Sin embargo, debe decirse que aunque las motivaciones hayan sido preservar los recuerdos alrededor de un acontecimiento central en la formación del Estado mexicano moderno, los métodos de empleo de la tecnología, las maneras de recuperar los testimonios, las opiniones sobre su veracidad y de sus usos sociales y políticos debieron tener matices dependiendo de los actores e instituciones involucradas.

En este sentido, y como indicador de la diversidad de aplicaciones que se quisieron dar a las grabadoras como “nuevo sistema de archivo” conviene tener en cuenta la propuesta que esgrimió en 1959 el teniente coronel Enrique Liekens, de constituir un “archivo fónico de la Revolución”[7] dentro de un amplio abanico de facciones o grupos

armados y pacíficos (habitantes que sin tomar las armas se identificaban con la causa revolucionaria y apoyaban al ejército del pueblo en armas). Este poeta juchiteco incorporado en 1914 al ejército constitucionalista, a la edad de 32 años, luego destacado seguidor de Álvaro Obregón, había tenido una intensa vida que lo condujo en 1929 a iniciar su carrera diplomática, a ser fundador del Partido Nacional Revolucionario y a dirigir el Departamento de Pensiones en 1935. Liekens pedía un esfuerzo inusitado en tecnología y equipo para resolver el costo humano de conservar el pasado por medios convencionales.

Regresando al origen del Proyecto del Archivo Sonoro de 1959, las referencias escritas por Alicia Olivera y Eugenia Meyer remiten a una rama distinta a la de los antropólogos. En torno a este aspecto, Daniel Cazés publicó un libro sobre su experiencia el año de 1973, aunque ya desde 1961 habían aparecido los primeros registros de sus entrevistas en una selección de testimonios, con algunas reflexiones de su posición en esta labor colectiva, cuyos planteamientos son cuestionables.^[8]

Desconocemos el destino del Archivo Sonoro entre 1962 y 1969, lo cierto es que lo retomaron Eugenia Meyer y Alicia Olivera en 1970, y con la asesoría del doctor Friedrich Katz impulsaron la realización de nuevas entrevistas y la continuidad del proyecto. Ambas historiadoras escribieron un artículo en 1971, en el que reconocen que la metodología y técnica, de alguna manera, seguía la escuela estadounidense. Para entonces Alicia Olivera contaba con amplia práctica en trabajo documental y de campo sobre los cristeros.^[9] De hecho, su formación como etnohistoriadora la llevó a tener presente en la elaboración del temario, la Guía Murdock,^[10] la cual también fue básica para Arturo Warman, quien en esos años realizó entrevistas con sus alumnos de la Universidad Iberoamericana en el oriente de Morelos.

Si bien queda por aclarar si el profesor Jiménez Moreno tuvo conocimiento de la iniciativa del jefe Liekens, la cual ignoramos si se concretó, sorprende que el mismo optimismo y deseo de producir fuentes perviviera a principios de los años setenta, cuando las historiadoras Olivera y Meyer recibieron un decidido apoyo de las organizaciones de veteranos revolucionarios, quienes canalizaron a sus representantes de investigación con sus agremiados.

Generaciones tras la palabra viva

El INAH, como institución, aportó la creación de una fuente para el estudio y análisis de la Revolución, en la que participaron varias generaciones. El profesor Wigberto Jiménez Moreno, considerado un impulsor del conocimiento de la historia antigua y moderna de México, con sus alumnos y colegas, fundó el Archivo Sonoro. Después, Alicia Olivera y Eugenia Meyer retomaron la creación del Archivo de Historia Oral, y con un equipo de estudiantes (en el que yo me encontraba), capacitados por ellas y el doctor Katz, contribuimos al proyecto. Otro grupo de entrevistadores fueron investigadores externos, con proyectos personales, como Lief Adleson o Carmen Nava, así como las profesoras Anita Aguilar y Rosalind Rossof, interesadas en escribir un libro biográfico sobre Zapata para niños, luego de lo cual donaron sus entrevistas al Programa de Historia Oral. Esto por mencionar algunos ejemplos. La lista de participantes y situaciones particulares de sus objetivos es un tema pendiente.^[11]

Las historiadoras Alicia Olivera y Eugenia Meyer afinaron la metodología y la técnica de investigación, influidas por la corriente estadounidense. La doctora Meyer asistió a la Primera Conferencia Internacional de Historia Oral en la Universidad de Essex, en marzo de 1979. Mientras Alicia nos orientó por el camino de la etnohistoria. Ambas trabajaron con conceptos que se debatían en su momento: historia de masas, historia de las clases subalternas, la voz de las masas anónimas, etc. Así, entre otros aspectos, se cuestionaron sobre la veracidad de la fuente oral y la subjetividad del testimonio utilizado.

Las entrevistas en la mayoría de los casos intentan recuperar historias de vida, con la guía de un temario, pero en ciertos casos son libres o abiertas. A través de esta fuente tenemos la versión de la Revolución en sus protagonistas y testigos, con narraciones de vivencias cotidianas cargadas de subjetividad, en las que el juego de la memoria, el olvido, la selección de qué recordar, a quién platicar, se combina con la carga emotiva que privilegia ciertos recuerdos, en la voz de hombres y mujeres.

Allí están también las semblanzas de otros actores, los testimonios de quienes tuvieron un estatus cultural, social y económico de nivel medio, representado por simpatizantes del anarco-sindicalismo; por constituyentes y convencionistas; por profesores y militares con formación escolar y lecturas de los clásicos: de la Revolución francesa, los novelistas rusos, de la historia universal, etc., con las que trataban de interpretar al México de sus

tiempos; con las que cimentaron valores y principios que plasmaron en sus programas políticos. Lo anterior ha despertado mi interés sobre el papel de los niños y jóvenes en los ejércitos: cómo vivieron la violencia social y sus efectos en el núcleo familiar, tema en el que ahora estoy trabajando.

Gracias a los testimonios orales logramos desbrozar el camino que la historia oficial había obstaculizado con la enseñanza de la Revolución, con sus estereotipos sobre los campesinos que, por ser pobres y bajo el yugo del racismo de siglos, eran incapaces de organizar la guerra en sus regiones, y mucho menos de concebir un programa político nacional. El contacto con los viejos zapatistas, por ejemplo, nos permitió acercarnos a la historia personal de su jefe, Emiliano Zapata, de su ejército y su pueblo, y a conocer su día a día en la guerra; a tratar de conocer la historia mítica y su por qué, en torno a la muerte de Zapata, por ejemplo; en torno al papel del Estado y sus gobiernos: porfirista, maderista, huertista, carrancista, etc., todos ellos enemigos de los zapatistas, motejados como “bandidos” para arrasar pequeños pueblos habitados por mujeres, pacíficos y realengos, integrantes de una pirámide social cuyas relaciones de poder vivían un crisis definitiva, atravesada por viejos agravios.

El pro y el contra del testimonio

Por último, quisiera aportar una reflexión final: ¿son los testimonios orales una fuente que nos permite contar una historia científica?

La razón del título de este trabajo “Más allá de los estereotipos: el pro y el contra de la historia oral en torno a la Revolución Mexicana”, se debe, por una parte, a que más allá de las versiones estereotipadas, esquemáticas y verticales de la historia oficial, vista a través de los grandes protagonistas, de los héroes y los caudillos que nos liberaron de los gobiernos dictatoriales; más allá de los grandes protagonistas que abrieron las puertas al México contemporáneo, considero que, por otra parte, la historia oral nos ha permitido acercarnos al conocimiento de la historia desde abajo; a la versión de los protagonistas directos de los grandes acontecimientos, a las versiones que, casi siempre, permanecen en el anonimato, al margen de la historia oficial. He aquí el *pro*.

Sin embargo, en contraparte, persiste la duda de si el método de la historia oral, con todo y su gran aporte de originalidad —que en ciertos casos abusa de la narrativa lírica—, nos permite acceder a la historiografía “científica”.

En lo personal, a partir de mi trabajo de campo, para el periodo específico de la Revolución mexicana, sinceramente creo que no. He aquí el *contra*. No, porque en la técnica de la entrevista dependemos de la narrativa del entrevistado, por decirlo así, estamos a merced de su versión de los hechos que vivió o que presenció, pero también, después de los años transcurridos, de la dosis de imaginación y de protagonismo que agregue a su versión. La historia oral depende de la retórica propia del entrevistado. Como indicó la doctora Ramsey Tracy, al hablar sobre la memoria popular del Plan de Ayala, la propaganda zapatista, por ejemplo, se transmitía de persona a persona, de manera verbal, y esta correa de transmisión dependía del modo o gusto personal del narrador, de su manera de “exagerar, omitir, enfatizar o disminuir los elementos informativos clave del relato, a la vez que busca cumplir con ciertas expectativas por parte de su audiencia”.^[12]

En cierta medida esta forma de transmisión es propia de la cultura de los pueblos, pero también tenemos la reconstrucción escrita del día a día en la guerra y gracias a estos documentos conocemos el valor que ellos daban a la escritura, y a la legalidad.^[13] Por ejemplo, el médico cubano y coronel zapatista Prudencio Casals, quien en algunos documentos le pide al general Zapata que le envíe copias del Plan de Ayala para difundir la causa entre las tropas y cuidar el *saneamiento* de éstas y contrarrestar el elevado perjuicio que causaban a la causa la falta de higiene, más que las bajas que les pudiera causar el ejército carrancista.^[14]

Algo similar sucede con la historia oral y los entrevistados, pues más allá del rigor de nuestros principios teóricos, metodológicos y técnicos, la nueva recreación historiográfica, producto de las entrevistas, no está del todo en nuestras manos. Esto es algo que aprendimos del antropólogo Manuel Gamio, pionero de las historias de vida y las entrevistas dirigidas como recurso esencial de su trabajo de campo, quien entre 1926 y 1927 realizó una serie de entrevistas a los mexicanos que vivían en Estados Unidos, las cuales aparecen en su libro *El inmigrante mexicano. La historia de su vida*, publicado en 1930 por la Universidad de Chicago. En este caso, Gamio se vio en el dilema de diseñar entrevistas dirigidas, al tiempo que deseaba que los entrevistados hablaran de manera espontánea. Lo cierto

es que al final descubrió que su material eran “declaraciones”, en el sentido de que sus interlocutores daban su versión sobre Estados Unidos, y de sus experiencias y el trato recibido.

De investigaciones como las de Gamio surgió la pregunta sobre el valor de los testimonios orales en la investigación antropológica y la historiografía. Por ejemplo, sin dejar de ser crítico, dice Robert Redfield, las entrevistas “nos permiten entrar en contacto inmediato con el tema de interés”, y posibilitan saber qué es lo que importa estudiar. Por ejemplo, en el caso de nuestras entrevistas a los viejos zapatistas, éstas nos ayudaron a entender su visión de Zapata, de la guerra, de los ejércitos enemigos y sus dirigentes; de sus compañeros de armas, y de su visión sobre el curso de los acontecimientos; de la política local y nacional, de sus gustos y fobias, etc. En una palabra, comprender a los protagonistas de la guerra.

Pero, lo más importante, y éste es el punto central de mi trabajo, nos enseña a entender qué es lo que importa estudiar; nos enseña sobre los aspectos centrales de nuestro tema de interés, a formular y reformular los problemas y las preguntas que allanen el acceso a una versión historiográfica más objetiva respecto de los acontecimientos y sus protagonistas. Es decir, si bien es cierto que no podemos confiar en la objetividad del entrevistado, que sólo conocemos su opinión condicionada por el entrevistador, sus versiones y declaraciones, pero sobre todo sus racionalizaciones y sentimientos, éstos deben ser el punto de partida hacia la reunión de los datos científicos. Las opiniones nos indican y explican sobre las formas de conducta, sobre sus formas de pensar y sus emociones, y, por lo mismo, de actuar.

La historia oral nos permite acceder a una especie de versión autobiográfica de la Revolución, con las virtudes y defectos de cualquier autobiografía; virtudes y defectos que competen tanto al personaje como a la narrativa de su vida, más aún si está contada por sí mismo.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Laura Espejel, Alicia Olivera y Salvador Rueda, *Emiliano Zapata. Antología*, México, INEHRM, 1998. Esta compilación reúne documentos tales como decretos, instrucciones, órdenes, manifiestos, etc., los cuales permiten observar al movimiento zapatista desde su propia visión programática organizativa. No sólo en la cotidianeidad de la guerra campesina en sus regiones naturales: Morelos, el sur del Distrito Federal, el Estado de México, Puebla, Tlaxcala, Guerrero e Hidalgo, sino que, gracias a la integración de intelectuales de diferentes convicciones políticas, y conocedores de los problemas sociales del país, el programa zapatista se integró a la Soberana Convención Revolucionaria de 1914–1915, cuyo último refugio fue Jojutla, Morelos, integrando una serie de iniciativas sobre los problemas nacionales: la tierra, los obreros, las familias, etcétera.

[2] Gracias a la apertura de acervos del AGN, y a los testimonios que reunimos a partir de la década de 1980, se logró una visión en el estudio del zapatismo local, regional y nacional; de sus vínculos con el Estado. Lo que se reforzó a través de nuevas investigaciones, tesis de grado (algunas convertidas en libros), así como por el trabajo de los cronistas estatales.

[3] Laura Espejel, “El costo de la guerra. La Compañía Papelera San Rafael y el financiamiento zapatista”, en Laura Espejel (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, México, INAH (Serie Historia), 2000, pp. 269–292.

[4] Laura Espejel, “El metodismo en Miraflores, Estado de México. Una experiencia local (1874–1929)”, en Laura Espejel y Rubén Ruiz (coord.), *El protestantismo en México, 1850–1940. La iglesia metodista episcopal*, México, INAH (Divulgación), 1995, pp. 91–116.

[5] Daniel Cazés, *Los revolucionarios*, México, Grijalbo, 1973, pp. 7–11.

[6] Enrique Esqueda Blas, “Historia oral y Método de análisis estructural (MAE) aplicados a un corpus testimonial de veteranos de la Revolución Mexicana”, ponencia presentada en el Coloquio Sujetos Históricos, Archivos y Memoria, organizado por Cuauhtémoc Velasco, DEH–INAH, octubre de 2013. Biblioteca de las Revoluciones de México, Archivo Fotográfico, Colección INEHRM. El mismo autor observa que el INEHRM realizó varios registros de conferencias y lecturas de textos en voz de sus autores durante la dirección de Salvador Azuela, sobre todo entre 1954 y 1956. Aunque en sentido estricto no se trató de entrevistas como las levantadas por Moreno y su grupo, en ellas quedaron las palabras de José Vasconcelos, Jesús Romero Flores, José Quevedo y Vito Alessio Robles, entre otros participantes.

[7] Enrique Liekens, “Archivo fónico de la Revolución: grabaciones históricas”, en *El Legionario. Órgano de la Legión de Honor Mexicana*, núm. 96, vol. IX, 28 de febrero de 1959, pp. 77–78, citado en Enrique Esqueda Blas, *op.cit.*;

como sugiere el autor, en ese entonces el interés estaba puesto en la elaboración de fuentes, más que en los problemas inherentes a su uso en la investigación histórica. Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva, “El Archivo Histórico Militar de México”, en *Historia Mexicana*, vol. 38, núm. 1, 1988, pp. 127–128.

[8] María Esther Jasso, Laura Espejel y Marcela Cobos (coords.), Catálogo Fondo Revolución Mexicana: entrevistas de Historia Oral: Archivo de la Palabra. Actualmente trabajamos en la edición electrónica que reúne 328 testimonios de los proyectos de las historiadoras Alicia Olivera de Bonfil y Eugenia Meyer, del Fondo Revolución. Las entrevistas se encuentran en las bibliotecas Nacional de Antropología y Manuel Orozco y Berra, del INAH. Una copia parcial de los materiales sobre Revolución fueron incorporados por la doctora Meyer a la Biblioteca Ernesto de la Torre Villar, del Instituto José Ma. Luis Mora.

[9] Gracias al empeño de la maestra Alicia Olivera por rescatar y depositar en la Universidad Nacional Autónoma de México el Archivo de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, tenemos acceso a una de las organizaciones más destacadas de los cristeros; a las relaciones entre los jefes católicos levantados en armas con la Iglesia católica, y de los rebeldes cristeros con el Estado. Su amplia y profunda investigación le permitió grabar al licenciado Miguel Palomar y Vizcarra, al tiempo que estrechó vínculos, a través de conversaciones y encuentros con otros cristeros, hasta ganar su confianza. Fue así como logró una gran cantidad de documentos, periódicos, folletos, libros, fotografías y literatura en general, que hicieron de la maestra Olivera una pionera en la historiografía cristera, cuya obra es un referente obligado.

[10] Peter George Murdok, *Guía para la clasificación de los datos culturales*. Versión castellana del *Outline of cultural materials* (3ª. ed. revisada y publicada en 1950 por el *Human Relations Area Files*) Guatemala, Instituto Indigenista Nacional de Guatemala /Oficina de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana, 1954.

[11] La confianza de algunos investigadores y su compromiso con la historia y la fuente oral nos ha permitido enriquecer el Fondo de la Revolución del Archivo de Historia Oral. Por él han integrado sus entrevistas a la Biblioteca Orozco y Berra, y estamos trabajando el proyecto “Rescate de archivos particulares donados a la Biblioteca Manuel Orozco y Berra”. Tres fondos integran esta colección: 1) Fondo Antonio García de León, con grabaciones realizadas en 1978 en el valle de la Frailesca, en el estado de Chiapas, así como fotocopias de documentos y libros de su investigación. 2) Fondo Francisco Julião y Angélica Rodríguez, con entrevistas del abogado y luchador social brasileño, inmigrado en 1965 por su participación en el movimiento campesino de su país. Cautivado por la región zapatista, en la que rememoraba la geografía de su país, entrevistó a los campesinos de Morelos en torno a la ideología de Zapata. De poco más de 200 entrevistas a ex zapatistas, a partir de noviembre de 1973, contamos sólo

con una decena de ellas, que complementan las grabadas por nosotros. 3) Fondo René Vázquez, de la Escuela Nacional de Antropología, originario de Milpa Alta, integrado con entrevistas a viejos pobladores del lugar, testigos de la Revolución mexicana.

[12] Ramsey Tracey, “El Plan de Ayala en la memoria popular; difusión y eco del grito zapatista”, ponencia en Coloquio la Firma del Plan de Ayala, un siglo después, México, D.F., 28–30 de noviembre de 2011.

[13] Salvador Rueda, “La dinámica interna del zapatismo. Consideración para el estudio de la cotidianeidad campesina en el área zapatista”, en Horacio Crespo (coord.), *Morelos: cinco siglos de historia regional*, México, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México/Universidad Autónoma de Morelos, 1984, pp. 225–249.

[14] Laura Espejel López, *El Cuartel General Zapatista 1914–1915. Documentos del Fondo Emiliano Zapata del Archivo General de la Nación* (2 vols.), México, INAH (Fuentes), 1995. Al realizar la catalogación del Fondo, que contiene miles de documentos, nos percatamos de que aparecían temas y personajes de los que no hay registro en la bibliografía; por ello consideramos que eran pistas para otras investigaciones. Archivo General de la Nación Fondo Emiliano Zapata, caja 10, exp. ff, 21 a 22, Prudencio Casals a Zapata, Tecamatlán, Estado de México, 3 diciembre de 1915.

Tags:

[Del oficio](#)

[historia oral](#)

[Archivo Sonoro](#)

[Revolución mexicana](#)

[zapatismo](#)

[estereotipos](#)

[mitos.](#)

Tras las metamorfosis de la patria común: el concepto de identidad nacional en Italia durante el siglo XX

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 12/09/2014 - 11:24

Giovanni de Luna

Entendidos como “objetos” de la investigación histórica, los conceptos o categorías como “patria”, “nación”, “identidad nacional” son con frecuencia desmontados en compartimentos estancos y fragmentados según una multiplicidad de aspectos que con frecuencia, como su única legitimación, tienen el diferente ámbito disciplinario en cuyo interior se articulan los recorridos cognoscitivos desarrollados en cada ocasión. La trituración, que en la investigación sucede a partir de un “objeto” tan típicamente global, es el signo de cómo la identidad profunda de una nación tiende a apartarse del conocimiento histórico, escondido en la sectorialidad de los enfoques. ¿Es posible forzar esta cortina en la que se oculta? No se trata simplemente de yuxtaponer uno a otro los diferentes aspectos estudiados por cada análisis parcial; su suma nunca nos presentaría su totalidad. El problema es colocar esta línea de investigación en la confluencia de diferentes entrelazamientos de las disciplinas, con la conciencia de que permaneciendo en el interior del tradicional estatuto científico de la historia, difícilmente se lograría dar luz a esa “zona gris”, oscilando entre dos posiciones opuestas y desarmadas en su investigación: por una parte Eric Hobsbawm y sus naciones totalmente “inventadas” y construidas en la época contemporánea, por otra parte Anthony Smith, con sus naciones cuyos fundamentos étnicos huyen de las pretensiones cognoscitivas racionales de la historia para hundir sus raíces en una naturalidad biológica fuera de la historia. [1]

Detengámonos en este sentido en la década de los noventa del siglo pasado, cuando —simultáneamente con la transición entre la Primera y la Segunda República— los historiadores italianos empezaron a cuestionarse sobre la patria y la identidad. De hecho los análisis y referencias relacionadas con los temas de la patria, patriotismo, identidad y pertenencia nacional tenían, hasta mediados de los ochenta, poca presencia en el panorama cultural, que privilegiaba en cambio, la discusión sobre la sociedad civil, las clases sociales y de cada sujeto colectivo. Muchísimo, además, se decía y estudiaba sobre la relación entre la sociedad civil y la política.[2] Por tanto, solo a partir de la última década del siglo XX fue cuando en la “gran arena” de la utilización pública de la historia,

encontramos una entrada masiva de las telemáticas y de los recorridos cognoscitivos relacionados con la identidad nacional. Era el momento en el que la corriente “legista” parecía materializar el riesgo de “dejar de ser una nación”.

Sería oportuno a este propósito, antes que nada, recordar que el problema de la identidad nacional se plantea cuando existe una crisis entre sus actores políticos, y que su construcción no descansa ya en rieles pre-construidos. Cada vez que a lo largo de nuestra historia se ha presentado una exigencia de este tipo, siempre se ha tratado de elegir entre una o más posibles soluciones alternativas. En este sentido, al inicio de la década de los noventa, la Liga del Norte no negaba la identidad nacional, simplemente proponía una nueva y específica, en muchos sentidos diferente a los varios modelos que se habían alternado en otros ámbitos políticos. En general, se puede decir que en nuestro país la adquisición de una identidad nacional continuó coexistiendo con múltiples sentidos de pertenencia, con otras identidades locales y regionales no residuales, así como con múltiples formas de lealtad hacia la familia, el clan y a los grupos de seudoparentela; normalmente esta coexistencia nunca representó un problema para la soberanía del Estado, pues incluía realidades culturales (en ocasiones lingüísticas) relacionadas con formas específicas de autonomía local privadas de una relevancia política significativa; la disolución de dichas forma de pertenencia en un procesos de “integración de la masa del pueblo en una forma política común”, es un proyecto totalmente definido por la artificialidad política, por la tensión hacia la institución de “un gran orden artificial” que sustituye integralmente al precedente orden “natural” fundado con base en la “tierra y la sangre”. La realidad esencialmente política y electiva de la identidad nacional nos obliga, por tanto, a referir su crisis y sus ofuscamientos no únicamente a un fondo “etnicista y naturalista”, sino directamente a la capacidad del Estado y de los demás sujetos políticos e institucionales para legitimarse en su propio papel como “constructores” de una identidad entendida como “relativa uniformidad de comportamientos y de valores”.^[3]

En la historia italiana la complementariedad local, regional y nacional fue la solución adoptada, autónomamente desde abajo, para atender a las carencias de la “artificialidad” estatal; de hecho estas identidades locales originarias han sobrevivido con espontánea vitalidad, no proponiéndose como una alternativa al Estado unitario, sino subrayando sus límites para iniciar un eficaz proceso de integración; por tanto, en cada ocasión que se ha registrado una insurgencia regionalista, lo que emergió no fue tanto “el riesgo de dejar de ser una nación”,^[4] sino un déficit de acción política, la necesidad de una modificación radical y profunda en nuestro sistema político. Así fue

en 1922, cuando la transición al fascismo marcó el primer fracaso del intento de construir, desde lo alto por lo menos, las coordenadas unitarias de una existencia colectiva de los italianos.

El Estado liberal

El Estado liberal para sobrevivir requirió una base de consenso y de legitimización más amplia de la que fue garantizada por la raquíta participación popular en el proceso del Resurgimiento. Sin embargo existía una especie de falla genética en la forma en la que se llegó a la unidad nacional, una profunda deficiencia hacia cualquier forma de apertura hacia abajo, una imposibilidad para acelerar los procesos de integración que inevitablemente habrían implicado un incremento de la participación democrática y de la masificación de la política. Eran insuficientes los prefectos, el ejército, la escuela y las estructuras represivas para “crear a los italianos”. Se necesitaba algo más en el sector de la cultura y, sobre todo, en el de la política, para encontrar ideas-fuerza capaces de hacer sentir a todos “como parte de una ley común”, titulares de una ciudadanía activa y no pasiva. Y, en cambio, precisamente en el terreno estratégicamente decisivo de la política, no se supo encontrar nada mejor que la práctica transformista. Ciertamente el transformismo fue esencialmente una técnica parlamentaria, el “camino maestro para defender las posiciones de poder adquirido”, aprovechando la habilidad para apropiarse de los temas y de las palabras de los adversarios para vaciarlas de significado.

En el fondo, de cualquier forma, continuaban presentes elementos de marcado pesimismo acerca del “carácter de los italianos”, condenados a proseguir un permanente déficit de integración que en ocasiones generaba un gran “afuera” de la estrecha unión de amplios sectores, geográficos (el sur) o ideológicos (los católicos), del país. Con el transformismo se atenuaba el peso de las intervenciones “rationales” para modificar estas pertenencias “naturales”, simplemente conformándose con desactivar la potencialidad subversiva de su “diversidad”.

Atraídas al “gran centro”, estas identidades separadas no sólo hubieran permanecido como tales, sino que hubieran contado con todo el interés de perpetuarse precisamente para mantener intacto su poder contractual en el interior de la coalición. En este sentido, el transformismo siempre fue elogiado por sus admiradores gracias a su capacidad para atenuar los contrastes, reconstruir en una síntesis de compromiso la dialéctica entre las partes, sofocar las aceleraciones demasiado bruscas del tiempo lentísimo de la política; sin embargo, el precio pagado para

beneficiarse de estas “ventajas” se reflejó totalmente en la dirección de “una sustancial renuncia a la nacionalización de las masas[5] o, en otras palabras, a la afirmación del Estado como principal agente de organización de la sociedad”.

El fascismo

Un régimen totalitario se caracteriza por la tentativa de subsumir en su interior a todo el cuerpo social del país, casi anulando toda solución de continuidad entre el nivel social y el institucional de la vida pública. Respecto a los tradicionales instrumentos de inclusión esta característica implicó una enorme dilatación del papel del Estado y la irrupción de la ideología en el proyecto de “crear a los italianos”.

El asentamiento del papel del Estado en la organización de la vida pública fue parcialmente común a los demás países industrializados, una especie de transición obligada hacia la modernización de la política constituida por la extensión nacional de la red de los controles higiénicos, sanitarios, escolares, fiscales, militares, y, particularmente después de la crisis del 29, a partir del incremento del gasto público en función de la regulación del ciclo económico.

En la estabilización de la vida pública se conjugaron instrumentos completamente nuevos, específicos del fascismo y de los otros regímenes totalitarios: el culto de un único jefe militarista (las formaciones oceánicas por los comicios de Mussolini, en el caso italiano); la utilización máxima y cautelosa de los instrumentos propagandísticos ofrecidos por los medios de comunicación masiva (el cine, la radio, la fotografía, la prensa); una organización policiaca cada vez más represora y ampliamente difundida en todo el territorio nacional. La ideología totalitaria impuesta como un cuerpo oficial de doctrina que necesariamente debía de ser obedecida, presuponiendo la adhesión al menos pasiva de cada individuo, de hecho requirió el uso de las más refinadas técnicas del condicionamiento masivo y no sólo las propias del aparato burocrático del control; y por otra parte, la existencia de un partido único guiado por el dictador necesitaba de instrumentos de movilización y de integración, posibles sólo con la concentración monopolizada de todos los medios de comunicación, y con disposición del desarrollo de las más sofisticadas tecnologías modernas.

Se dio un proceso de fascistización de los italianos. El Partido Nacional Fascista (PNF), el partido único, fue el instrumento del régimen para realizar esta tarea y también fue el instrumento que purificó los límites de un proyecto que tendía a unificar a nivel institucional todo aquello que se pretendía mantener dividido en el terreno social. “Cada quien en su lugar” fue el principio adoptado para garantizar un inmovilismo general y para permitir que se perpetuara un sistema político compacto, consolidado y rígidamente jerarquizado.

Los mecanismos de inclusión dirigidos por el fascismo demostraron sus límites. La estratificación de la sociedad en compartimentos herméticos era funcional para la conservación del *status quo* interesado en frenar el proceso de inclusión. En el interior del partido único se absorbían grupos sociológicamente identificados (en su mayoría de clase media), profesionalmente homogéneos, recíprocamente distintos, encerrados en una rígida jaula corporativa que eliminaba la libre circulación de las ideas, la confrontación de las diferentes posiciones culturales y políticas, truncando bajo el peso de estructuras desmesuradas y burocráticas cualquier proyecto de “pedagogía masiva”. De esta forma la relación entre inclusión y exclusión asumió una configuración completamente inédita en la historia de Italia.

Teóricamente todos los italianos eran fascistas pero al ser todos partícipes de la única “religión civil”, de un único aparato institucional y propagandístico, transportó al interior de estos grandes contenedores las fragmentaciones y separaciones, sin disolverlas, dejándolas intactas. Además, por otra parte, la caracterización inédita en sentido ideológico de los instrumentos de la inclusión también repercutió en los mecanismos de la exclusión. De esta forma fueron sus opositores políticos, los antifascistas, quienes experimentaron la dimensión más radical y extrema de la exclusión, aquella relacionada con la cárcel, el confinamiento, el exilio. Tocó de manera particular a los judíos evidenciar el fondo de terror y de violencia del proyecto fascista de “crear a los italianos”. En las leyes raciales estaba presente el racismo, el delirio de una connotación biológica de la identidad nacional, pero no estaba presente la historia italiana, y sobre todo no estaba presente la forma en la que los italianos se habían convertido en una “nación”. En el proceso de unificación nacional los judíos fueron protagonistas en un primer plano.

Y hasta 1938 en muchos judíos prevaleció el orgullo de sentirse italianos por encima de cualquier otro tipo de sentido de “pertenencia”, incluso religiosa. La integración plena alcanzada durante el Resurgimiento y la Primera

Guerra Mundial llevó a la comunidad judía a madurar los rasgos de una “italianidad” donde el patriotismo se conjugaba con otros valores, laicos, y con una serie de certidumbres culturales y sociales típicas de la burguesía laboral. Al excluirlos de la ciudadanía se infringió una herida sangrienta a la idea de patria como cosa común.

La Segunda Guerra Mundial

En ámbitos completamente diferentes de los definidos por el proyecto totalitario del fascismo, los italianos experimentaron otro mecanismo particular de inclusión, cuando inició la Segunda Guerra Mundial. Ahí se marcaron las coordenadas de una existencia colectiva alimentada por una percepción subjetiva y común de la realidad a la vez que se practicaban los mismos comportamientos. Durante el periodo que va de 1939 a 1945 la cotidianidad de la guerra fue experimentada con extraordinaria uniformidad en los diferentes contextos (“bajo” los aliados o “bajo” los alemanes, en el “Reino del Sur” como en la “República de Saló”), dejando que se filtrara una comunión de sensaciones, tal que sugería la posibilidad de agregar en el plano de los sentimientos y de los comportamientos todo aquello que había sido fragmentado geográfica, política y socialmente. Para todos fue una “época de guerra”, un tiempo definido por la cíclica repetición de comportamientos confinados, por la anulación de la individualidad de cada día en una obsesiva repetitividad en cuyo interior todos los días eran iguales y todos eran igualmente aplastados en un presente cargado de angustia. Además del tiempo, también la percepción del espacio, del hambre, del miedo, el deseo de vivir, puede asumirse como otros indicadores de aquella homogeneidad existencial inédita. Todos estos mecanismos de inclusión estaban estrechamente relacionados con la vivencia compartida y excepcional de la guerra total, y habrían sobrevivido a la particularidad de las condiciones que los accionaron.

Sin embargo, más dolorosas y dramáticas fueron las dimensiones asumidas por la exclusión y la separación. De 1943 a 1945 los italianos experimentaron las más devastadoras rupturas de su historia nacional: la desintegración de la unidad de su Estado y la ocupación del territorio nacional por parte de ejércitos extranjeros, y la guerra civil. Un balance trágicamente fallido para un fascismo que desplegó todas sus energías en la “nacionalización de los italianos”.

La guerra civil fue como un río crecido que llevó al valle una avalancha de desechos (venganzas personales, conflictos familiares, conflictos sociales de larga duración, iniciativas sangrantes con elementos criminales); no

obstante ese superávit de violencia, y precisamente durante esos veinte meses, con la resistencia entraron en acción nuevos, extraordinarios mecanismos de inclusión.

Para los partidos antifascistas, fuera de la ley del régimen totalitario, de hecho la lucha partisana contra la ocupación nazi y contra la República de Saló fue una prueba durísima, capaz de seleccionar a nuevos hombres, y legitimizándose al hacer frente victoriosamente a una emergencia dramática. Fue una época extraordinaria que devolvió a nuestro país la libertad y la democracia, asociando el impulso y la movilización política que animaron la lucha de liberación en una renovada identidad nacional: ya no la fascistización y la nacionalización desde arriba, sino la conciencia de vivir una fase “constitutiva” de la historia mundial, que a partir de esa guerra sin precedentes podía y debía nacer una nueva Italia, aunque fuera sólo para dar sentido a las ruinas y a los lutos.

La Italia republicana y los partidos de masa

Cuando el proyecto de construcción de la identidad nacional descansó en la Italia republicana, la tarea fue desarrollada por los grandes partidos de masa, en los cuales la ideología se empleó para desarraigar a los sujetos de los nichos particularistas, reformulándose una coordinación unitaria reconocible. Existen ejemplos del proceder del Partido Comunista y de la dimensión pedagógica de su política, gracias a las cuales el bracero de Cerignola y el obrero de Borgo San Paolo de Turín, que ni siquiera se entenderían si se hubieran comunicado en dialecto, se encontraban unidos bajo el mito de Stalin y de la revolución. Desde este punto de vista, tanto la Democracia Cristiana como el Partido Comunista, cada uno desde su propio punto de vista, obviamente, alimentaron dos tipos de “religión civil” que no fueron optativas para la adquisición del sentido de Estado, sino propedéuticas: esta fue la primera alfabetización de nacionalización desde abajo que nuestro país ha conocido.^[6] Cuando nos quejamos del déficit de unidad nacional imputándola a este pasado reciente, yo más bien volcaría los términos de la cuestión: en las secciones del Partido Comunista o en los oratorios o lugares de reunión de los católicos se experimentaba algo que quebrantaba la dimensión familiar a que se refirió Ginsborg;^[7] de hecho la dimensión de la política lograba romper las pertenencias, de alguna forma lograba reformular una identidad que no era la del mezquino particularismo industrial. Claro que en este recorrido había una fuerte concepción pedagógica de la política, se puede decir que era una pedagogía impositiva, autoritaria; sin embargo existía un proyecto, repito, propedéutico para la construcción de una identidad nacional.

La Segunda República. La derecha y su propuesta de identidad

Con la disolución de la Primera República, y el florecer de una propuesta secesionista como la de la Liga de Umberto Bossi, aflora una idea de “patria común” sorprendentemente semejante a todo aquello que floreció, en Alemania del Este, a lo largo de la repentina transición del slogan “somos solo un pueblo” (*ein Volk*) al de “somos el pueblo” (*das Volk*): “se leía (escribe Rusconi) como una solicitud política calificada de nación, pero que era algo más ingenuo y al mismo tiempo más instrumental: deseo de libertad y de bienestar para compartirlo entre todos los alemanes juntos, la nación–*Volk* como atajo para gozar del paquete democracia–bienestar”.^[8] Y éste es exactamente el modelo en el que se inspira actualmente la izquierda italiana, en la construcción de una identidad basada en una estrechísima coincidencia entre valores e intereses materiales.

Por primera vez los procesos de integración no son afrontados en el interior de “parcialidades” programáticas, como lo fue para los partidos de masas que se afirmaron en la segunda posguerra (titulares de territorios definidos por subculturas específicas), o de mediaciones ideológicas, como lo fue para el fascismo; la derecha se refiere, de hecho, directamente a los dos elementos más fuertes de agregación que nunca haya experimentado este país durante un siglo de historia unitaria: la unificación del mercado nacional de la fuerza de trabajo, que se convirtió en un hecho concreto en los años sesenta, y la carrera al bienestar difundido (por un sistema de *welfare* que protegía de cualquier riesgo) que tuvo lugar en los años ochenta. Hoy, en el interior del universo social se hace referencia a la derecha; los objetos deseados y adquiridos son símbolo de una identidad construida persiguiendo necesidades y deseos profundos, también señales enviadas a los demás para dar testimonio de haber alcanzado un estatus, sellar un proceso “de identificación deseada y fuerte con aquellos que hacen las mismas cosas”.

[1] Es el sentido de dos clásicos como Anthony D. Smith, *Le origini etniche delle nazioni*, Bolonia, Il Mulino, 1992, y Eric Hobsbawm, T. Ranger, *L'invenzione della tradizione*, Turín, Einaudi, 1989.

[2] Entre los títulos de entonces vale la pena recordar A. Gambino, *Il mito della politica*, Bolonia, Il Mulino, 1993; P. Barcellona, *Lo spazio della politica*, Roma, Editori Riuniti, 1993; S. Lanaro, *Storia dell'Italia repubblicana*, Venecia,

Marsilio, 1992; S. Soldani y G. Turi (eds.), *Fare gli italiani. Scuola e cultura nell'Italia contemporanea*, Bologna, Il Mulino, 1993.

[3] Para esta interpretación véase G. de Luna, "La Lega e il progetto di 'fare gli italiani'", en *Figli di un benessere minori*, Florencia, La Nuova Italia, 1994.

[4] G. E. Rusconi, *Se cessiamo di essere nazione*, Bologna, Il Mulino, 1993.

[5] G. Carocci, *Il transformismo dall'Unità a oggi*, Milán, Unicopli, 1992.

[6] P. Scoppola, *La repubblica dei partiti*, Bologna, Il Mulino, 1991.

[7] P. Ginsborg, *Storia dell'Italia dal dopoguerra a oggi*, Turín, Einaudi, 1989.

[8] G. E. Rusconi, *Introduzione a W. Lepenies, Conseguenze di un evento inaudito. I tedeschi dopo l'unificazione*, Bologna, Il Mulino, 1993.

Tags:

[Expediente H](#)

[Nación y nacionalismo](#)

[identidades](#)

[políticas y estrategias para hacer nación](#)

[bienestar](#)

[mercado e identidad.](#)

La construcción del Leviatán italiano: los aparatos administrativos

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 12/09/2014 - 11:28

Guido Melis

¿En qué fecha colocamos el proceso de *national building* italiano y qué papel tuvo para el desarrollo de la economía la formación de un aparato administrativo a escala nacional? En otros términos, ¿cuándo sucedió el *despegue administrativo* en Italia?

Con Sabino Cassese nos cuestionamos estos mismos temas en 1990, en un ensayo sobre “Lo svolgimento dell’amministrazione italiana” que se insertaba en el proyecto de investigación de *State formation, State democratization, bureaucracy and territorial politics in Western Europe*.^[1] Analizando una serie de indicadores, aptos para identificar la fase de formación de los aparatos administrativos, llegamos a la conclusión (bastante inédita en aquella época) de que Italia se caracterizó como un caso anómalo respecto a los grandes países de Europa occidental. De hecho —sintetizo aquí a grandes líneas, anticipando una conclusión que argumentaré más detalladamente en seguida—, mientras en la tríada Francia–Gran Bretaña–Alemania las burocracias y sus aparatos participaron activamente, ejerciendo una función determinante de propulsión y de aglutinamiento, en las fases iniciales de los procesos de unificación nacional y de construcción del Estado, eso no sucedió en Italia.^[2]

En 1861, fecha que marca el nacimiento oficial del Estado unitario italiano sobre los vestigios del reino de Cerdeña, Italia, con poco más de 25 millones de habitantes, tenía aproximadamente 50 mil empleados públicos (entendiendo con esta expresión el empleado público en sentido estricto, es decir los empleados de Estado: los ministerios en sentido estricto no alcanzaban la cifra de 3 mil empleados en el organigrama) y el gasto estatal como porcentaje del PIB llegaba alrededor de 10 por ciento.

En el mismo periodo los tres países europeos que hemos tomado como término de comparación ya contaban con sustanciosos aparatos burocráticos, que incidían en los respectivos PIB. La Francia de Napoleón III había heredado

del periodo napoleónico una burocracia consistente y bien distribuida en el territorio, una organización estatal bien ordenada sobre el eje de la centralización departamental, una vasta clase media o pequeño–burguesa compuesta por miles de *fonctionnaires*: se puede decir (sería suficiente leer a Stendhal o a Flaubert) que la burocracia era ya el corazón palpitante de una pequeña burguesía francesa, lo que equivale a un factor decisivo de la sociedad entre el primero y el segundo imperio.

Alemania dentro de poco concluiría su proceso de unificación nacional tardío (como en Italia, pero con otro tipo de capital a sus espaldas) valiéndose no poco de su robusta tradición del Estado prusiano. Los modelos organizativos de tipo militar, la ideología del servicio de Estado, la identificación de las virtudes del funcionario con aquella del buen súbdito del Reich habrían marcado indeleblemente el modelo de la burocracia imperial.

La Gran Bretaña ya podía presumir de más de un siglo de *performances* de una administración que se formó en el inicio de la tradición imperial y que a partir de las experiencias fundamentales del servicio de ultramar extrajo mucho alimento para modernizar su aparato. Estaba en la puerta (lo mencionamos) la *administrative revolution in government* de la época victoriana, estudiada a finales de los años cincuenta por Oliver McDonagh y sus alumnos.

La unidad de un país desunido

Nada de lo anterior estaba presente en la Italia de 1861, teatro igualmente pasivo de una unificación realizada “por conquista regia” (la expresión, cargada de sentido crítico, es de Piero Gobetti, y señala la debilidad estructural del Estado en Italia, próxima —cuando Gobetti escribía— a degenerar en la dictadura fascista). Aquí el pequeño reino de Cerdeña bajo la guía de los Saboya (Piamonte, Liguria, Valle d’ Aosta, Cerdeña) realizó la empresa unitaria dando como fruto una mezcla de afortunadas coincidencias: la desaprensiva entrada en juego internacional de las potencias, hábilmente pilotado con el conde de Cavour; el riego de la “expedición de los miles” guiada por Garibaldi, con la relativa conquista del sur en detrimento de los Borbones de Napoleón; la participación, aunque bastante marginal en realidad, y poco brillante, en el enfrentamiento franco–austro–prusiano de 1866 (con la relativa adquisición en la mesa diplomática del Veneto); finalmente, pero aproximadamente diez años después, la entrada en Roma, capital más nominal que de hecho, aprovechando una vez más las oportunidades ofrecidas por el marco internacional.

Una unidad, en suma, que se debió ampliamente a factores externos, realizada en un país (tal era en la época la península) marcado por profundas y dramáticas desigualdades, un país desunido tanto en el sector de la economía (los mercados locales eran ampliamente dominantes en lo que entonces era sólo la pálida apariencia de un mercado nacional, las vías de comunicación aún por construir, las barreras aduanales internas por ser abatidas) como en el de la cultura y la lengua: Alessandro Manzoni, el mayor escritor del Resurgimiento italiano, necesitaba “florentinizar”, es decir utilizar, para escribir su obra mayor (la novela *Los novios*) el ilustre florentino de la tradición del siglo XIV, con la intención de dar lugar y vida a la lengua nacional de los cultos que tanto habría de colaborar en consolidar una tradición literaria nacional (pero los no cultos, los “sencillos” permanecían siempre en el circuito comunicativo restringido de los dialectos).

De las grandes instituciones que en otros lugares habían caracterizado el nacimiento de la nación burguesa, ninguna o casi ninguna en los años sucesivos a 1861 podían considerarse totalmente realizada. No existía una magistratura unitaria o cohesiva, todavía se convivía con Cuatro Cortes de *casación* diseminadas a lo largo de la península.[3] En lugar de un único esqueleto del crédito, quedaban en vida y operando sobre una base geográfica-política seis institutos parapúblicos heredados por los antiguos Estados, dotados del privilegio de la emisión del papel moneda (lo reduciría a tres la reforma Giolitti de 1893, pero el nacimiento del Banco de Italia no privaría del derecho de emisión a los dos bancos meridionales), y un fragilísimo sistema de bancos privados con dimensión apagadamente local. No existía una legislación propiamente unitaria, quedando en vigor en diferentes porciones del territorio nacional los diferentes códigos penales previos a la unidad y una multiplicidad de normativas de base regional que difícilmente se podían reconducir a una medida única racionalizadora. No existía un sistema de concurso moderno para la contratación de los empleados públicos (gran parte de las contrataciones posteriores a 1861 sucedieron por la cooptación y la carrera del empleado permaneció anclada al modelo saboyano previo, hasta que no intervino definitivamente Giolitti con la ley sobre el estado jurídico de 1908). No existía un único sistema de medición (tocó a la administración pública realizarlo, y con esfuerzos, a lo largo de los años), ni un catastro nacional, ni un sistema moderno y centralizado de recaudación fiscal. El joven empleado Giovanni Giolitti, futuro líder de la Italia liberal de principios del siglo XX, contratado como funcionario del Ministerio de las Finanzas de Quintino Stella, tuvo que ocuparse entre 1870-1873 (y con resultados al parecer brillantísimos) de aplicar precisamente un primer reordenamiento del sistema de impuestos: y descubrió que todavía estaba vigente en

Nápoles y en su provincia la antigua praxis del *Ancien Régime* de pagar los impuestos del Estado haciéndose cargo de un soldado del rey, hospedándolo en su propia habitación privada y dándole de comer.

Por tanto, el esfuerzo que la clase dirigente nacional tuvo que realizar en la década de 1861–1871, pero especialmente después, sobre todo en los años ochenta, fue el de concretar una unificación nacional que, proclamada formalmente y escrita en las grandes leyes de unificación de 1865, quedaba aún por realizarse a nivel de las praxis administrativas y de la vida concreta de las instituciones.

Una vez realizada la Italia de las instituciones, quedaba por realizar la de la administración.

La unidad de Italia y el “centralismo débil”

Contra una tradición historiográfica del pasado firmemente (casi fideísta) convencida de la existencia de un centralismo italiano, a su vez copia fiel del napoleónico, los historiadores de las instituciones en las últimas décadas se han preguntado si efectivamente la Italia posunitaria puede considerarse un Estado centralista, por lo menos en el sentido que se le daba a la palabra en el siglo XIX en Europa.

Bajo un perfil que llamaría general, es decir de los ordenamientos, sin duda sí. En 1861 los herederos de Cavour eligieron, como se sabe, la continuidad con la tradición administrativa saboyana reproduciendo en particular la organización administrativa del reino de Cerdeña. En dicha reforma Cavour retomó explícitamente el modelo belga (además el modelo inspirador de toda la reforma constitucional de 1848), designando una organización basada en los principios clave de la uniformidad y de la centralización, de próxima derivación napoleónica.[4] Se ha dicho de las elites de la derecha histórica poscavouriana, directoras del proceso del resurgimiento, que eran centralizadas por necesidad, aunque en su interior cultivaban el *self-government* al estilo inglés por cultura y predilección de clase.

Y en realidad se podría agregar —como ya hace muchos años lo evidenció el historiador Roberto Ruffilli—[5] que los criterios guía de la uniformidad y de la centralización constituían en la época valores irrenunciables de la cultura del

Resurgimiento, o por lo menos de sus componentes de vanguardia, impregnados de aquel *esprit géométrique* que aparecía en la Europa del momento como la quintaesencia de la racionalidad burguesa. Por otra parte, fue precisamente Camillo Cavour, en un pasaje conocido de la discusión sobre la reforma administrativa sardo-piamontesa de 1853, quien aclaró en el Parlamento que el antiguo modelo organizativo mixto (por secretarías y por empresas) típico del *Ancien Régime* dio una prueba de sí mismo como reivindicaba la conservadora derecha subalpina, pero se volvía necesario abandonarlo en nombre de una exigencia de tipo constitucional ya casi indispensable.

De hecho, el Estatuto de 1848 (la carta constitucional firmada por el rey Carlo Alberto y destinada a ser la base del Estado constitucional —y posteriormente fascista— italiano después de 1861 y hasta 1948) había planteado, a través del artículo 67 (“Los Ministros son responsables...”), la urgencia de una reforma de la administración que concretó, precisamente, la responsabilidad ministerial. Dicha responsabilidad ministerial —y esto estaba muy claro en la época, por lo menos para Cavour—, a su vez, pretendía que un aparato administrativo por definición “irresponsable” debía depender “jerárquicamente” del ministro, según un modelo de organización que en el siglo XIX parecía además el más moderno y eficiente entre aquellos disponibles: un modelo piramidal–jerárquico, de estrecha adherencia entre los diferentes niveles de la pirámide, en la que el nivel inferior obedecía ciegamente al superior y todos, siguiendo un esquema descendiente, obedecían al nivel supremo, al vértice político representado por el ministro.

Al tener que responder al rey (según el Estatuto) y al parlamento (según la praxis constitucional), el ministro necesariamente debía ser el único centro legitimado de decisión. El resto del aparato que dependía de él debía exclusivamente ejecutar sus órdenes. Sin ningún tipo de autonomía o de libertad, sin poder decir nada: lo cual, en un Estado constitucional podía representar, y en efecto constituiría a lo largo de los años, una elocuente paradoja cargada de consecuencias.

En este contexto ideológico incluso la relación centro–periferia no podía no prever también la prevalencia del centro, tanto más que semejante línea de acción entraba perfectamente en la antigua tradición de la burocracia de los

Saboya y pertenecía a la cultura típicamente piemontesa, que se expresaba con claridad en las minuciosas y muy prescriptivas circulares que no en las leyes, más en la función de inspección que en la autonomía de la provincia.

Tradición militarista, se escribió (un historiador, Walter Barberis, ha documentado eficazmente sus desarrollos desde hace años).[6] En los años sesenta del siglo XX, una vez realizada la unificación, un culto funcionario de extracción napolitana, Giuseppe Giannelli, publicaría (aunque con un seudónimo) uno de los primeros violentos panfletos contra el “piemontesismo”, denunciando la rígida formalidad de los reglamentos, la aptitud para la obediencia ciega y absoluta de los empleados de Turín, la pretensión de expresarse en francés y el empobrecimiento de la lengua italiana en los formularios y en las frases hechas, la costumbre arraigada de esperar instrucciones provenientes de arriba y del centro.[7] Heredero de la tradición jurídica napolitana, Giannelli no podía explicarse una administración que, lejos de ser la inteligente interpretación de las leyes, se reducía a una pura y mecánica ejecución. Terminaría incluso, después de un violento altercado acerca de una banal cuestión de lengua, por desafiar a duelo a un colega piemontés: acto final de una crisis personal que, sin embargo, marcaba el malestar de los funcionarios no piemonteses de la primera burocracia posunitaria frente al frío rigor de la “piamontización”.

Por tanto, ¿era centralista el Estado italiano del siglo XIX? Una serie de investigaciones historiográficas recientes tienden a mitigar o reconsiderar este juicio. Raffaele Romanelli hace años hablaba de “mando imposible” entre centro y periferia,[8] otros escribieron sobre el “centralismo frágil”, “centralización partida”. Son numerosos los estudios conformes con la nueva interpretación. De su totalidad emergen los límites de la centralización a la italiana, las distancias —inclusive vistosas— entre la Italia posunitaria y el modelo francés, las flexibilidades internas de un sistema que con mucha frecuencia, según la investigación concreta, aparece muy diferente en el funcionamiento de lo que aparece en su representación normativa. Los estudios sobre el prefecto (es decir, sobre el perno principal de la centralización, el punto de unión centro–periferia en las provincias) demuestran, por ejemplo, cómo el prefecto italiano se alejaba de la acción práctica de su predecesor francés: no tenía plena representatividad de la provincia, no controlaba —y muy precozmente, desde finales de la primera década— todas las administraciones periféricas del Estado colocadas en su territorio; actuaba en la periferia de políticas decididas en el centro, pero sobre todo actuaba como apuntador dúctil de la provincia hacia la capital de soluciones de mediación, como autor autónomo de una compleja actividad de conexión entre el centro y las elites dominantes en la sede local.

Estudios pioneros como los realizados hace veinte años por Nico Randeraad (quien estudió desde cerca el funcionamiento de las prefecturas)[9] confirmaron que el prefecto posunitario actuaba en el interior de una relación centro–periferia muy compleja, en la cual, entre una provincia y otra, podían ser declinadas las indicaciones centrales en diferentes formas, podían no aplicarse ciertos órdenes, podían ejecutarse en forma discrecional ciertas elecciones, inclusive se podía olvidar aplicar las circulares del “superior ministerio”. Por lo tanto, una continua dialéctica se entrelazaba entre la provincia, el prefecto, el ministerio, el gobierno; en ella se desarrollaba un lento y contradictorio proceso de integración alrededor de las preguntas de la periferia, que gradualmente le permitía sobrevivir al sistema, conquistando día tras día la legitimación política que (dada la inexistencia de una verdadera sociedad “nacional”) aparecía dramáticamente ausente inmediatamente después de la proclamación de la unidad de Italia.

Naturalmente existía otro protagonista de esta difícil integración (la llamaría integración controlada), y eran las clases dirigentes locales, regionales o —con más frecuencia— provinciales, y en algunas ocasiones del distrito. Los estudios sobre los notables de la periferia durante el siglo XIX y los estudios acerca de la difícil amalgama de una elite nacional en la Italia liberal concuerdan con presentarnos un cuadro muy accidentado, en el cual, si verdaderamente deseamos entender las relaciones centro–periferia, ya no podemos limitarnos a hablar de autonomías municipales (los municipios y las provincias eran “autónomas”, de acuerdo con la ley de 1865, pero en el ámbito de una autonomía derivada o “autarquía”, vigilada por el Estado y perennemente controlada) o de prefectos, sino que debemos ampliar el estudio a las primeras instituciones económicas y financieras (cámaras de comercio, consorcios entre propietarios, comicios agrarios, bancos de primera generación y sus respectivas relaciones con el Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio),[10] o a los intereses que localmente se condensaron alrededor de las primeras obras públicas, o al papel que jugó en este proceso la figura del diputado y, por lo tanto, la capacidad de la política parlamentaria para asegurar un canal de acceso de la periferia hacia el centro paralelo al representado por el prefecto o por la administración.

Sobre este último punto resulta claro cómo en el caso italiano (y aquí se advierte otra diferencia con Francia) la política parlamentaria jugó, y muy precozmente, un papel decisivo.

Política, administración, y agregó: universidad. En 1862 el ministro de la Instrucción Pública Carlo Matteucci, un científico fascinado por el modelo alemán, intentó limitar la pluralidad universitaria italiana derivada de la unificación (muchos ateneos a escala regional, pocos medios, bibliotecas pobres, colecciones científicas incompletas, reducidos espectros de usuarios) en un modelo más racional, basado en dos o tres grandes universidades nacionales, precisamente según el modelo alemán, y el resto de los ateneos limitados al rango de institutos de estudios superiores. Era, como fácilmente se entiende, un diseño jacobino de construcción desde arriba de la elite nacional. Como tal fue resistido desde el frente de los pequeños y medianos ateneos, y objeto de un notable cabildeo parlamentario. Y resuelto en el lapso de pocos meses. Ganó la idea de un circuito integrador de la cultura universitaria difundida a lo largo del territorio, fundado en una pluralidad de medianas y pequeñas (en ocasiones muy pequeñas) universidades descentralizadas. Por lo tanto Italia eligió un camino, una vez más, condicionado por sus muchas y pequeñas patrias, en neto contraste con la rigidez de la racionalización centralista.

Despegue administrativo y despegue industrial: la especificidad del camino italiano

Con todo lo antes mencionado la primera administración italiana habló, por lo menos hasta finales de siglo, con inflexiones netamente piemontesas y cuando mucho septentrionales. La burocracia central fue piemontesa, como demostró un célebre estudio estadístico de Francesco Saverio Nitti publicado en 1900, el nivel más alto de la burocracia continuó siendo piemontesa en los sectores claves, al menos hasta la primera década del siglo XX, cuando —como diremos de inmediato— la tendencia se invirtió radicalmente.[11]

Eran piemonteses los generales del Ejército real, en cuyos vértices la tradicional influencia del “partido de Corte” se mantuvo segura en manos de una elite formada en las reales escuelas militares; eran piemonteses gran parte de los directores generales de los ministerios, los embajadores (también en este ámbito continuó mucho la influencia del rey), los jefes de división, la mayor parte de los prefectos. En 1866, cuando era presidente del Consejo Bettino Ricasoli, líder de la derecha toscana, se realizó una encuesta para cuantificar la tasa de “piemontización” en la alta administración. El jefe de división Binda, encargado de realizar la investigación, finalmente tuvo que constatar que el “partido piemontés” dominaba la vida del joven Estado unitario. Sus propuestas para dismantelar esta inoportuna

hegemonía (propuestas drásticas, actualmente registradas en las *Carte Ricasoli* en el Archivo Central del Estado) no tuvieron seguimiento debido a la caída del ministerio.[12]

Una excepción parcial fue la magistratura. Aquí nos limitaremos a la alta magistratura (la “baja” tuvo una historia aparte, debido también a los niveles de ingreso más bajos) y es necesario constatar desde los años sesenta una integración con amplia presencia de personalidades meridionales o de cualquier manera formada en las cortes del sur (especialmente en Nápoles). El historiador Pietro Saraceno documentó esta inclusión,[13] aun cuando permanezca inexpugnable el dato de Nitti, quien en 1990 hacía notar cómo todavía en diciembre de 1897, igualado a 100 todo el “ramo” de los altos funcionarios (magistrados incluidos), el Piamonte proporcionaba 25.3 por ciento de la elite, y el norte 52.8 por ciento (contra 15.2 por ciento del sur y aproximadamente 6 por ciento de las dos islas mayores).[14]

La referencia a Nitti nos permite trazar una primera periodización. Llamo su atención sobre un dato: hasta finales del siglo XIX; es decir, en el arco de los primeros cuarenta años de vida unitaria, el marco que se nos fija en la época de la unificación permaneció sustancialmente inmutable, en el sentido de que la administración se mantuvo dentro de dimensiones contenidas, las elites administrativas continuaron siendo predominantemente septentrionales, la contribución de la burocracia como factor de unificación nacional, aunque teniendo que reconfirmar la coparticipación de las élites burocráticas en el conjunto de los grupos dirigentes nacionales, fue en sí misma modesta.

Lo anterior, naturalmente, sin desconocer la actividad invaluable desarrollada por cientos (y luego miles) de funcionarios públicos que, con frecuencia “transferidos” (como se decía entonces en el lenguaje corriente de la burocracia) a regiones periféricas y en áreas geográficamente excluidas por los eventos del Resurgimiento, representaron dignamente al Estado, difundieron sus valores y definitivamente colaboraron en la concretización de más adecuados niveles de unidad nacional. La Italia unida también fue construida pacientemente por los empleados de las prefecturas, por los oficiales del catastro, por los inspectores escolares, por los encargados de la instrucción, por los ingenieros del genio civil, por los oficiales de estadística, por los cancilleres de los tribunales, por los pequeños magistrados de provincia. Y actuó, de forma decisiva, la misma presencia física de la administración en

lugares frecuentemente muy alejados de la capital: no es el lugar para profundizar el tema, pero los palacios de gobierno en las provincias (es decir, las sedes de los prefectos), en ocasiones los mismos de las antiguas dinastías locales, pero con frecuencia nuevos edificios construidos para tener una forma particularmente solemne y evocativa del nuevo poder, ciertamente se contaban entre los factores de la construcción de aquella imagen del nuevo Estado, que debió constituir en la época de fundación una de las principales preocupaciones de las clases dirigentes.

Lo que sucedió —y también en esta ocasión me limito a un inciso— fue una sabia mediación entre la herencia de los antiguos gobernantes y las exigencias de modernización de los nuevos: como sucedió en Palermo, por ejemplo, donde en 1866 Luigi Torelli, uno de los mejores prefectos de la nueva Italia (al respecto habla ampliamente Nico Randeraad en su preciosa investigación realizada en los archivos de las prefecturas)[15] tomó la decisión de “mostrarse” ante los ciudadanos sentado en un viejo trono del virreinato, en la sala de las audiencias utilizada en la época de los Borbones, un rito del *Ancien Régime* evidentemente dotado con un *appeal* todavía actual.

En todo caso, al acercarse el final del siglo XIX, también la pequeña administración italiana desembocó en una tendencia de crecimiento poco a poco más acelerada. Según un censo de 1876 era aproximadamente 11 000 los empleados, pero ya más de 90 000 en 1882, con un gasto de salarios superior a 171 500 000 liras. En 1914, a finales de la década giolittiana, serían 283 670 con un gasto de casi 567 000 000 de liras. Por lo tanto, la tendencia al crecimiento se perfila a principios de los años ochenta (cuando cae el curso forzoso de la libra, se amplía el sufragio, la izquierda parlamentaria sucede a la derecha y todo el país conoce, después de los rigores de la época posterior a la unificación, un primer momento de recuperación económica: son esos los años de Roma capital y el auge de la construcción en la ciudad), pero se configura como un verdadero salto cualitativo sólo en el nuevo siglo, en coincidencia con una fase de desarrollo de la economía mucho más acentuada y con los orígenes del despegue industrial.

Precisamente, el despegue industrial. La tesis de aquel viejo ensayo escrito con Sabino Cassese, y posteriormente retomada en mi *Storia della amministrazione*, es exactamente la siguiente: que el *despegue administrativo* no es una casualidad coincidente con el despegue industrial, es decir, no por una exigencia de política de poder del Estado (como sucede con frecuencia en la historia de las burocracias occidentales), ni tampoco la legitimación de las

nuevas instituciones, sino por una solicitud puntual y específica de servicios públicos relacionados con las nuevas exigencias de la industrialización.

Sabino Cassese anticipó esta tesis en un estudio de 1977 que continúa siendo absolutamente válido, debido a la intuición que lo sostiene.[16] Al ocuparse en aquella época de *Questione amministrativa e questione meridionale*, Cassese demostró, con las estadísticas en la mano,

1. que en el periodo 1900–1915 la burocracia italiana había crecido de menos de 100 000 a casi 300 000 empleados (es decir, se triplicó);
2. cómo en dichas circunstancias mutó el origen meridional.
3. cómo el auge se debió no a una instancia parasitaria y clientelar (como había en cambio sostenido en polémica con el giolittista Gaetano Salvemini), sino a una demanda real de servicios públicos relacionada con la industrialización.

Estudios más recientes han agregado ulteriores corolarios a esta intuición. Por ejemplo, al estudiar la legislación del periodo se aclaró cómo entonces cambiaba la cantidad de la reglamentación pero todavía más su calidad: se pasaba de las leyes “universales y abstractas” (leyes–monumento) del primer periodo posunitario, a las leyes particulares y concretas (o leyes–sanción). Igualmente salió a la luz cómo tomaba vigor en este contexto un nuevo papel de la administración como lugar específico en el cual la aplicación de la ley encontraba su mediación técnica, en ocasiones su temperamento (en suma, emergía la discrecionalidad como elemento decisivo del gobierno). Massimo Severo Giannini ya lo había anticipado en su opinión desde los años sesenta.

Igual salió a la luz cómo tomaba vigor, en este contexto, un nuevo papel de la administración en cuanto lugar específico en el cual la aplicación de la ley encontraba su mediación técnica, y en ocasiones su temperamento (en suma emergía la discrecionalidad como elemento decisivo del gobierno).

Además, los estudios sobre la cultura del derecho, especialmente del derecho administrativo, han demostrado cómo los juristas guiaban desde el exterior la administración, ofreciéndole los instrumentos jurídicos específicos sobre los cuales orientar su propia actividad corriente. Y cómo esos mismos juristas, mezclándose con la alta burocracia en el Consejo de Estado y trabajando activamente en las redacciones de las revistas jurídicas, colaboraban con la fundación de una jurisprudencia que reguló desde su interior a la administración y con frecuencia dictó sus comportamientos.

Durante los años del despegue administrativo (1900–1915) todos los puntos no resueltos de 1861 y los años siguientes salieron a relucir.

La regla de las oposiciones de acceso se configuró en forma unitaria y de garantías (con el remedio, además, del recurso del Consejo de Estado); la licenciatura en jurisprudencia se convirtió en una *conditio sine qua non* para tener acceso a los empleos públicos (no lo había sido, o no uniformemente, hasta entonces); en consecuencia, los “juristas” prevalecieron por encima de los técnicos y tendieron a echarlos de la administración (fuga del Estado de los técnicos), provocando a lo largo del tiempo una caída de las profesiones prácticas antes presentes en el Estado y una reducción de la capacidad misma de la administración para actuar en primera persona en el campo económico y social; los reglamentos ministeriales se uniformaron en una nueva gran ley general, la ley sobre el Estado jurídico de 1908 (no casualmente firmado junto con Giolitti, el príncipe de la burócratas, como será definido, por Vittorio Emanuele Orlando, un ministro de Justicia que también era el indiscutible maestro académico de la escuela de derecho público); la administración asumió un léxico (tanto en el sentido de una terminología técnica, como el de un lenguaje específico y común de los burócratas) que se mantendría por un largo periodo como característico de su forma de comunicar; se definieron mejor las relaciones con la política, y la alta administración logró el gobierno autónomo del aparato que dependía de ella. Se suman, en el periodo al que nos referimos, todas aquellas señales (y fueron muchas y concomitantes) que denotaban el nacimiento de un verdadero aparato administrativo nacional.

Naturalmente derivan, sin embargo, de las formas y de los tiempos de este nacimiento algunas consecuencias, que ahora, a modo de conclusión, quisiera enlistar:

1. Por llegar retrasada, 40 años después de la formación del Estado, la administración paga un precio caro. Se rompe la “ósmosis” original (así fue definida por los historiadores el mismo sentir de la dirigencia política y la dirigencia administrativa) entre la alta burocracia y la clase política, se “corporativiza” la burocracia y se crea un vacío entre política y administración. Este vacío evita, sí, que la administración fuese invadida por la política (lo cual está bien), pero al mismo tiempo la aleja de la política (lo cual es un error, porque la burocracia desde ese momento ya no será partícipe de los objetivos gubernamentales).
2. Al constituirse la burocracia, en su mayoría de extracción meridional o tendencialmente meridional, se configura en Italia una división casi esquizofrénica, que no tiene igual en ninguno de los grandes países europeos: es decir, la administración habla la lengua del sur, de una zona del país deprimida y excluida del desarrollo industrial y de la modernización tecnológica, mientras que las elites de la economía hablan la lengua del norte. Una vive en la cultura del idealismo, la otra en la del positivismo. Las dos lenguas se entienden difícilmente, y no siempre la política (que con el tiempo hablará cada vez más la lengua del sur) será capaz de traducir los lenguajes recíprocos.
3. La excesiva “juridización” de la burocracia, en donde prevalecen en forma aplastante los “legistas”, provoca una retirada de la administración “del hacer” hacia el terreno de la administración “del disponer y controlar”, así que la burocracia se convierte en especialista en las reglas (y en las formalidades que las acompañaron) pero pierde de vista los objetivos de la acción administrativa. Esto, a su vez, provoca la ya mencionada fuga de técnicos de la administración, a la cual la época giolittiana, y todavía más en el periodo fascista, le intentará responder creando las conocidas “administraciones paralelas”, es decir instituciones públicas autónomas de los ministerios o formas cada vez más “seltas” e incontroladas de administración.
4. A su vez, la meridionalización es el síntoma de una vasta y radical mutación sociológica y de costumbres. El sur, excluido de la industrialización, dirige cada vez más a sus jóvenes recién titulados y diplomados hacia los empleos estatales, “coloniza” las oficinas del Estado, se muda a ellas, junto con el culto a las reglas, no sólo una inflexión dialectal sino una concepción del mundo. La burocracia italiana obtiene las que serían sus características a lo largo de todo el siglo XX y más: un cierto fatalismo de fondo, ese escepticismo hacia lo nuevo, un acentuado conservadurismo, y sobre todo el familismo como base de relación con la vida misma. De aquí la tipología del burócrata italiano que se enraizará a lo largo de décadas y que todavía hoy permanece válida.

Administración, industria y empleo compensatorio

El retraso en el despliegue administrativo también refleja una tenaz diversidad de fondo entre la tradición administrativa italiana y la de los grandes países europeos (la cual no está libre de consecuencias muy actuales incluso en la vigente relación entre Italia y la Unión Europea). De hecho, los aparatos administrativos se forman en su mayor parte de los Estados contemporáneos con relevantes funciones de servicio, en correspondencia con la construcción de la totalidad de las instituciones. En Italia la administración (aquella por lo menos de vastas dimensiones y con tareas difundidas) aparece después, cuando las instituciones ya han sido creadas y el Estado existe desde hace al menos cuarenta años.

Llega —como se ha dicho— porque el despegue industrial solicita inevitablemente a las clases dirigentes más Estado, como apoyo de una industria nacional todavía débil y necesitada de protección. Por tanto, también es necesario, en una palabra, acompañar con servicios públicos adecuados al nuevo desarrollo de la sociedad del futuro: programar los flujos migratorios hacia el exterior (para este fin nacen aparatos específicos), asegurar a los italianos —que de campesinos se convierten en obreros— medidas de apoyo apropiadas, de la previsión (por lo que el Estado se convierte en asegurador) al abastecimiento en las ciudades de los servicios esenciales (y aquí las tareas más gravosas tocan a los municipios), acrecentar y diversificar la oferta escolar, censar el crecimiento de la población y las nuevas actividades (el desarrollo de los servicios estadísticos) darán inicio a formas, aunque larvarias, de bienestar de facto.

Pero el despegue administrativo italiano, en las formas y los tiempos que lo han caracterizado, también cumple otra función, que brutalmente se podría definir como la de ofrecer ocupación a la gran masa de las clases cultas y semicultas del sur dejadas fuera del despegue industrial. De hecho, no se puede interpretar de ninguna otra forma la meridionalización del empleo público sino como un gigantesco intercambio de roles, un *do ut des* no escrito y, al menos inicialmente, no dicho entre la Italia productiva y la no productiva, garantizado por el Estado a través de lo que los *travet*; es decir, lo que los pequeños empleados de bajo ingreso de principios del siglo XX llamaban con expresión colorida “el colchón de crin del 27 del mes” (es decir el salario fijo: tal vez bajo, pero en compensación seguro, con el cual relacionar su proyecto de vida al servicio del Estado). Al “ejército” de los pequeños burócratas, en

gran parte meridionales, el Estado aseguró la sobrevivencia, en su mayoría contentándose con prestaciones laborales modestas. A cambio obtuvo la pacificación social del sur, la adhesión implícita de las regiones a una estrategia del desarrollo que ponía todas sus cartas exclusivamente al polo Turín–Milán–Génova, el futuro triángulo industrial de la Italia del siglo XX.

El despegue industrial, en suma, necesitó de dos formas del despegue administrativo: porque sólo una vasta y enraizada burocracia podría acompañar a los años rugientes de la primera industrialización, ofreciendo a la sociedad que estaba directamente involucrada con todos los servicios públicos que necesitaba; y porque —objetivo menos importante— la administración moderna actuaba (y en particular actuó en esa época en Italia) como una gran cámara de compensación, como el correctivo, en cuanto erogador de ingresos y dador de trabajo, de las deformaciones inevitablemente causadas por el desarrollo económico desigual. Por tanto, las áreas débiles de la sociedad italiana (en primer lugar el sur y las islas) encontraron en el empleo público el sucedáneo a una fallida introducción en el tren en movimiento del desarrollo. Acomodándose en los últimos vagones, estas clases sociales permitirían la salida del tren, aunque a largo plazo limitarían mucho su velocidad.

De hecho, en términos inmediatos la solución fue favorable, al menos hasta la Primera Guerra Mundial (1915–1818) y después, durante el fascismo (1922–1943). La administración desarrolló también, junto con la función de “precio social”, la de un aparato capaz y orientado a erogar prestaciones esenciales para los ciudadanos. Por tanto, debió encargarse en gran parte del desmesurado esfuerzo requerido por la guerra y sus instituciones tuvieron que desarrollar un papel de suplencia con respecto a un aparato económico todavía frágil y de una industria privada necesitada de la protección pública.

En el largo periodo, sin embargo, las características del despegue administrativo se hicieron sentir como un handicap específico civil del país, en los términos de una cada vez más acentuada diversificación entre los ritmos dinámicos del desarrollo y los tiempos relajados de una burocracia que permanecía excluida de la cultura y de las metas de modernización. Lo cual, desde muchas perspectivas, todavía hoy en Italia continúa siendo un problema dramáticamente vigente.

[1] S. Cassese, G. Melis, *Lo sviluppo dell'amministrazione italiana (1880-1920)*, en *Rivista trimestrale di diritto pubblico*, 1990, núm. 2, pp. 333 ss.; la investigación de la que el ensayo formaba parte era realizada por los profesores Hans Daalder y Vincent Wright e incluía a un grupo de estudiosos de diferentes países europeos. Posteriormente tuve la oportunidad de retomar el tema en mi *Storia dell'amministrazione italiana, 1861-1993*, Bolonia, Il Mulino.

[2] Aunque también en el caso inglés, según Olivier MacDonagh ("The Nineteenth-century revolution in government: a reappraisal", en *Historical Journal*, 1958, pp. 52 ss.) se tiende a colocar el momento del despegue administrativo en coincidencia con la época victoriana; de cualquier forma el caso inglés, en la vasta literatura; véanse los estudios de H. Parris (en italiano, *Una burocrazia costituzionale*, Milán, Edizioni di Comunità, 1979); para Francia son fundamentales las obras de Pierre Legendre (recientemente el retomar de su clásica *Historie de l'administration in Trésor historique de l'Etat en France. L'Administration classique*, París, Fayard, 1992). Para Alemania, en una útil clave comparativa con el caso de Italia, véase A. von Klimó, *Staat und Clientel in 19. Jahrhundert. Administrative Eliten in Italien und Preussen im Vergleich 1860-1918*, Colonia, SH-Verlag GMBH, 1997.

[3] Para las Cortes de Casación, definitivamente reunificadas sólo en 1923, véase *Le Corti di Cassazione nell'Italia unita. Profili sistematici e costituzionali Della giurisdizione in una prospettiva comparata (1865-1923)*, Milán, Giuffré, 2005.

[4] Me permito hacer referencia aquí y en otras ocasiones a G. Melis, *Storia dell'amministrazione italiana, 1861-1993*, Bolonia, Il Mulino, 1996.

[5] R. Ruffilli, "Problemi dell'organizzazione amministrativa dell'Italia liberale [1971]", en *Stituzioni, società, stato. Scritti di política e di storia de Roberto Ruffilli*, G. Nobili Schiera (ed.), vol. I, *Il ruolo delle istituzioni amministrative nella formazione dello Stato in Italia* (ed. M.S. Piretti), Bolonia, Il Mulino, 1989, pp. 365 ss.

[6] W. Barberis, *Le armi del principe. La tradizione militare sabauda*, Turín, Einaudi, 1988.

[7] Giuseppe Giannelli, *Storia di un periodo dell'amministrazione italiana*, Salerno, Stab. Fratelli Jovene 1891; sobre el autor véase G. Melis, *Storia dell'amministrazione italiana*, ed. cit., p. 38.

[8] R. Romanelli, *Il comando impossibile. Stato e società nell'Italia liberale*, Bolonia, Il Mulino, 1988. Posteriormente también retomada en *Id.*, "Centralismo e autonomie", en *Storia dello Stato Italiano dall'Unità a oggi*, R. Romanelli (ed.), Roma, Donzelli, 1995, pp. 126 ss.

[9] N. Randeraad, *Autoritá in cerca di autonomía. I prefetti dell´Italia liberale*, Roma, Ministero per i beni culturali e ambientali, 1997.

[10] En este punto es una obligaci3n citar el estudio de A. Caracciolo, *Stato e societá civile*, Turín, Einaudi, 1960.

[11] F.S. Nitti, “La burocrazia di Stato in Italia. Quali regioni danno un maggior numero d´impiegati?”, en *La Riforma sociale*, 1900, pp. 458 ss.

[12] G. Melis, *Storia dell´amministrazione italiana*, ed. cit., pp. 42–47.

[13] Especialmente P. Saraceno, *Alta Magistratura e classe política dalla integrazione alla separazione. Linee di un análisis socio-política del personale dell´alta magistratura italiana dall´unitá al fascismo*, Roma, Edizioni dell´Ateneo & Bizzarri, 1979.

[14] Me refiero aquÍ a G. Melis, *Le élites amministrative in Italia, en Governo rappresentativo e dirigenze amministrative (secoli XIX e XX)*, A. G. Manca y F. Rugge (eds.), Bolonia–Berlín, Il Mulino–Duncker & Humblot, 2007, pp. 35 ss. Para un marco general véase *Le élites nella storia dell´Italia unita*, Nápoles, Cuen, 2003 (con varios ensayos de diferentes autores sobre la evoluci3n de las elites).

[15] N. Randeraad, *Autoritá in cerca di autonomía...*, ed. cit., p. 55.

[16] S. Cassese, *Questione amministrativa e questione meridionale, Dimensi e reclutamento Della burocrazia all unitá ad oggi*, Milán, Giuffré–Svimez, 1977.

Tags:

[Expediente H](#)

[Estado moderno centralizado](#)

[burocracias](#)

[poderes regionales](#)

[leyes y gobierno.](#)

Obra prolífica de Juan Bosch

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 12/10/2014 – 00:32

Juan Bosch, *Obras completas* (40 vols.), Santo Domingo, Comisión de Efemérides Patrias, 2012

por Beatriz Adriana Canseco Gómez*



El año de 2009 fue declarado en República Dominicana como “Año del Centenario del Nacimiento de Juan Bosch”; para conmemorar este acontecimiento, el gobierno dominicano —por medio de la Comisión de Efemérides Patrias— decidió compilar y presentar las *Obras completas*^[1] del intelectual dominicano. Como resultado de esta iniciativa tenemos ahora 40 tomos con toda su producción, los cuales fueron puestos en circulación en dos partes: primero 22 tomos en ese año 2009 y los 18 restantes al cumplirse el 103 aniversario del natalicio de Bosch en 2012.

Un primer aspecto a destacar de esta titánica labor de compilar las *Obras completas* es el esfuerzo realizado para agruparlas por géneros, a saber: narrativa (I– IV); teoría literaria (V); biografías (VI–VII); textos autobiográficos (VIII); historia dominicana (IX–XII); historia del Caribe (XIII–XIV); tesis políticas (XV); textos históricos (XVI); textos políticos (XVII); temas económicos (XVIII); discursos y charlas radiales (XIX–XXVI); capacitación política (XXVII); informes al PLD (XXVIII); obra periodística (XXIX–XXXIX), y el último tomo corresponde a un índice general.

Como se podrá observar, Juan Bosch escribió de múltiples temáticas y fue él quien creó los dos partidos más importantes que actualmente existen en la República Dominicana: el Partido Revolucionario Dominicano (fundado en Cuba en 1939) y el Partido de la Liberación Dominicana (creado en 1973), así como de transmitir conocimiento al pueblo dominicano. Fue un gran pedagogo, e incluso desempeñó un importante papel como periodista, al colaborar para la prensa y la radio.

A través del estudio de su obra podemos ver la evolución de su pensamiento, del que podemos destacar dos grandes etapas: la primera, de 1938 hasta finales de 1960, y la segunda, a partir de 1969. Dichas etapas están marcadas por dos eventos: cuando en 1938 sale al exilio y se dirige a Puerto Rico, donde sería contratado para transcribir las *Obras completas* de Eugenio María de Hostos. Tal fue el impacto que tuvo en su vida conocer el pensamiento de este autor, que diría:

Si mi vida llegará a ser importante y se justificara algún día escribir sobre ella, habría que empezar diciendo “Nació en La Vega, República Dominicana, el 30 de junio de 1909, y volvió a nacer en San Juan de Puerto Rico a principios de 1938, cuando la lectura de los originales de Eugenio María de Hostos le permitió conocer qué fuerzas mueven, y cómo mueven, el alma de un hombre consagrado al servicio de los demás” (t. VI, p. 50).

Y el segundo es el golpe de Estado que, en septiembre de 1963 lo depuso como presidente de República Dominicana, después de haber permanecido sólo siete meses en el poder^[2] —además de la intervención estadounidense de abril de 1965^[3] con la que se evitó el triunfo del movimiento constitucionalista que buscaba su retorno a la presidencia—, pues tales hechos lo conducirán a adoptar el marxismo como forma de pensar. Con esta evolución de su pensamiento cambió también la percepción que tenía de algunas personas, entre ellas Rómulo Betancourt, con quien había mantenido una relación de amistad y de afinidad política que se iría enfriando con el tiempo; no así con José Figueres, el líder costarricense de la revolución de 1948, de quien tuvo siempre un buen concepto.

Como parte de esta ruptura intelectual podemos señalar dos aspectos importantes: primero, su cambio de visión en cuanto al tema de la democracia representativa:

Si el sistema de la democracia representativa fuera bueno; si les asegurara a los dominicanos lo que estos necesitan para vivir, yo no estaría diciendo que hay que cambiarlo por otro, porque en este país nuestro todo el mundo sabe que nadie defendió ese sistema más que yo; que nadie se lo explicó mejor al pueblo y que nadie lo mantuvo en el Gobierno con tanto entusiasmo como lo mantuve yo [...] Yo creía sinceramente, con toda el alma, en la llamada democracia representativa [...] (t. XXI, p. 33)

Otro aspecto en el que podemos advertir su transformación es en el tema del partido político. En noviembre de 1973 renunció al PRD, partido que había fundado estando en el exilio en Cuba en 1939 y con el que había alcanzado la presidencia en 1962, para fundar lo que él denominó un partido nuevo en América, el PLD, creado en diciembre de 1973, al que quería convertir en un partido de cuadros, donde lo más importante fueran la organización y no las personas, en el que se evitarán las aspiraciones personales, por ello había que:

[...] crear y desarrollar el partido que el país no había conocido [...] el llamado a libertar de su atraso, de su dependencia, de la miseria a millares de compatriotas, no a una parte pequeña o mediana o grande de los dominicanos, sino a todos los dominicanos [...] era necesario, absolutamente necesario, que antes de ser miembro del partido el que deseara serlo pasara por una etapa de aspirante que sería agotada en un Círculo de Estudio, y a partir de ahí el circulista entraba al partido en condición de miembro [...] en su Comité de Base es un peledéista, fuera de él no es nada (t. VIII).

Es difícil reseñar las más de 20 000 páginas que componen las *Obras completas*, pero a través de ellas podemos reconstruir la historia de algunos de los más importantes acontecimientos de la región de primera mano, pues Bosch no sólo analizaba y escribía sobre el acontecer del momento, sino que fue uno de sus actores.

Por ejemplo, la expedición de Cayo Confites, preparada en Cuba y que tenía por objetivo derrocar a la dictadura trujillista; sabemos también por Bosch que las armas con las que triunfó la revolución de 1948 en Costa Rica fueron entregadas por él mismo, a petición del presidente Prío Socarrás, a Figueres, las mismas que se habían utilizado en la frustrada expedición; y también sabemos que en 1954, a petición de Figueres, ya como presidente de Costa Rica, Bosch fue el encargado de entregar armas a luchadores antisomocistas, y al ser descubierto por el dictador tuvo que abandonar el país centroamericano (t. IX, pp. 249–269). Podemos acercarnos a lo que en la década de los cuarenta se conocía como Legión del Caribe y que Bosch nos explica (*Ibidem*, pp. 281–292). También podemos conocer algunos aspectos de personajes que hoy son icono no solamente en América Latina sino en el mundo entero, por ejemplo sus recuerdos del *Che* Guevara, a quien conoció durante su estadía en Costa Rica en 1954, cuando aún no tenía la notoriedad alcanzada años después:

[...] cuando ya él estaba en la Sierra Maestra, recordé a aquel joven médico argentino [...] Recordaba no sólo su presencia física, sino hasta su voz. ¿Por qué? No podría decirlo. Tal vez me había impresionado aquél tono de fijeza, y de cierta ansiedad que tenía en sus ojos, en su tipo peculiar de mirada; una ansiedad como de quien necesita ser y no halla la manera de realizarse; la de alguien que está seguro de que tiene un destino y no sabe como cumplirlo (t. XXXVI, p.121).

También conocemos lo que pensaba de sus compañeros de lucha (Arévalo, Figueres, Betancourt, etc.), pues recordemos que Bosch no solamente combatió a la dictadura trujillista, sino a todas las que en esos años se vivían en la región.

Otro tema importante es que aquí aparece por primera vez la versión completa de *El Pentagonismo, sustituto del imperialismo* (una de los dos propuestas teóricas más importantes de nuestro autor), [4] y un último capítulo titulado “*Addenda pos-electoral*” (t. XV, pp. 169–180) publicado en la *Revista Ahora!*, en enero de 1969, y que sólo había sido incluida en la versión en francés del libro. En dicho capítulo Bosch hace un análisis de las elecciones realizadas en Estados Unidos el 5 noviembre de 1968, en las cuales fue electo presidente Richard Nixon, señalando las razones, que desde su perspectiva le habían dado el triunfo, ejemplificando con este caso su teoría de que la sociedad estadounidense estaba *pentagonizada*.

En estas *Obras completas* es donde por primera vez se dan a conocer varios de los textos que servían de estudio para los militantes y simpatizantes del PLD (t. XXVIII). [5] También es notable la compilación de artículos presentados en el tomo XXXIV, correspondientes a las etapas en que el dominicano vivió en Cuba [6] y publicaba en las revistas *Ultra*, *Cárteles*, *Bohemia* y en el periódico *Información*. Muy pocos se conocieron con posteridad, y ha sido hasta la conmemoración del centenario del natalicio de Bosch, en 2009, que la Fundación Global Democracia y Desarrollo (Funglode) publicó en dos tomos dichos artículos, [7] y ahora se han publicado aquí para mostrar su labor como analista político.

Es necesario destacar en estas *Obras completas* el aporte que hacen los estudiosos del pensamiento de Juan Bosch, pues cada tomo contiene un estudio introductorio, realizado en su mayoría por escritores dominicanos, y entre ellos destacan Guillermo Piña-Contreras, Pedro Vergés, Juan Daniel Balcácer, Wilfredo Lozano, Roberto Cassá y Pablo A. Maríñez. Estos textos ubican al lector en el contexto histórico en que se escribió la obra y delimitan algunos trazos

generales sobre el contenido del tomo, pero dejando al lector que haga una lectura propia y descubra e interprete a Bosch.

Juan Bosch fue, sin lugar a dudas, un hombre visionario, con una astucia política y agudeza intelectual que le permitían analizar y comprender los cambios en el contexto nacional e internacional. Así, lo mismo podemos encontrar en su *Obras* artículos analizando el acontecer en Ecuador o en Bolivia (t. XXXIV, pp. 339–350), la intervención en Granada (t. XXXII, pp. 117–134) o las elecciones chilenas en las que triunfó Salvador Allende (t. XXI, pp. 507–516). Es tal la capacidad que demuestra en sus análisis que incluso pareciera que predice los acontecimientos. En una carta que envía a Trujillo el 27 de febrero de 1961, tres meses antes de que el dictador fuera asesinado en mayo de ese mismo año, le recuerda que debido al triunfo de la Revolución cubana, en enero de 1959, la geopolítica de la región había cambiado:

[...] La atmosfera política del hemisferio sufrió un cambio brusco [...] Fidel Castro [...] ha desempeñado un papel de primera magnitud en ese cambio de atmosfera continental, pues a él le correspondió la función de transformar a pueblos pacientes en pueblos peligrosos. Ya no somos tierras sin importancia, que puedan ser mantenidas fuera del interés mundial. [...] En este instante histórico, su caso puede ser comparado al de un ágil, fuerte, agresivo y voraz tiburón conformado por miles de años para ser el terror de los mares, al que un inesperado cataclismo le ha cambiado el agua del mar por ácido sulfúrico; ese tiburón no puede seguir viviendo. [...] Si usted admite que [...] en el nuevo ambiente no hay aire para usted, y emigra a aguas más seguras para su naturaleza individual, nuestro país puede recibir el 27 de febrero de 1962 en paz y con optimismo; si usted no lo admite y se empeña en seguir tiranizándolo, el próximo aniversario de la República será caótico y sangriento [...] (t. IX, pp. 311–312).

Éste es sólo un ejemplo entre muchos de los que el lector podrá encontrar al adentrarse en el estudio de las obras de este pensador dominicano, que incursionó en la economía, la historia, la política, la sociología, la psicología, la literatura, las relaciones internacionales, etc., y en varias ocasiones lo hizo al mismo tiempo, logrando realizar estudios que hoy denominaríamos como inter o transdisciplinarios.

Como anunciábamos al inicio del texto, debido al espacio esto es apenas un pequeño esbozo del trabajo realizado por Bosch, de algunas ideas que el lector puede encontrar en las *Obras completas* de un hombre de acción, comprometido en la lucha por transformar su realidad, y participar en la construcción de una sociedad más justa y solidaria. La compilación del trabajo de toda su vida constituye un gran aporte para el conocimiento de América Latina en general, y el Caribe de manera particular, por lo que sin duda es un material de lectura imprescindible.

Contenido *Obras Completas* de Juan Bosch

Género	Tomos	Textos
Narrativa	I	Camino real (1933)

		Dos pesos de agua (1941)
		Ocho cuentos (1947)
	II	La muchacha de la Guaira (1955)
		Cuento de Navidad (1956)
		Relatos dispersos en periódicos y revistas
	III	La Mañosa, la novela de las revoluciones (1936)
	IV	El oro y la paz (1975)
		Indios, apuntes históricos y leyendas (1935)
Teoría literaria	V	Textos teóricos, prólogos, críticas, crónicas y entrevistas. “Apuntes sobre el arte de escribir cuentos”
Biografías	VI	Mujeres en la vida de Hostos (1938)
		Hostos, el sembrador (1939)
		Simón Bolívar y la guerra social (1966)
		Juan Vicente Gómez, camino hacia el poder (1982)
	VII	Judas Iscariote, el calumniado (1955)
		David, biografía de un rey (1956)
Bolívar, biografía para escolares (1960)		
Textos autobiográficos	VIII	Cuba, la isla fascinante (1955)
		Viaje a las antípodas (1978)
		El PLD un partido nuevo en América (1989)
Historia Dominicana	IX	Trabajos sobre la dictadura de Trujillo
		Las dictaduras dominicanas (1988)
	X	Composición social dominicana (1970)
		La Guerra de la restauración (1982)
	XI	Crisis de la democracia de América en la República Dominicana (1964)
		Folletos sobre la revolución de abril y la ocupación estadounidense
		Clases sociales en República Dominicana (1982)
		La pequeña burguesía en la historia de la República Dominicana (1985)
	XII	Capitalismo tardío en la República Dominicana (1986)
		El Estado, sus orígenes y desarrollo (1988)

Historia del Caribe	XIII	De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe frontera imperial (1970)
	XIV	Apuntes para una interpretación de la historia costarricense (1963)
		Capitalismo, democracia y liberación nacional (1983)
		Póker de espanto en el Caribe (1988)
Tesis políticas	XV	El <i>pentagonismo</i> , sustituto del imperialismo (1967)
		Dictadura con respaldo popular (1969)
Textos históricos	XVI	Breve historia de la oligarquía (1971)
		Tres conferencias sobre el feudalismo (1971)
		Máximo Gómez: de Montecristi a la gloria (1986)
		Breve historia de los pueblos árabes (1991)
Textos políticos	XVII	33 artículos de temas políticos
		El partido, concepción, organización y desarrollo (1983)
Temas económicos	XVIII	Temas económicos I y II (1990)
Discursos y charlas radiales	XIX-XXVI	1938-1996
Capacitación Política	XXVII	“Colección de estudios sociales y económicos”
Informes al PLD	XXVIII	Textos que en su momento sólo eran conocidos por militantes y simpatizantes del PLD
		De México a Kampuchea
		Guerrilleros y crisis eléctrica
		De la concordia a la corrupción
Obra periodística	XXIX-XXXIX	Artículos publicados en diversos diarios así como entrevistas hechas al autor

* Universidad Nacional Autónoma de México.

[1] Es importante señalar que en la presentación del tomo XL Guillermo Piña–Contreras ha manifestado que hay un par de cosas de Bosch que no han sido localizadas al momento de la publicación, aunque se tiene conocimiento de su existencia: un artículo titulado “El pensamiento de Mao Tse Tung”, o la polémica entre Bosch y el sacerdote Láutico García televisada el 17 de diciembre de 1962, en plena campaña electoral en donde se acusaba al candidato de ser marxista–leninista, así como los cuentos que se dice Bosch publicó en *Las Brisas del Birán*, periódico de Barahona, pues afirma el presentador que se tienen noticias de la publicación pero no de los cuentos infantiles del autor (t. XL, pp. VII–XVI).

[2] Es importante recordar que Juan Bosch fue el primer presidente electo después de la larga dictadura de Rafael L. Trujillo (1930–1961), en las elecciones celebradas en diciembre de 1962. Asumió su cargo como presidente de la República Dominicana el 27 de febrero de 1963 y fue derrocado por un golpe de Estado el 25 de septiembre de ese mismo año.

[3] Al respecto decía: “el pasado sólo sirve para sacar de él las lecciones útiles y la lección que yo he sacado del 24 de abril es que lo que nos llevó a la contienda de 1965, como lo que nos llevó al golpe de Estado de 1963 fue el sistema con el que hemos vivido, un sistema que ha estado fracasado durante 125 años y que seguirá fracasando tanto tiempo como dure” (t. XXI, p. 33).

[4] La otra propuesta es la de establecer en República Dominicana una “Dictadura con respaldo popular” (t. XV, p. 183–431), como sistema alternativo a la democracia representativa que tanto cuestionaba.

[5] Pablo A. Maríñez, en el estudio introductorio de este tomo, señala la importancia de la faceta como pedagogo del dominicano, la cual consideramos que está sumamente ligada a las actividades que desarrolló Juan Bosch en una de sus etapas en el ámbito del periodismo, pues una de las estrategias que utilizó fue precisamente la publicación de artículos que después serían analizados y debatidos en los Círculos de Estudio del PLD, para ello fue que se creó el periódico *Vanguardia del Pueblo* y la revista *Política, teoría y acción*, donde además se publicaban artículos de otros dirigentes del partido. Maríñez señala que esta última publicación también se abrió “como espacio de difusión de distintos estudios, artículos, ponencias y documentos de diversos intelectuales de varios países, tanto de América Latina y el Caribe, como de Estados Unidos y Europa”. Dado que el objetivo era educar al pueblo los textos de Bosch en esta época se caracterizan por su carácter pedagógico reflejado en el lenguaje que se utiliza y la manera en que se expone, que busca penetrar en toda la población (t. XXVII, pp. VII–VC). Es precisamente por esta tarea de explicar y tratar de educar al pueblo, dirigiéndose a él de una manera sencilla que entre los dominicanos es común que se refieran a nuestro autor de manera respetuosa como “el Profesor”.

[6] Su estancia en Cuba va a ser de gran esplendor como escritor y en su formación política, si bien es cierto que cuando salió de República Dominicana ya tenía cierto reconocimiento como literato, es en este periodo en Cuba cuando adquiere notoriedad al dedicarse a la lucha contra la dictadura trujillista, a lo cual contribuyó, desde mi perspectiva, las relaciones que pudo establecer con la clase política cubana, entre ellos el presidente Prío Socarrás, de quien llegó a ser secretario particular, y a quien acompañó por varios países de América Latina (Venezuela, Costa Rica y Guatemala), en su gira como presidente electo, y en donde tenía la oportunidad de buscar ayuda para su lucha.

[7] Luis F. Céspedes Espinosa (comp), *Juan Bosch en Cuba*, Santo Domingo (2 vols.), Cátedra Juan Bosch en el Centenario de su natalicio, 2010.

Tags:

[Mirar libros](#)

El gozo del ocio

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 12/10/2014 – 00:38

Rodolfo Palma Rojo, Gabriela Pulido Llano y Emma Yanes Rizo, *Rumberas, boxeadores y mártires. (El Ocio en el siglo XX)*, México, INAH, 2014.

por Francisco Pérez Arce Ibarra*



Sería un exceso decir que nuestra cultura nacional está compuesta de rumberas, boxeadores y televisoras. Pero no hay duda que en nuestro imaginario están presentes, como herencia o como experiencia propia, y son parte de eso que llamamos cultura popular. Este libro nos lo recuerda. El boxeo ya no es el mismo, fue sueño de barrio, seña de identidad y deseo. Las rumberas terminaron la función, invadieron la imaginación de hombres y mujeres, y desaparecieron, no sin sacudir la conciencia y la moral de una sociedad conservadora. Y la televisión, ¡por supuesto, la televisión! pasó de ser una sorprendente novedad tecnológica a un negocio millonario y un medio de comunicación cuya influencia no dejó de crecer hasta convertirse en abrumadora.

Un boxeador con mala suerte, unas rumberas de movimientos extremos, muy admiradas y poco vestidas, y una televisión comercial... comercialísima. Este libro, de lectura muy disfrutable, nos informa seriamente de aspectos decisivos que sin duda influyeron en la formación cultural de nuestro país durante el siglo XX.

De un deporte espectáculo, el boxeo, y de un personaje que además de boxeador es ferrocarrilero, Emma Yanes recrea sus palabras en uno de los ensayos de este libro para que el *Puño de Oro* de Camelia refiera sus deseos, sus aspiraciones y su realidad. Encontramos imágenes elocuentes de los habitantes de barrios pobres de la ciudad de México en los años treinta. La autora tiene buen oído y es capaz de reproducir la riqueza del lenguaje urbano y popular y personalísimo de su personaje: “Quince días nos duraron los ojos morados, pero no importó: nos fuimos juntos a empinarnos nuestra macetas y melones y a jugar rentoy a la pulcata [...]” Nos traslada a las calles de la colonia Guerrero, al barrio ferrocarrilero de Nonoalco, a las arenitas y las grandes plazas, donde se pelea por la gloria o por el orgullo o por la simple sobrevivencia. Nos traslada también a otro escenario, también de lucha, por

mejores salarios y condiciones laborales... y a los hechos del “charrazo”, la imposición de un líder sindical ilegítimo, que dio origen al modelo de relaciones entre gobierno, empresas y sindicatos, que estuvo vigente todo el siglo.

De las rumberas hay una que es emblemática y que nos cuenta Gabriela Pulido: *Tongolele*. Llega a México en 1948 y crea un estilo de bailar nuevo, inesperado, con poca ropa y sugerentes movimientos de caderas. Éxito de taquilla, pero mucho más que eso, es origen y pretexto de un debate sobre la moralidad y las buenas costumbres. Otra bailarina, ahora olvidada, la *Kalantán*, era su competidora, que a la poca ropa y las caderas imparables, sumaba ruidos de animales salvajes. El *tongolelismo* del medio siglo, y el debate sordo que desató en la prensa, no es sino la continuación de una historia que viene desde los años posteriores a la revolución. Siempre presente la oposición entre modernidad y tradición, cosmopolitismo y provincialismo.

A la mitad del siglo están desapareciendo las carpas que han sido sustituidas por otro tipo de espectáculo teatral y de cabaret. En el gobierno predomina el conservadurismo moralista muy bien representado por los regentes Fernando Casas Alemán (1946–52) y, sobre todo, Ernesto Peralta Uruchurtu (1952–1966). En los años cincuenta, con pretextos varios, se decreta la desaparición de los cabarets y salones populares de baile; el último en ser cerrado fue El Tívoli, cuyo nombre se asociaba al desnudismo femenino. Es una historia de estira y afloja en la que la “moral” es una palabra abusivamente repetida. A la mitad del siglo está terminando una forma de espectáculo. Y está naciendo su majestad la televisión.

¡Ahí viene la televisión! El espectáculo dominante en la segunda mitad del siglo XX. Rodolfo Palma nos cuenta la historia, desde sus primeros pasos técnicos en los años treinta, hasta su poderío (duopólico) del fin de siglo. Una historia de técnica y de ajustes en estilos y formas del espectáculo. Pero también una historia de negocios. Para desgracia del país, el modelo comercial quedó definido desde muy pronto:

En 1947, Miguel Alemán Valdés creó una comisión integrada por González Camarena y el escritor Salvador Novo, para que realizaran un recorrido por EU y Europa y a su término definieron el modo en que haría de operar la televisión mexicana, ¿estatal o privada? [...] Salvador Novo se desbordó en alabanzas hacia el modelo europeo, en cuanto a normas técnicas, y especialmente el de la BBC en cuanto a esquemas de producción y dependencias estatales. Como es de suponerse, el empleado de la XEW..., quien además no tardó en volverse él mismo concesionario del canal 5, sugiere el modelo estadounidense, privado y de concesiones [...] Y así ocurre [...].

Gran visión de los patriarcas de la televisión comercial: Emilio Azcárraga Milmo: “La televisión está hecha para los jodidos, los que no pueden divertirse de otra manera, no para los ricos como yo que tenemos muchas posibilidades, ni para los que leen revistas de crítica política, sino para los jodidos que no leen y que aguardan a que llegue el entretenimiento”. O ésta, más bien incomprensible: Miguel Alemán Velasco: “nosotros vamos a entretener para educar; el Estado debe educar para entretener”.

En cierto momento el gobierno imaginó un sistema dual: televisión comercial y televisión pública. Pero acabó cediéndolo todo a los privados. Los jefes de la televisión comercial entendieron que el régimen del PRI era conveniente para ellos: el gobierno les daba todo y les pedía muy poco. De ahí la conocida frase de Emilio

Azcárraga: “Somos del PRI, nuestro jefe es el presidente de la República y somos parte del sistema.” Así fue. Este ensayo muestra las rutas de la televisión, su fuerza y su “filosofía” para llamarla de algún modo.

Rumberas, boxeadores y mártires, que continúa la colección “Claves para la historia del siglo XX mexicano”, es un libro de lectura ágil y, tal como lo anuncia el título de la colección, lleno de “claves” para entender, para entendernos, para saber más de esa cultura nuestra bien sustentada en la historia del siglo pasado.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Tags:

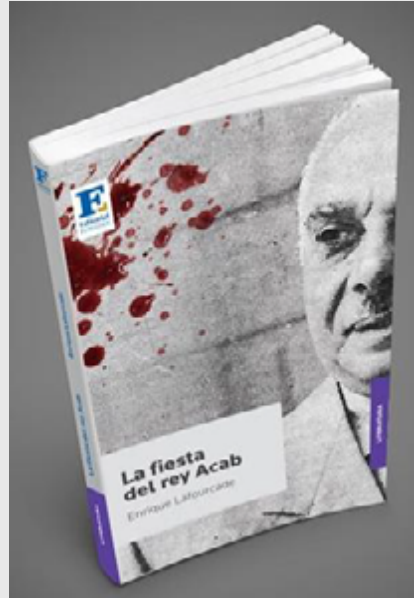
[Mirar libros](#)

Variaciones sobre el ogro a secas

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 12/10/2014 - 00:43

Enrique Lafourcade, *La fiesta del rey Acab*, Santo Domingo, Funglobe, 2013.

por Guadalupe Rodríguez de Ita*



Cuando llegó a mis manos esta edición de *La fiesta del rey Acab* y vi que en un cintillo se destacaba que se trataba de “la primera novela sobre Trujillo y Galíndez”, no reparé demasiado en la parte inicial de la oración y, guiada por la segunda parte de la misma, en principio me resistí un poco a leerla, pues me pregunté qué tanto me asombraría una recreación literaria acerca del dictador dominicano, del profesor vasco secuestrado y desaparecido por dicho dictador, así como de la oposición antitrujillista después de haber leído *Galíndez* de Manuel Vázquez Montalbán; *En el tiempo de las mariposas* de Julia Álvarez y, por supuesto, *La fiesta del chivo* de Mario Vargas Llosa, que salieron a la luz por primera vez en 1991, 1994 y 2000, respectivamente. Obras conocidas y reconocidas por sus altos tirajes, varias ediciones, buena crítica y algún galardón. Novelas que, además, habían sido llevadas al cine, por cierto con poca fortuna, en el primer lustro del nuevo milenio.

Con todo, me animé a ojearla y entonces, como diría mi “filósofo” caribeño y salsero: “la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida...”. La obra me asombró positivamente, por varios motivos. Entre ellos, por el hecho de que fue publicada por primer vez en el lejano 1959, en el territorialmente distante —al menos para mexicanos y dominicanos— Santiago de Chile, por la editorial Del Pacífico, siendo su autor el chileno Enrique Lafourcade, quien era por aquel entonces un novel escritor, hoy consolidado plenamente. Así, comprendí que, en efecto, se trataba de la primera novela sobre el denominado “caso Galíndez” y sobre el ocaso de Trujillo.

Otro punto que me interesó de esta reciente edición —realizada en 2013, en Santo Domingo por la editorial Fonglobe— es que cuenta con un documentado y espléndido prólogo del Dr. Pablo Mariñez, embajador de la República Dominicana en Chile. Allí el prologuista aporta importantes datos acerca de Lafourcade, así como de la llamada “generación del 50” de escritores chilenos a la que éste perteneció, que fue un parteaguas en la literatura del país conosureño. Enseguida ofrece información acerca de Jesús de Galíndez, autor del texto crítico *La era de Trujillo. Un estudio casuístico de dictadura hispanoamericana*, publicado por primera vez en Chile en 1956, por la ya mencionada editorial Del Pacífico; de su secuestro y desaparición, así como del asesinato de quienes participaron en ello; de la difusión y el análisis tanto del texto como del “caso Galíndez” realizados por críticos del dictador, pero también por partidarios de éste. Más adelante explica por qué, en aquellos años, el país conosureño sacó a la luz esas obras referentes a Trujillo; para ello hace un estupendo estudio de la industria editorial chilena, así como un conciso análisis de la política interna de Chile y República Dominicana. Más aún, hace referencia a la coyuntura política internacional y continental; además examina con gran cuidado la V y la VI Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la Organización de Estados Americanos OEA de 1959 y 1960, respectivamente, donde el dictador, la media isla y el Caribe fueron el centro de atención.

Un dato que destaca el Dr. Mariñez es que poco antes de que se realizara la primera de esas reuniones interamericanas el director de la editorial Del Pacífico encargó a Lafourcade un texto sobre el tirano dominicano, con el fin de distribuirlo durante el encuentro de cancilleres. De esa peculiar manera nació *La fiesta del rey Acab*, acerca de la cual el prologuista brinda interesantes pistas sobre algunas características de la novela; hace hincapié en lo que considera medidas de seguridad tomadas por el escritor ante posibles reclamos y represalias de Trujillo, como lo son, por ejemplo, el epígrafe en el que Lafourcade declara que su obra es de ficción, así como el cambio de nombres reales a ficticios.

Después de leer el erudito prólogo, como estudiosa entusiasta del proceso histórico dominicano correspondiente al siglo XX y como lectora animosa de novelas, me sumergí en ésta. De lo primero que me percaté es que el autor recurre a un recurso relativamente poco usual para estructurar su obra, como es narrar una serie de acontecimientos como si sucedieran en un mismo día, en 24 horas; así, el relato va, hora por hora, a veces casi minuto a minuto, creando una atmósfera expectante. Otro recurso más usual, pero no por ello menos interesante empleado por el escritor es basarse fundamentalmente en diálogos que hacen que la lectura sea bastante ágil y amena.

Como cualquier lector —informado o no del devenir dominicano—, lo siguiente que encontré es una narración que gira en torno a un “tiranuelo ridículo en un país tropical”, como lo califica el autor (p. 24), así como a sus aliados y a sus opositores. Los hechos relatados se presentan como un circo de tres pistas que se interconectan. En la pista principal se desarrolla un fastuoso festejo por el cumpleaños del dictador, donde se hacen evidentes las intrigas palaciegas. En otra pista se exhibe el secuestro y ejecución de un profesor español, vasco en particular, considerado enemigo del gobernante, donde se muestra el nivel de represión y tortura que se llevaba a cabo en los sótanos del palacio. En una tercera pista se despliega un complot organizado por estudiantes para asesinar al tirano, donde se patentiza el grado de hartazgo de los sectores medios de la sociedad.

Por otra parte, para mí, y seguramente para cualquier otro lector que conozca —así sea un poco— la República Dominicana y su historia, queda claro que la novela se desenvuelve en esa media isla del Caribe, pues aunque en ninguna parte se le menciona con todas sus letras, sí se ofrecen una serie de elementos que permiten deducirlo. Entre ellos, por ejemplo, se alude a varios países americanos por su nombre —como los Estados Unidos, México, Cuba, Haití, entre otros—, con los que mantiene relaciones el país donde se desarrolla la acción, pero nunca se escribe el nombre de la Dominicana, lo que puede ser tomado como una referencia encubierta.

La ubicación temporal tampoco es precisada de manera explícita en la obra. Sin embargo, para cualquier lector que tenga noción de que el rapto del profesor vasco fue en marzo de 1956 y el asesinato o —si se prefiere— el ajusticiamiento del dictador en mayo de 1961, se puede inferir que la narración se circunscribe a la segunda mitad

de los cincuenta del siglo XX; en particular al último año de esa década, dado que de manera un tanto furtiva en el texto se hace referencia indirecta a la revolución cubana (p. 72). En cuanto a la temporalidad, cabe mencionar que el escritor se permite una licencia literaria, pues no todos los hechos que narra se verificaron en 1959, y mucho menos en 24 horas.

Otro elemento que contribuye a que un lector que conozca —poco o mucho— el devenir dominicano confirme que la novela trata sobre el trujillato es que los personajes, casi en su totalidad, son sujetos históricos identificables, a pesar de que son presentados con nombres ficticios, a veces un tanto artificiosos o simplones. Los actores más reconocibles son los trujillistas. Para empezar, el dictador Rafael Leónidas Trujillo Molina, autodenominado Benefactor de la Patria, aparece en el libro como el protagónico César Alejandro Carrillo Acab, el Dispensador. Sus colaboradores más cercanos no escapan al cambio de nombre: el temido Jonnny Abbes García, jefe de los Servicios de Inteligencia Militar (SIM), es presentado como Kurt von Kelsen; en tanto Arturo Espaillat, secretario de Defensa, como Josefát. Tampoco escapa el embajador estadounidense William T. Pheiffer (1953–1957), quien se asoma como el aparentemente insignificante Cecil T. Raven; ni el ex mandatario argentino exiliado en la isla Juan Domingo Perón (1958–1960), que aparece como Pedro Domingo Absalón; en tanto que al profesor chileno Waldo Ross, cooptado por Trujillo, le da el nombre ficticio de Waldo Roth. Y así se puede seguir con una larga lista de aliados de Trujillo.

Por otro lado, los personajes opositores al tirano son menos reconocibles, pues el autor los bautiza con más sutileza, quizá como un mecanismo de protección o defensa frente al dictador para los sujetos históricos o para sí mismo. Por ejemplo, a Jesús de Galíndez, el profesor vasco, a quien se le puede considerar coprotagonista de la obra, pues se le menciona a lo largo de ella, sólo se le alude allí con su nombre de pila y sin apellido alguno. Mientras tanto, el actor principal del complot para matar al tirano se presenta en el texto con el nombre de Cosme San Martín que no es tan fácil de reconocer, pues varios bachilleres y universitarios participaron en conspiraciones, pero bien podría ser un Manolo Tavarez Justo, el compañero de la ahora muy conocida Minerva Mirabal; en condiciones similares está el personaje de Rosita, la joven que jugará un papel destacado en el asesinato del dictador.

Dado que la obra es literaria, cabe apuntar el escritor se permite presentar a los personajes y, por extensión, a la narración en su conjunto en términos maniqueos. Así, en el libro, por un lado, están los trujillistas que son seres envilecidos. Por ejemplo, a Trujillo lo exhibe como un ser violento, torturador (pp. 127–135), pero también como alguien débil y frágil, influenciado y hasta manipulable por su esposa (pp. 81–86) y por su hijo–consejero de ocho años (pp. 45–49); lo pinta como un hombre presuntuoso y caprichoso, dado a los excesos de comida y bebida, incluso de enervantes (pp. 20–22, 145–157), y con poca resistencia a tales excesos. Lo que en muchos sentidos contrasta con el Trujillo de Vargas Llosa y de otros autores, literarios o no.

En el lado contrario, la oposición y los opositores al dictador son enaltecidos en la novela. A Jesús, el profesor vasco, lo presenta como un “fino hombre, melancólico” (p. 64), “un hombre que ama la verdad” (p. 133), un ser con gran dignidad y valor (pp. 131–133); elementos que no encajan del todo con el Galíndez de Vázquez Montalbán, quien en su libro lo presenta —como escribió el propio autor en un artículo— como un “héroe impuro”, con cualidades, sí, pero también con devaneos. En lo que toca a los estudiantes anti–trujillistas, éstos son definidos como “seres puros [...] seres grandes, llenos de nobleza” (p. 100), que quieren “hacer una patria” (p. 60) y crear “la nueva sociedad de trabajo, de estudio” (p. 61), un tanto como los muestra la obra de Julia Álvarez.

En fin, en mi opinión, este libro con sus aparentes imprecisiones espacio–temporales, sus artificios eventualmente simplones de los personajes y su relato maniqueo logra una recreación literaria verosímil de una tiranía cualquiera, por lo que la obra puede inscribirse en el subgénero de la novela del dictador, que tomó nuevos bríos durante el llamado *boom* latinoamericano.

Pero no sólo eso, si se va más allá de las licencias literarias del autor, el texto consigue recrear con un alto grado de verisimilitud al trujillato; así, en un relato breve si se compara con otras obras, en especial con las tres mencionadas al inicio consigue exponer los temas centrales abordados por ellas; esto es, al propio trujillato en general, así como al dictador, a Galíndez y a la oposición estudiantil, en particular. Por tanto, este libro —escrito y publicado hace más de 50 años— es pionero de las novelas sobre el dictador dominicano, acerca del que han corrido tales ríos de tinta que no pueden compararse con ningún otro tiranuelo caribeño, en particular, o latinoamericano, en general.

Por estas y otras razones, que por falta de espacio no puedo exponer aquí, la obra echó abajo mis reservas iniciales y me asombró gratamente. Por eso no dudo en sugerir ampliamente su lectura, pues, parafraseando a Rubén Blades, esta novela nos da sorpresas, sorpresas nos da esta novela...

* Instituto Mora.

Tags:

[Mirar libros](#)

Retratos para la galería de los hombres pícaros

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 12/10/2014 - 00:46

Benito Taibo, *Querido Escorpión*, México, Planeta, 2013.

por Ma. Eugenia del Valle Prieto*



Cuando empecé a leer el libro de Benito Taibo, recordé cómo Juan José Arévalo, en su prólogo al libro *Desembarco en Luperón*, de Horacio Ornes, cita el libro *Una satrapía en el Caribe*, de Bustamante, y hace referencia a la vestimenta de Rafael Leónidas Trujillo para evidenciar su personalidad:

Una casaca con faldones de frac, de tela azul de vicuña, cubierta de entorchados a realce de oro, con peso aproximado de diez a doce kilos; el pantalón también con bandas de entorchados de oro igualmente de vicuña recia y azul; un bicornio adornado de entorchados de oro y cubierto de plumajería diversa, como de guacamayo; un fajín de colgantes de oro y flecos de lo mismo; la banda tricolor terminada en colgantes de oro y con el escudo de la República bordado en oro en el centro; un espadín que cuelga de un tahalí de oro; un bastón de Gran Mariscal y un bastón de mando, con borlas; guantes de cabritilla blancos y zapatos de charol con hebillas de oro.

En *Querido Escorpión* Benito Taibo traza con humor negro y pluma mordaz una alegoría de la historia latinoamericana y, en este caso, referente al Caribe. Escorpión es el *Supremo Conductor Nacional* cuyo signo zodiacal es precisamente ése, Escorpión. Ignorante y supersticioso, el Jefe:

[...] todos los días, a la una de la tarde en punto, [cuando] se suspenden durante unos minutos las actividades de la Presidencia [...] se queda completamente quieto en su despacho, con los ojos cerrados. Nadie lo interrumpe, nadie lo molesta. La una son las trece horas, número fatídico; número con el que no hay que jugar si no quieres que el destino te arrolle como a un perro flaco y perdido en medio de la carretera [...] Los días trece [...] no trabaja. Se queda en su cuarto circular y se encomienda a dioses y diablos por igual, que no caiga un rayo ni tiemble, ni salgan de su tumba los muertos a cobrar las deudas que con ellos tiene (pp. 87–88).

Es más, en su muñeca porta un reloj Adelman–Jaeger. El diseño fue creado por ese famosísimo relojero que los hace por estricto pedido y rompe los moldes después de hacerlos. Éste que mandó hacer el Jefe no tiene números, sólo cuatro emblemas en sus cuatro puntos cardinales. Arriba, donde habitualmente iría el doce una letra “A” estilizada. A la derecha, un símbolo esotérico en lugar del número tres. Donde aparecería el seis, a cambio un dibujo con el signo de Escorpión y, por último, una estrella de cinco puntas invertida a línea y con la singularidad de que las manecillas corren en el sentido inverso al normal, así cada vez que lo ve sabe que su norte es esa “A” pequeña, que simboliza su terruño la isla de Arcadia, su país, su propiedad. Y, faltaba más, está protegido para siempre: el “trisquel”, la estrella de su maestro Satán, su signo del Zodíaco. El reloj lo hace, en pocas palabras Inmortal, porque el tiempo siempre va a ir hacia atrás.

La isla Arcadia, cuyo nombre alude al héroe mitológico Arcas, esa región griega del Peloponeso, nació como país el 1 de enero de 1790. Arturo Fung Long su líder independentista —hijo de pequineses emigrados, dueños de la única lavandería de la isla—, tiene una estatua en impecable mármol de Carrara, que enmarca la góndola de entrada al Parque Independencia. La estatua de Fung Long ha perdido tres veces la cabeza, las tres decapitaciones fueron accidentales. La estatua empuña un machete en la mano y un libro sin nombre en la otra. El grito de Independencia del héroe de la patria fue “La razón y la fuerza”. Con él, Arcadia finalmente ya tenía un Padre de la Patria con rasgos asiáticos y a pesar de los Blancos del Caribe, quienes, ante la imposibilidad de cambiar este hecho, tuvieron que

apechugar con lo que se tenía. Fung Long fue honesto y querido, administró impecablemente su gobierno y casó, después de buscar y buscar, con la lavandera de Palacio, de ojos hermosos, y que planchaba impecablemente sus camisas. Al finalizar su gobierno se retiró sin una gran fortuna a administrar sus lavanderías y a procrear una gran familia. Arcadia no tuvo la misma suerte con los otros gobernantes que le sucedieron, hasta que finalmente, para su desgracia, a mediados del siglo XX llegó el *Supremo Conductor* luego de un golpe definitivo a los socialistas que pretendían poner las reservas naturales en manos de los soviéticos. En diciembre de 1944, con el lema "Dios, Patria, Orden, Destino", finalmente, *El Infalible* ascendió al poder.

Timoteo Menéndez Llanura, Timo o Tim, incipiente periodista de *El Faro del Caribe*, quería contar todas las cosas extrañas que pasaban en la isla. Pero el destino le jugó una mala pasada: Saturna, una mujer voluptuosa, quien estaba encargada de la sección de horóscopos del periódico, murió de un paro cardíaco fulminante poco tiempo después de que Timo entrara a redactar las pocas noticias que se podían dar a conocer, dada la censura de la que eran objeto los medios de comunicación. De pronto, Timo tuvo que hacerse cargo de los horóscopos sin tener la menor idea de lo que se trataba, convirtiéndose así en el *Señor Delfos*. Convencido de que Saturna le decía a la gente lo que quería oír con estos horóscopos, Timo se decía a sí mismo:

Intento descifrar los aparentes propósitos de los astros y su influencia sobre los frágiles seres humanos que caen bajo su encanto y a los que deben su destino [...] sin resultados aparentes. No me reconozco ni siquiera en las supuestas virtudes y defectos de mi signo, Géminis, que según el Marqués de Curú [a quien Timo leyó noches enteras] debería destacarme en la comprensión y la versatilidad, pero no entiendo nada de nada, voy en camino de comprender menos y soy tan versátil como un cocotero que no sirve más que para dar cocos, porque de sombra, ni hablar.

No obstante Timo los hizo, y tuvo tanto éxito que, para su desgracia y futuro fatal, el *Supremo Conductor* se lo llevó a Palacio para que le hiciera su horóscopo diario sólo a él. Timo pasó de repente de ser un pobre periodista a un rico astrólogo que se consumía de miedo cotidianamente, cuando día con día le leía al Jefe su predicción diaria y, presa de pánico, miraba los ojos del *Supremo Conductor* para leer en ellos su propio destino.

Benito Taibo da muestras de su conocimiento de la historia, de las migraciones de aquellos que a veces sin querer o queriendo llegaban a Arcadia, como en el caso de los hermanos gemelos vieneses, que llegaron en 1838 sin saber una sola palabra de español, pensando que llegarían a Cuba y al no ser así el destino los hizo llegar a esta isla sin tener la más mínima idea de “que habían recalado en este perdido rincón del cosmos. Tomados de la mano bajaron de la goleta Friburgo y miraron, con sus pálidos y desmesuradamente abiertos cuatro ojos azules, ese mundo nuevo y poderoso, lleno de ruidos salvajes y colores despampanantes” (p. 90). Portaban un cajón misterioso de madera roja lleno a rebosar de artilugios pasteleros: molinillos manuales de aspas, cacerolas de metal, de cobre, rebañadores, moldes, paquetes de levaduras varias, globos para batir, tinturas vegetales insospechadas. Todo un cofre del tesoro de un goloso. Con estos personajes, que hacen las delicias de los habitantes de Arcadia, Taibo nos da ejemplares lecciones de su conocimiento culinario. Nos hace un recorrido goloso de recetas que despiertan el apetito tan sólo con su exposición. Hans y Fritz tenían los mismos gustos y esta fue su fatalidad. Comían lo mismo, leían los mismos libros, etc., etc., y se enamoraron de la misma mujer, Cristina Fallarás, lo que los llevó a la muerte y a la desaparición de esa maravillosa pastelería vienesa en la isla.

Taibo nos relata también su conocimiento sobre las luchas sindicales. Cuenta cómo hacia 1912 Ariana Cimarrón, tabacalera, se convirtió en una celebridad local; así como su afán por la lectura, de la lucha de estas mujeres que finalmente fueron terriblemente reprimidas y masacradas, y del cultivo de frutas tropicales y un sinnúmero de datos sobre la flora del lugar.

En 1940, reescrita por enésima ocasión, se editó una vez más la *Constitución política de Arcadia* (p.189), en la que se declaraba solemnemente que esta sería patria “libre, católica, apostólica y romana”. Demetrio Solá, mejor conocido *Saco de Veneno*, hombre poderoso antes del golpe de Estado del *Supremo Conductor*, era también conocido como *metro y medio*, pues apenas y llegaba al 1.45. Se construyó una casa a su medida, le gustaba que sus escasos invitados debieran bajar la cabeza en su presencia como un gesto de humillación, una pequeña venganza contra los genes progresivos. En este relato Taibo nos da una lección de su conocimiento sobre la cinematografía, en especial sobre la película *El mago de Oz*, dirigida por Victor Fleming y protagonizada por la jovencita Judy Garland. Una de las actrices, Margaret Hamilton, quien le roba el corazón a *Saco de Veneno*, aparece en esta novela, en un episodio por demás encantador.

Timoteo, Timo, Tim, por su lado, se enamora profundamente de Helena *con hache* Díaz Mercado en los Salones de Palacio. Este hecho marca el destino final del *Supremo Conductor*, de Helena *con hache* y del mismo Timo. Esta hermosa mujer, políglota, se vincula con un movimiento guerrillero, un brote de rebelión en Cundunay, al sur de Arcadia. El *Supremo Conductor* silencia toda noticia de esta insurgencia, aunque su destino ya está escrito. Helena *con hache* le confiesa a Tim los planes de su militancia con un grupo insurgente y también los planes que tienen para el derrocamiento del dictador: Tim debe el día final, el día señalado, escribir el horóscopo del *Supremo Conductor Nacional*: ese día pregunta el Jefe: ¿Seguro, Delfos? ¿Está usted seguro?... porque soñé con serpientes. Tim responde: “seguro Señor, porque sí le puedo decir que hoy, de entre todos los días, es su día, el día de Escorpión”. Este horóscopo sella el destino de estos tres personajes... Termina así la novela con esta frase: Querido Escorpión.

Es una novela compuesta en tres vías: la primera es la sombra de Escorpión que se va delineando a lo largo de capítulos encabezados con signo astrológico; la segunda vía es la de Apuntes para contar una isla, donde Taibo, como se dijo antes, hace gala de su conocimiento histórico y literario; finalmente, la tercera es el relato de Timoteo y las condiciones socioeconómicas, políticas, sociales e internacionales del imaginario país. Esta crónica llena de humor y de erudición me lleva a la recomendación de su lectura, pues no sólo pasaremos un rato agradable, sino que nos llevará de la mano por nuestra realidad latinoamericana.

* Dirección de Estudios Histórico, INAH.

Tags:

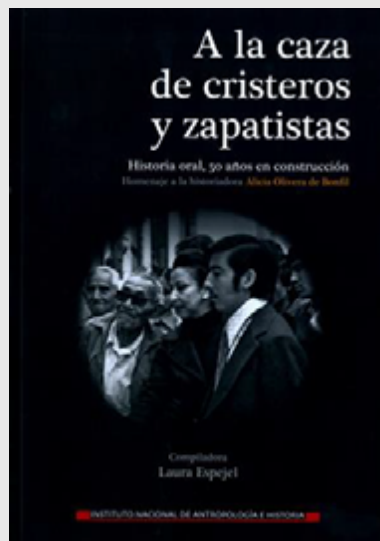
[Mirar libros](#)

Una inolvidable cazadora de historias

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 12/10/2014 – 00:54

Laura Espejel (comp.), *A la caza de cristeros y zapatistas. Historia oral, 50 años en construcción. Homenaje a la historiadora Alicia Olivera de Bonfil*, México, INAH, 2013.

por Patricia Pensado Leglise*



Este libro colectivo de homenaje a los 50 años de trayectoria invaluable de la historiadora Alicia Olivera de Bonfil, escrito por sus discípulos y colegas, reúne las diferentes facetas del trabajo intelectual al que le dedicó su vida, y dentro del cual destaca la historia oral.

Cazadora infatigable de testimonios, sobre todo de aquellos que provenían de los de a pie, de los campesinos que despertaron siempre su admiración y su respeto sin importar su ideología: desde aquellos que se levantaron con Zapata y enarbolaron las banderas de “¡Tierra y Libertad!”, hasta quienes en nombre de “¡Viva Cristo Rey!” empuñaron sus armas para defender sus creencias y reclamar la tierra. De estas experiencias Alicia escribe, reflexiona y teoriza sobre la realidad histórico-social del campesinado mexicano, protagonista de grandes luchas.

No obstante su ardua labor como investigadora, Alicia nunca descuidó la cátedra. Para ella era de suma importancia el diálogo que se establece con los alumnos en el aula, y contribuir en la formación de futuros investigadores, y este libro que compila Laura Espejel es ejemplo de ello. En él aparecen tres ensayos de sus entrañables ex alumnos, que al paso del tiempo se convirtieron en colegas cercanos: Salvador Rueda Smithers, Laura Espejel y Ricardo Pérez Montfort.

Salvador Rueda en su texto “Recordar voces proscritas: los informantes católicos y veteranos cristeros”, narra el primer encuentro que tuvo con Alicia en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, donde les explicó “las necesidades de apoyo del servicio social requerido por el Programa de Historia Oral del Centro Sur del país” (p. 24). En ese entonces se trataba de colaborar en el rescate de historias personales de los protagonistas de la Revolución mexicana, y de los católicos militantes que participaron en el conflicto religioso de 1926–1929.

Salvador recuerda la paciencia de Alicia para aleccionarlos ante la nueva empresa que desarrollarían en el campo de la historia oral, la pertinencia, la prudencia que tendrían que tener frente a los entrevistados. Asimismo les recomendó una serie de libros que hoy podríamos etiquetar como clásicos para comprender la etapa revolucionaria, el zapatismo y la literatura cristera de la época. Y comenta: “Escuché y se abrió el mundo de la historiografía. Sin adivinarlo, la decisión que tomaría la siguiente hora marcaría los rumbos que darían perfil a mi vida profesional los siguientes 35 años” (p. 26), a partir de ese momento realizaría un sinnúmero de entrevistas, en algunas ocasiones acompañando a Alicia, o a Laura.

Las evocaciones de Salvador entrelazan sus primeras incursiones en la historia oral y el quehacer intelectual de Alicia publicando los frutos de las investigaciones de los temas antes mencionados. Sin embargo no se limita a hacer un recuento, sino que comenta las peripecias y la complejidad analítica de los mismos. Asimismo da cuenta de los retos que han enfrentado quienes se dedican a la historia oral, “como técnica y método de investigación legítimos” (p. 39), para analizar la complejidad de los procesos de la realidad histórica social.

Por su parte, Laura Espejel recuerda que gracias a la doctora Eugenia Meyer, quien era su maestra en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, conoció a Alicia: ambas coordinaban el Proyecto del Archivo de la Palabra y para aprobar su ingreso tenía que recibir el visto bueno de ella; finalmente se incorporó en el año de 1972 y desde entonces fue su inseparable compañera.

Laura reconoce que “el trabajo de ambas historiadoras y las interesantes charlas con Friederich Katz fueron la brújula que guiaron nuestras búsquedas para formar una red con los viejos revolucionarios” (p. 91). Laura rememora también las conversaciones que tuvo con el doctor Mariano Olivera, tío de Alicia, y con su padre el doctor Juan Olivera López. Alicia los va a contactar con los viejos zapatistas que se encontraban en la periferia del Distrito Federal, en Chalma y otros pueblos del Estado de México, en Morelos y en Guerrero, para comenzar con la recopilación de testimonios, tarea que para Laura se convirtió en tema de investigación, el cual le despertó la pasión necesaria para trabajar en él durante varias décadas.

De sus investigaciones recientes se desprende el artículo que presenta, “La organización sanitaria del Ejército Libertador del Sur”, donde explica cómo se formó la Brigada Sanitaria del Sur que tenía la misión de concentrar el servicio sanitario en la revolución zapatista mediante la construcción de dos hospitales y puestos de socorro. A partir de los documentos que generaron estas organizaciones y de los testimonios de algunos médicos que participaron en la empresa, hay indicios de cómo enfrentaron los zapatistas las enfermedades, el impacto de las epidemias producidas por el tifo y la viruela en 1915 y los padecimientos contraídos en el frente de guerra. Por otra parte, expone los efectos devastadores de la llamada “guerra de exterminio” dirigida contra la población civil indígena de los estados bastiones del zapatismo.

Este artículo da cuenta de la participación relevante que tuvieron los médicos, pasantes, estudiantes y enfermeros en el Ejército Libertador del centro-sur, no obstante las limitaciones y carencias económicas que padecieron para cumplir con su misión.

El último texto que proviene de sus discípulos es el de Ricardo Pérez Montfort, "Entre danzas y cristeros. Un breve homenaje a mi maestra Alicia Olivera de Bonfil", quien inicia evocando a la Alicia bailarina de danza folclórica y su incursión en el Ballet Folclórico de México, de Amalia Hernández, que para finales de la década de los años cincuenta y principios de los sesenta formaba parte "de una tendencia muy reivindicativa de los valores nacionales aceptados ya bajo el nombre genérico de 'mexicanidad'" (p. 16), y cómo estos valores la van a acompañar a lo largo de su trayectoria no sólo como bailarina, sino también como historiadora que elige "seguir una línea de interés que también se asociaba con el mundo popular" (p. 18). De ahí, según Pérez Montfort, se puede explicar la elección de Alicia por el tema de la guerra cristera para la elaboración de su tesis de licenciatura, que inició rescatando el archivo del licenciado Palomar y Vizcarra y reivindicando "una herramienta que hoy en día es incuestionable en el oficio del historiador contemporáneo: la historia oral" (p. 19), bajo la dirección del maestro Wigberto Jiménez Moreno. Este sería el primer libro de Alicia sobre el tema. Pérez Montfort no pierde oportunidad para narrarnos un sin fin de anécdotas sobre Alicia, que tienen relación con su trabajo, pero también con el ser humano ejemplar que fue.

Sin que éste sea el orden del libro, considero que hay una segunda parte donde varios colegas suyos: Antonio García de León, Gerardo Necochea y Felipe Ávila derivan de las investigaciones y preocupaciones teóricas de Alicia, temas de reflexión que ocupan un lugar central en la historia oral, que tiene relación con el tiempo histórico, la memoria, y el zapatismo.

El ensayo de Antonio García de León, "Todo tiempo pasado fue anterior. Reflexiones sobre historia y oralidad", plantea que con los cronistas, "el pasado histórico era imaginado como comparable al presente [...en donde] los cambios parecían darse sólo en las instituciones, la economía y el paisaje, pero se atribuía a la naturaleza humana una condición inmutable y universal" (pp. 51-52), lo que permitía pensar en que las praxis eran independientes de los contextos. Después del siglo XVIII las "almas nacionales alimentaron el imaginario de los más diversos patriotismos que dieron lugar en el siglo XIX al nacionalismo", donde se alentó demostrar "la singularidad de los pasados nacionales" (p. 52). De tal suerte que, según García de León, el pasado se configura con las predilecciones del presente. Así, indica el autor, "hace medio siglo, por ejemplo, el gran tema de la historia oral era la Revolución, las luchas obreras y campesinas que le sucedieron, los conflictos religiosos develados por testimonios como los que Alicia plasmó en un memorable libro" (p. 53). De ahí, señala García de León, la importancia de la organización del

Archivo de la Palabra. que inició en el país la praxis de la historia oral y del cual fueron artífices Alicia y Eugenia Meyer.

Por otra parte, llama la atención sobre los problemas que enfrenta el historiador oral cuando los testimonios están permeados por la memoria oficial, los mitos y las leyendas, provocando una enorme distancia entre lo que sucedió y lo que nos proporcionan las narraciones.

Y es precisamente esta compleja relación entre historia y memoria el tema que Gerardo Necochea aborda en “Historia y memoria en retrospectiva”. De entrada plantea que el trabajo de Alicia y el de él “corrían sobre ejes paralelos en los que se desarrolló la historia oral” (p. 60). Al proponerse organizar archivos el de Alicia tenía el propósito de “crear proyectos de gran envergadura, tanto por su foco de atención —los grandes acontecimientos— como por la cantidad de entrevistados” (*ibidem*). En cambio, los proyectos comunitarios “concebían un papel más inmediato para el testimonio: el uso en el presente por parte de la comunidad que lo emitía, generalmente en aras de reconocer la memoria colectiva [...] la conservación de las fuentes orales honrada en principio, era descuidada en la práctica. En cambio, había considerable inversión de esfuerzo y creatividad para difundir los resultados de la entrevista” (*ibidem*), con la intención, en muchos casos, de la denuncia en el pasado y el reclamo de reconocimiento en el presente.

Sin embargo, aunque aproximándose a la historia oral desde distintos ángulos, Necochea menciona que se han compartido “un conjunto de problemas derivados de recurrir al recuerdo para entender el pasado” (p. 62), tales como la confiabilidad de la memoria, el papel de la subjetividad, la crítica a la fuente creada, entre otros.

Necochea finaliza su texto con el reconocimiento de nuevos problemas en este campo, entre los que destaca tres: el auge del memorialismo, los estudios de memoria y el diálogo necesario entre memoria e historia, los cuales convocan a revisar críticamente las tesis sobre la memoria y su relación con la historia.

El texto de Felipe Ávila, “La trascendencia histórica del zapatismo”, se propone comprender “las causas principales que explican por qué el zapatismo ha logrado mantener la vigencia en el imaginario colectivo de las clases populares mexicanas y se ha convertido en un símbolo de sus luchas y reivindicaciones” (p. 84). Cómo este movimiento fue capaz de trascender su derrota no sólo en los aspectos militares y políticos, sino también a “la destrucción de una buena parte de las comunidades y pueblos de su zona de influencia y una brutal agresión contra la población civil zapatista por parte de sus continuos enemigos” (p. 73).

Asimismo destaca la importancia del zapatismo a nivel nacional e internacional, y su hipótesis es que “Emiliano Zapata se ha convertido en las últimas décadas en el más universal de los héroes mexicanos como símbolo de la lucha por la tierra y la justicia campesina” (p. 74), condición que alcanza no sólo por el significado de su lucha en el movimiento campesino o popular, sino también porque el Estado y el partido oficial se encargaron de crear “una mitología alrededor de Zapata y el zapatismo, construcción que se fue forjando desde la década de los años veinte del siglo pasado hasta la actualidad” (p. 75).

El zapatismo se distinguió por lo avanzado de sus planteamientos programáticos, la presencia de las corrientes anarcosindicalistas o socialcristiana y su claridad ideológica, expresada en el Plan de Ayala y en “las leyes en materia agraria, laboral, educativa, judicial y de organización del poder público que en conjunto, representan la formulación más acabada de lo que el zapatismo se proponía hacer para la organización del Estado nacional” (p. 82), y también porque el “movimiento suriano fue el único que realizó una amplia y profunda reforma agraria en los territorios que estuvieron bajo su dominio” (p. 79). Tales son las causas que ayudan a entender la trascendencia del zapatismo hasta nuestros días.

Por último me referiré al texto “Vales tanto cuanto recuerdas”, de la doctora Eugenia Meyer, compañera, colega y amiga de Alicia, con quién desarrolló uno de los más ambiciosos proyectos, la creación del Archivo de la Palabra. Eugenia cuenta con lujo de detalles la serie de obstáculos que debieron librar para conseguir los apoyos necesarios para emprender la tarea de rescatar los testimonios de los viejos revolucionarios a partir de la metodología de la historia oral. Eugenia recuerda: “Se trataba de un propósito bastante arriesgado, porque nos encontrábamos trabajando en una institución del Estado mexicano, y lo que queríamos precisamente era esbozar la posibilidad de

una historia diferente y hasta antagónica a la ‘oficial’” (p. 43). Cuando al fin se aprueba el proyecto, la intervención de Friedrich Katz fue notable, pues las convenció del rescate de los testimonios villistas, de los cuales Eugenia se haría responsable.

Alicia y Eugenia fueron autoras del primer artículo que se escribió sobre la historia oral en México, titulado, “La historia oral. Origen, metodología, desarrollo y perspectivas” publicado en *Historia Mexicana* en 1971. Este artículo inició, por una parte, la aceptación de esta novedosa metodología y, por otra, el debate con la academia, que veía con gran escepticismo los alcances de la historia oral. Sin temor a equivocarme, este artículo inició el debate e intercambio con intelectuales de otros continentes sobre la historia oral y las nuevas corrientes historiográficas de la época.

Al respecto, Eugenia comenta las afinidades que descubren con los ingleses que en ese momento “se abocaban a la historia social, con los italianos ocupados en las clases subalternas, y con los franceses, empeñados en recuperar la vida cotidiana. Al fin vino el encuentro, como se ha dado en decir, con los españoles, y ciertamente con ellos tenemos más afinidades y nos sentimos más cercanos” (p. 64).

El balance de Eugenia sobre todos los esfuerzos colectivos realizados para darle un estatus a la historia oral en la academia es positivo, y concluye: “fuimos los mexicanos quienes encauzamos a otros hermanos latinoamericanos y que en nuestro país la metodología de historia oral ha sido aceptada, desarrollada y expandida hasta convertirse, si se me permite la expresión, en un recurso imprescindible para trabajar la historia contemporánea” (p. 47).

Para finalizar me permito recomendar ampliamente este libro, mediante el cual quienes no tuvieron la fortuna de conocer a Alicia en persona podrán hacerlo a través de su obra, a la que tan acertadamente se refieren los autores mencionados. Encontrarán delineados una serie de temas que son debatidos por los historiadores contemporáneos, y muy especialmente por aquellos que se dedican a la historia oral. Por todo esto, considero que para los jóvenes historiadores este libro resulta imprescindible.

* Instituto Mora

Tags:

[Mirar libros](#)

El hombre de hierro y Legión

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 12/10/2014 – 00:14

Armando Bartra, *El hombre de hierro* (2ª. ed.), México, Ítaca, 2014.

por Carlos San Juan Victoria*

Y él (Jesús) le preguntó(al hombre):

– ¿Cuál es tu nombre?

Y le respondió diciendo:

– *Mi nombre es Legión, pues somos muchos.*

El Evangelio según San Marcos, 5:9.



Armando Bartra es un autor raro, tiene ideas propias. En analogía rural, surgieron como semillas en escritos anteriores, esbozos primarios, y fueron creciendo en el silencio de la reflexión y regadas en los campos de batalla de muchas experiencias. De ahí que *El hombre de hierro* sea de un linaje poco frecuente. Es un libro unitario, articulado, que de manera rigurosa persigue a esa metáfora, la del hombre de hierro, nacida del ambiente fabril y que expresa el dominio del trabajo muerto de las máquinas sobre el trabajo vivo del obrero, y rastrea sus modos plásticos y mudables para saltarse las trancas fabriles y abrazar con fuerza homogénea a la diversidad de la vida. No sólo en sus momentos originarios, dos siglos atrás, sino en las sociedades posindustriales, donde sus metamorfosis crónicas lo desvanecen y ocultan como flujo, espuma o red. Y Bartra va tras de él en los escenarios cambiantes de la sociedad de consumo, del espectáculo, de la sociedad red y de las comunidades virtuales. Pues el monstruo nacido en socavones mineros allá a fines del siglo XVII se expande y muta incontenible para mercantilizar todo espacio humano o natural propicio a la codicia. Hasta llegar a la sociedad donde el mercado manda y la sociedad obedece —nos dice Bartra— y nos coloca al borde del abismo, donde el desmesurado apetito mercantil provoca la crisis del hombre y de la naturaleza en el mundo entero.

¿Es una especie de biografía extasiada del hombre de hierro, una crítica que es seducida por los dones metamórficos del capital, un Truman Capote al final enamorado de uno de los asesinos de *Asangre fría*? Para nada. Hay tres puntos que, en mi opinión, rehacen a la potencia crítica del pensamiento en encrucijadas tan graves como las de ahora.

Primero: el origen. Bartra rastrea la *escena originaria* de su nacimiento para traer a cuento el resurgir lastimado de las subjetividades y culturas que ocupaban los espacios rurales y urbanos donde inició su expansión. Recupera al general Ludd y al capitán Swing escocés con sus huestes de trabajadores orgullosos de sus habilidades laborales que a golpes de marro destruyeron a las primeras máquinas. Con ello descentra el conflicto sustantivo del hombre de hierro con el hombre, no sólo los obreros, sino todo el trabajo humano afectado. El capital es un dos, no una identidad, enseñó Marx, nace con los obreros y con sus relaciones contradictorias. Pero además, enseña Bartra y su lectura histórica, es un tres, donde el tercero ignorado son la mayor parte de la humanidad y sus espacios construidos en tiempos largos. La humanidad, como dice la antropología filosófica, es un biotopo, vida asociada a espacio. Y por ello la reproducción del hombre de hierro, siempre en busca de espacios vitales, tarde o temprano se convierte en luchas territoriales contra civilizaciones previas.

Segundo: la diacronía. Las mudanzas del capital son a la vez campos de batalla. Agrede y despierta subjetividades que se transforman en los combates. Su recorrido histórico y lógico del socavón a la semiósfera es a la vez un recorrido por las luchas rurales, de donde surgieron las revoluciones más grandes del siglo XX: China, India, Rusia y México, los combates anti coloniales de las tres cuartas partes de mundo, las potencias subversivas que surgen con la industria y la cultura de masas, las rebeliones femeninas que acompañan a la colonización del hogar por los electrodomésticos, las luchas urbanas por espacios humanos en el desorden y segmentación creado por el lucro inmobiliario, las comunidades *hackers* y las redes de activistas insertas en un ciberespacio primero imaginado y deseado por el Pentágono. En los surcos diversos que deja el hombre de hierro prosperan las espigas amotinadas. *Mi nombre es Legión pues somos muchos.*

Tercero: lo sistémico. Al reconstruir el sentido holístico, totalizador, del hombre de hierro, Bartra se propone advertir sobre el tamaño de amenaza que se cierne sobre la vida. La gran crisis de la que nos habla es la sintomatología de un cáncer que penetró tierras, aguas, cultivos, ciudades, vida interior, semiósfera, donde sus muchos rostros se empalman para formar uno solo. Surge entonces el rostro multifacético de la gran crisis, no las episódicas sino la de larga data, silenciosa pero persistente, que nos coloca al borde del abismo. Y vivir en el filo de la navaja es un estímulo poderoso para atreverse a vivir a fondo. La gran crisis no es una invitación a sentarse a ver el espectáculo de la tan deseada gran caída. Es, por el contrario, un estado de alerta para comprender y actuar en el escenario complejo de las pluralidades humanas acicateadas por las experiencias vividas de daño y agravio. El carácter holístico del hombre de hierro es a la vez el rastreo de una constelación diversa y cambiante de afectados, subvertidos, críticos y enojados en su contra, y de aquellos acontecimientos donde las subjetividades son tatuadas por una experiencia embriagadora, la inversión del orden cotidiano, el carnaval subversivo capaz de desatar las pasiones, los imaginarios, los deseos por otros modos de vida. Y las muy diversas praxis de donde surjan y se consoliden otros mundos posibles, en otra concepción de las revoluciones, ya no el *fast track* del estallido que impone un tiempo nuevo, sino las revoluciones lentas, las luchas culturales y civilizatorias que al poner límites al hombre de hierro abren otro horizonte de esperanza. *¿Cuál es tu nombre? Mi nombre es Legión, pues somos muchos.*

La aparición de la segunda edición de *El hombre de hierro*, donde se integran nuevos desarrollos sobre el carácter de la gran crisis y las renovadas subjetividades de los movimientos juveniles ya en el siglo XXI, coincide con un escenario geopolítico que agrava a esa gran crisis mostrada por Bartra. Hay ahora una atmósfera de lectura donde el *hombre de hierro* y Legión se preparan para nuevas luchas. En el mundo hay ya diversos campos de guerra en Medio Oriente, Ucrania, el sur de China, América del Sur; donde se combate por hegemonías y apropiaciones de recursos y hombres. Los *halcones* de Estados Unidos ya hablan de la “oportunidad” de guerras encadenadas. En México concluyó la aprobación de las reformas estructurales que elimina todo amortiguador a la expansión avasallante del *hombre de hierro* en ciudades y territorios rurales. Se abre entonces una pugna territorial a escalas no conocidas y de consecuencias gravísimas, humanas y ecológicas. Y ahí pueden llegar a coincidir al menos tres mapas: el de las concesiones mineras y energéticas inscritas en territorios de propiedad social; los juegos guerreros de carteles y pandillas en ciudades y regiones rurales que propician una escalada de armamentos y de ocupaciones militares en el territorio nacional, donde en la vida cotidiana desaparece el Estado de derecho y se implanta el Estado de excepción; y el mapa de los primeros aglutinamientos de los muchos sujetos rurales y urbanos afectados en sus propiedades, derechos y esperanzas.

Por ello me atrevo a sugerir dos claves de lectura de este libro singular: por un lado el que ayuda a pensar y ver las mutaciones expansivas del capital, del sujeto acaparador de la atención, el gran actor en el centro del escenario, el hombre de hierro y sus metamorfosis. Y por el otro, el que aguza los sentidos y la mente para aprender a ver las sombras inciertas que se mueven tras las tramoyas, que recorren los pasillos oscuros, y escuchar el sordo rumor de los pasos afuera del gran teatro de los muchos que esperan el momento carnavalesco del portazo. La clave de lectura donde se aprende a ver y a reflexionar sobre ese tercero excluido, sobre su constelación posible, plural y abarcante. Sobre Legión *pues somos muchos*. Y me atrevo a decir que ese es el verdadero asunto que apasiona y atarea a Armando Bartra cuando escribió *El hombre de hierro*, pues ahí, en sus fugaces apariciones y en sus despliegues inciertos, es donde corre la historia como hazaña de la libertad. Sin Legión, no hay límite natural ni social al paso desbocado del *hombre de hierro*.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Tags:

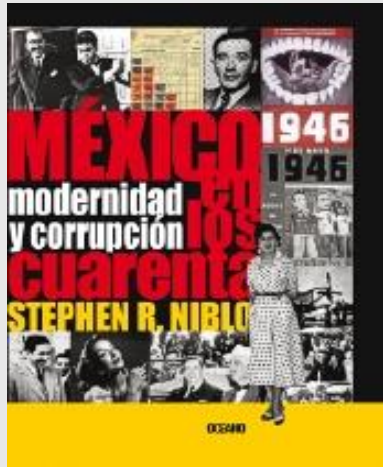
[Mirar libros](#)

Explorar bifurcaciones: los años cuarenta en México

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 12/10/2014 – 00:26

Stephen R. Niblo, *México en los cuarenta: modernidad y corrupción*, México, Océano, 2008.

por Carlos San Juan Victoria*



¿Cómo ocurrió el gran viraje del cardenismo reformista orientado a la justicia social hacia los gobiernos crecientemente a favor de los empresarios? Con el recurso de fuentes históricas nacionales, pero también de fuentes diplomáticas estadounidenses e inglesas, Stephen Niblo traza en su excelente libro una ruta exploratoria por los doce años posteriores al cardenismo, los sexenios de Manuel Ávila Camacho y de Miguel Alemán, para traer a cuento un tiempo donde se decidió otro curso de la historia distinto al esbozado por el general. Visitó al país a fines de los años cincuenta, y conoció a testigos y protagonistas de esos años. Tal vez sintió entonces uno de los atractivos fuertes del historiar el pasado reciente, atrapar recuerdos apenas vividos y tejerlos en urdimbres complejas. También tuvo el privilegio de la mirada del extranjero, vio con extrañeza muchas de nuestras familiaridades.

Describe así en su primer capítulo, “Mosaico de una época”, a esa sociedad dual con la que iniciaba la década de los cuarenta: regada en el ancho territorio rural con sus muchos modos campesinos de vivir, y concentrada en islas urbanas de una modernidad imitativa. En uno de esos mundos no se conocía el “día de pago” ni las vacaciones sin relojes, calendarios, cine, televisión, pocos radios, periódicos, libros y electricidad. En contraste se vivió en las ciudades una expansión de la producción fabril, avanzaba un estilo de vida con electrodomésticos en las casas, el buen gusto era dictado por las tiendas departamentales (PH y Liverpool, Sears), se hablaba con entusiasmo de la ciencia aplicada en el campo, en la salud e higiene, mientras avanzaba el consumo de hamburguesas, *hot dogs*, *whisky*, coñac y refrescos. Sociedad dual: un escenario escindido entre ciudades y campo, población rural y urbana, elites y pueblos. Aún más: un abismo entre las elites y los modos populares de vivir (pp. 36–40).

En dos capítulos (“La moderación de Ávila Camacho” y “La selección de 1946”) Niblo penetra en la compleja vida política nacional, ya enmarcada en una creciente relación con los Estados Unidos de Roosevelt, y que cargaba con la novedad de una fuerte presencia de organizaciones y personajes comprometidos con opciones populares, herencia del cardenismo, y las muy fuertes elites económicas como el Grupo Monterrey, burocracias financieras molestas por la apertura cardenista de los dineros públicos a promociones de la economía popular, elites regionales como las poblanas. Le interesa mostrar cómo se modificó el rumbo central sin provocar el conflicto generalizado.

Señala el año de 1937, a mitad del gobierno cardenista, como el inicio de un declive en el impulso reformador, obligado por fugas de capitales y las abiertas confrontaciones con poderes empresariales; que aprovecharon políticos moderados y de derecha para reubicarse. De ahí la candidatura de Ávila Camacho, como un elemento de moderación y compromiso. Según Niblo, hubo un acuerdo explícito entre los cuadros dirigentes cardenistas y Ávila Camacho para respetar las reformas recién hechas y cerrar el paso a los políticos más derechistas, como su propio hermano. Al consultar con el Departamento de Estado, éste estuvo de acuerdo sobre la base de que “el bando cardenista no se opondría al otorgamiento por México de bases militares a Estados Unidos y, en caso necesario, establecería un acuerdo militar y aceptaría un tratado comercial” (p. 90, n. 25).

Este acuerdo tripartita —entre Avila Camacho, el ala cardenista del PRM y el Departamento de Estado de Estados Unidos—, el cual fue transmitido a Londres por diplomáticos estadounidenses, despejó el camino para la cooperación durante la guerra entre Estados Unidos y México [...] El acuerdo despejó el camino para que el nuevo gobierno siguiera sus propias políticas atando a los cardenistas al esfuerzo bélico [...] Previendo un auge de contratos de construcción durante la guerra, el hermano del Presidente, el general Maximino Ávila Camacho, formó una compañía constructora en sociedad con el general Rodrigo M. Quevedo Moreno y el banquero Carlos Trouyet (p. 90).

En ese entramado, el presidente Ávila Camacho dio el viraje por el que presionaban las fuerzas de la derecha. El cierre de presupuestos y de políticas a la economía popular en sus diversas formas, las represiones a organizaciones y liderazgos comprometidos, la captura de la fuerza del Estado por familias y personajes oligárquicos; siempre en conflictos y equilibrios frágiles donde se va rehaciendo la coalición gobernante sin llegar a la fractura plena, aunque estallen rebeliones campesinas como la de Rubén Jaramillo.

Ya en sus tres capítulos finales (“La contrarrevolución de Alemán”, “La política de la corrupción”, y “La batalla por los medios de información mexicanos”) Niblo se adentra en otro gran misterio de los regímenes pos cardenistas, moldeados en mucho por la gestión presidencial de Miguel Alemán: su naturaleza híbrida abiertamente pro empresarial, pero que debe reconocer la interlocución y la negociación con muchas fuerzas populares incrustadas en el Estado, sin dejar de debilitarlas dentro de las políticas estatales y de demoler sus crestas más autónomas y radicales. Una orientación cada vez más fuerte hacia la integración con Estados Unidos, pero a la vez defendiendo con políticas proteccionistas a las viejas/nuevas oligarquías que se apoderan de áreas propicias de negocios con apoyos diversos gubernamentales, la progresiva fusión de elites políticas y empresariales mientras se mantuvo un discurso “revolucionario”. Niblo explora un rasgo central de estas elites: su noción patrimonial del Estado y de los recursos públicos que, como sabemos, es de larga data y proyección a futuro.

Alemán buscó en el Departamento de Agricultura de Estados Unidos asistencia técnica para el desarrollo de la industria piñera de Veracruz. El grupo de Alemán estaba encabezado por Manuel Nieto, el distribuidor de

Ford en Veracruz, e incluía a Adolfo Ruiz Cortinez. [...] Su plan era invertir tres millones de pesos para adquirir ochocientas noventa hectáreas en la región de Los Robles, entre Veracruz y Alvarado. [...] se localizaba cerca de una carretera proyectada, y ciento veinte millones de pesos se comprometieron en la pavimentación para permitir que una flotilla de hasta veinte semirremolques llevara las piñas a Alvarado donde Alemán también se proponía hacer grandes mejoras portuarias. El grupo planeaba establecer en definitiva su propia red de distribución en Estados Unidos. De igual importancia, el proyecto hidroeléctrico del Río Papaloapan también servía a las empresas de las piñas (p. 186).

Niblo esbozó ese territorio en crecimiento de fusiones entre élites políticas y empresariales emparentadas por los negocios, herencia del Porfiriato, retomada con vigor por los norteños revolucionarios y de otras regiones, y que con Alemán se convirtió en una insólita moral íntima de la política, en otros referentes éticos nombrada como corrupción: "Político pobre, pobre político". El temple patrimonial asoció políticas de gobierno con empresas personales, políticas nacionalistas con la construcción de grupos de poder oligárquicos, favores políticos y monopolios en los nacientes medios masivos. En su esbozo biográfico de Alemán, Niblo advierte los tejidos durables, antiguos y presentes, en la anatomía del poder posrevolucionario. Es un libro es de lectura obligada para comprender esa inflexión histórica vivida desde los años cuarenta y las grandes inercias que llegan hasta el presente.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

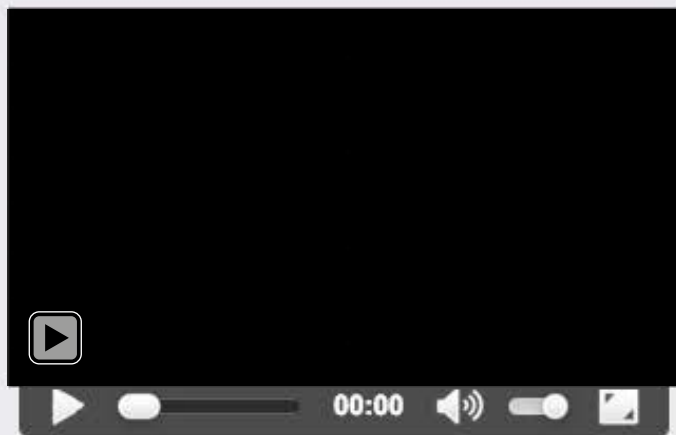
Tags:

[Mirar libros](#)

José Emilio Pacheco “La revolución de Independencia”

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 12/10/2014 – 00:21

Video: José Emilio Pacheco “La revolución de Independencia”, conferencia magistral, Dirección de Estudios Históricos, Subdirección de Investigaciones Históricas, Diplomado México Decimonónico, martes 19 de marzo de 2013, Sala de Usos Múltiples, 17 horas, Allende 172, Tlalpan centro 14000, México, D.F. (Grabación: cortesía Televisión Metropolitana, S.A. de C.V., Canal 22, edición INAH 2014).



[Ver video en pantalla completa](#)

Tags:

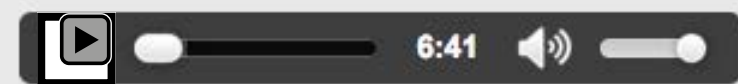
[Post Gutenberg](#)

Inicio / “La historia de los cristeros” y “Conjunciones impensadas: literatura, semiótica e historiografía”.

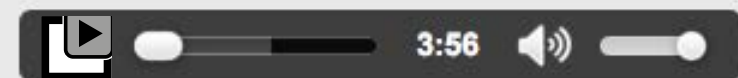
“La historia de los cristeros” y “Conjunciones impensadas: literatura, semiótica e historiografía”.

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 12/09/2014 - 23:18

Audio: “La historia de los cristeros”, entrevista a la maestra Alicia Olivera, Radio INAH.



Audio: “Conjunciones impensadas: literatura, semiótica e historiografía”, entrevista al Dr. Roberto Flores, Radio INAH.



Tags:

[Post Gutenberg](#)

Frente al régimen: las celebraciones del 1 de mayo

ENVIADO POR EL EDITOR EL DOM, 12/14/2014 - 13:18

Fotografías de **Marco Antonio Cruz**

Presentación de **Rosa Casanova***

Estudiante de pintura en Puebla, su ciudad natal, Marco Antonio Cruz (1957) opta por la fotografía desde 1979, cuando se inicia como asistente de Héctor García, quien marca su compromiso como fotógrafo de prensa. En 1980 publica su primer reportaje en la revista *Sucesos*, con la que inicia una trayectoria en los semanarios políticos *Oposición* y *Así es*; en 1984 forma parte del grupo fundador de *La Jornada*, donde se desarrolló un fotoperiodismo propositivo en la temática, la diagramación y el reconocimiento autoral.

Con Andrés Garay, Pedro Valtierra, Herón Alemán, Rubén Pax y Arturo Fuentes forma la agencia *Imagen latina*, de la que es director entre 1987 y 1998. Desde 2006 es coordinador del departamento de fotografía en la revista *Proceso*. También ha sido editor de libros como *Fotografía de prensa en México. 40 reporteros gráficos* (1992). A la par ha desarrollado un importante trabajo documental influenciado por el intercambio con Nacho López, que ha fructificado en exposiciones y libros como *Cafetaleros* (1996) y *Habitar la oscuridad* (2011), por lo que ha obtenido numerosos premios.

En los últimos años ha dedicado tiempo a revisar su archivo personal, de donde emergen este conjunto de 16 fotografías que forman parte del ensayo visual con el título “1 de Mayo. Homenaje al movimiento obrero independiente” que publicó en su sitio [http://www.marcoacruz.com/1_mayo/portada_1_mayo.html]. Allí el fotógrafo narra:

[...] Con los años el significado del Primero de Mayo se desvirtuó: los sindicatos oficiales afiliados a la CTM y por lo tanto al PRI se adueñaron de la fecha y la volvieron un desfile anual dedicado únicamente a rendir pleitesía a los presidentes priistas en turno. [...] Pero a lo largo de esos casi cien años [...] hubo varios momentos en los que los sindicatos independientes u organizaciones de izquierda irrumpieron en la marcha oficial para protestar por lo que en realidad sucede en el país [...] En todos esos casos la respuesta del gobierno fue la misma: la represión, brutal la mayoría de las veces.

La selección que *Con-temporánea* presenta revela instantes de esa lucha entre 1981 y 1992: imágenes fuertes que dan espacio a los rostros —conocidos y anónimos— de los protagonistas de ambos lados, con una clara perspectiva crítica. Provocan recuerdos, sin duda, pero sobre todo conmueven y exigen respuesta.



Sindicalistas electricistas, 1981



Trabajador del Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear, 1983



Trabajadores del Sindicato de Agricultura y Recursos Hidráulicos con un ataúd que simboliza la muerte del artículo 27 de la Constitución, 1983



Líderes de organizaciones obreras esperan al presidente Carlos Salinas de Gortari para iniciar el desfile, 1989



Rosario Ibarra de Piedra y activistas del Partido Revolucionario de los Trabajadores en el Eje Central, 1988



Estudiantes de la Preparatoria Popular arrojan bombas molotov a Palacio Nacional, 1984



Vigilancia en la Av. 20 de Noviembre, 1990



1986



La fuerza del Estado contra los obreros independientes, 1986



Granaderos contra sindicalistas independientes en la Av. Juárez, 1990



1990



Enfrentamiento frente al Palacio de Bellas Artes, 1986



Policía herido en Av. Juárez, 1990



Represión de sindicalistas en Av. Reforma, 1992

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Testimonio. José Emilio y el Seminario de Historia de la Cultura

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 12/10/2014 – 01:02

José Joaquín Blanco*

Hace ya más de cuarenta años, cuando fundamos el Seminario de Historia de la Cultura, nos preguntamos durante varios meses qué metodología, qué marco teórico o qué orientación le íbamos a dar a nuestros trabajos. Era una época de mucho entusiasmo en los estudios culturales, estaba en su apogeo el estructuralismo, todavía funcionaba mucho el marxismo, había diversas corrientes de sociología de la literatura, empezaban los estudios de género, había varias postulaciones semióticas, en fin, de todo ese abanico ¿qué tipo de métodos y de instrumentos íbamos a utilizar?

José Emilio insistió en que tomáramos como base a Alfonso Reyes y a Pedro Henríquez Ureña de modo que, tal vez el primer año, uno de los trabajos fundamentales del seminario fue el estudio y la difusión permanente de ambos estudiosos. Estos no eran, además de su valor personal, necesariamente muy originales, pues encarnaban una nueva escuela española fundada por Marcelino Menéndez y Pelayo y Menéndez Pidal. Es decir, al sumarnos a Alfonso Reyes y a Henríquez Ureña, en realidad nos estábamos integrando a la principal escuela hispánica de estudio e interpretación de los estudios literarios.

Ahí coincidieron en esa época Alfonso Reyes, Amado Alonso, Dámaso Alonso, Américo Castro, en fin, una gran cantidad de historiadores, congregados muchos en el Centro de Estudios Literarios de Madrid o de la Residencia de Estudiantes y que seguían esa escuela. De modo que sin proponernos muy directamente ese tipo de inclinación, y sin excluir las otras, sí mantuvimos desde el principio un apego a la manera de hacer historia literaria y análisis cultural de Reyes y de Henríquez Ureña. Eso se puede ver, de alguna manera, no sólo en la temática sino en la manera de escribir los ensayos de varios de los trabajos que se hicieron en el seminario, y que de hecho se siguen haciendo como el más reciente de José Mariano Leyva sobre los parnasianos y decadentes.

En esa época, todavía estaba muy reciente la publicación de su Antología del Modernismo en una bella edición de la Biblioteca del Estudiante Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de México, todavía no sabíamos que iba a ser una obra maestra, pero la discutíamos mucho porque estaba muy reciente. Recuerdo que le preguntábamos porqué una antología del modernismo; los poetas no nos eran desconocidos, no eran poetas inéditos, había muchas antologías sobre ellos, alguna de ellas hecha por el propio José Emilio —*La poesía mexicana del siglo XIX*— y fue muy curiosa la distinción, que también tuvo mucha influencia en los trabajos posteriores del seminario. La idea de hacer una antología del modernismo partía de que el público mexicano, en parte movido por las ediciones corrientes, que seguían un tanto rutinariamente los gustos establecidos, promovía la poesía de los modernistas que no era modernista. Es decir, esos poetas además de escribir poemas modernistas, hicieron poesía romántica, poesía religiosa, poesía vanguardista. Entonces, estrechar el concepto del modernismo tanto temática como formalmente, como un gusto congelado hacia finales del porfiriato, no permitía reparar en su estilo, su lenguaje, su retórica, su simbología, lo cual resultaba muy diferente a simplemente conocer la fama de cada uno de los poetas modernistas por separado.

Eso también nos ilustró un fenómeno que luego ha ocurrido en todos nuestros trabajos, y es que la debilidad del mercado y de la industria cultural por un lado, y las vicisitudes de la historia por el otro, han hecho que la literatura mexicana pocas veces tenga movimientos puros o autores puros. Generalmente un escritor hace muchas cosas al mismo tiempo y en mucho tonos, y en el modernismo lo veíamos: los poetas sofisticados y elaborados que hacían versos decadentes, satanistas, con un lenguaje demasiado sofisticado, eran los mismos que el día anterior o el día siguiente iban a hacer poemas a Hidalgo, a la Virgen María o a sus hijos. Eso era lo que les pedía el país y de alguna manera eso ha seguido haciendo a lo largo del siglo. Entonces, sin tratar de definir demasiado, sí acentuamos la parte modernista de los modernistas que curiosamente era la que menos se tomaba en cuenta porque, por ejemplo, en poetas importantes como Amado Nervo se acentuaba mucho más la parte romántica o la parte religiosa. Sobre todo los dos primeros años del seminario discutimos muy frecuentemente temas relacionados con la antología del modernismo. El resultado fue un libro muy pequeño, con un prólogo suficiente, bastante digerible y pocas notas, que no da la idea de la investigación que había detrás.

Otra de las proposiciones en que José Emilio reparaba mucho era la importancia de las segundas, terceras o cuartas figuras en un movimiento literario. Aunque evidentemente lo importante es el mejor texto y el mejor autor, la comprensión y la connotación de esos textos requieren inevitablemente de todos los autores de segunda, tercera o cuarta fila, que además con frecuencia nos explican cosas que quedan un tanto nebulosas o confusas en los principales, como el sentido de ciertas alusiones.

Junto con esto se nos presentó también el problema de los géneros. Es una tradición común en la literatura mexicana la porosidad de los géneros literarios, y su tendencia a la mezcla y la miscelánea. También la falta de un mercado definido que exija determinadas novelas, poetas o un tipo de literatura específica. Como los escritores hacen muchas cosas, es muy fácil que empiecen a mezclar. ¿Qué hacer con toda esa gama literaria que no cabe en las estrictas etiquetas de la retórica? Es decir, el periodismo, la crónica, las memorias, la correspondencia, las divagaciones, las fábulas, la variada invención. José Emilio siempre fue un decidido impulsor de toda esa literatura miscelánea, y de alguna manera asumimos que una de las constantes de la literatura mexicana es que las obras definidas son excepción y las obras misceláneas, las obras entreveradas, las obras itinerantes suelen ser la mayoría, y eso es común desde el principio del siglo XIX.

Ésas son algunas de la atmósferas que precedieron los primeros años del seminario en el que teníamos investigaciones individuales muchas veces muy separadas. Cecilia Noriega estaba estudiando a José Joaquín Fernández de Lizardi; Monsiváis iniciaba la *Historia de la literatura del siglo XX*, que luego saldría en la *Historia general de México*. Luego Nicole Giron haría, antes de las obras de Altamirano, un estudio sobre el corrido a propósito de los bandoleros sociales, de los bandidos revolucionarios del siglo XIX. En esta época, José Emilio escribió uno de los ensayos más largos que llegó a hacer en el seminario, su ensayo sobre Clavijero. Era un ensayo muy temprano para la historia del seminario pero ya se presentaban ahí muchas corrientes que los demás miembros luego hemos seguido tocando. Es decir, qué es la mexicanidad, qué diferencias hay entre mexicanidad de un siglo a otro; qué tanto nos sentimos tan mexicanos como se sentía Altamirano a como se sentía Clavijero, y qué tanto Clavijero podía o tenía derecho a sentirse tan mexicano como los aztecas de los que escribía la historia; quiénes quedaban excluidos de ese concepto, si ese concepto era una definición o un deseo. Es uno de los ensayos que más discutimos y que recuerdo como una de las discusiones más acaloradas por la infinidad de aspectos tan dispares que involucraba.

Otro tipo de conversaciones o de debates que tuvimos tenían que ver con la literatura del Porfiriato, a la que José Emilio dedicó mucho espacio en sus columnas periodísticas. Como cierto crisol de la literatura nacional, por lo menos libresca, muchas de las cosas de la modernidad mexicana que a veces se atribuyen al Partido Revolucionario Institucional o por lo menos a la época del *siglo XX* son muy anteriores. Le gustaba mucho estar pescando este tipo de perfiles sobre todo en la prensa periódica pero también en las novelas, en los poemas, en las memorias, en las correspondencias. Este conglomerado, que en esa época todavía no estaba muy estudiado, le siguió preocupando durante todo el tiempo y le dedicó muchos ensayos.

Otro aspecto curioso de esas discusiones tenía que ver con las polémicas literarias a través de la prensa y de la vida interna del gremio. Cómo se formaban o cómo se deshacían los grupos y cómo muchas veces la imagen pública o la imagen que hacíamos los historiadores de tales corrientes, escuelas o personajes no coincidían necesariamente, y necesitábamos revisarlo de una manera periódica.

A principios de los años ochenta, cuando empezó Nicole Giron su gran proyecto de las obras de Altamirano, tuvimos oportunidad de conocer otra obsesión de José Emilio que no se hizo tan famosa como la del modernismo pero fue igual de importante. Fue su obsesión sobre los *Románticos* o, para decirlo de otra manera, los escritores de la Reforma, que son mucho menos perfectos, mucho menos atildados y a veces hasta un poco despreciados por desmañados, pero que conforman un cuerpo literario considerable e incluso nos permitieron desde aquella época plantearnos la siguiente pregunta: ¿estamos definiéndolos adecuadamente o lo que están mal son las definiciones? Por ejemplo, Guillermo Prieto, el mal escritor por excelencia de la literatura mexicana es el mejor. ¿Está mal la definición o está mal nuestra lectura? Entonces buscar, por ejemplo en el caso de Guillermo Prieto, el gusto que tenía de presentarse como populachero y de escribir “ansina” porque si ponía “así” no lo iban a entender ni sus compañeros periodistas, o ese tipo de humor. Su gusto de mezclar nuevamente los géneros porque se sentía más libre, porque no había mercado editorial y había que estar pensando semana a semana en las entregas periodísticas, y llegar a la conclusión de que en ciertos casos habría que revisar los códigos estéticos y no aplicar una preceptiva académica tradicional a épocas o conjuntos de obras literarias que no lo soportaban.

Hubo otros aspectos muy curiosos de las propuestas de José Emilio. Uno de ellos, y que trabajó mucho, es la narrativa concerniente a la Revolución mexicana y en el caso de Martín Luis Guzmán, ¿qué tanto tendrá que ver la ficción con la historia real? Llegó a publicar bastantes investigaciones sobre esos personajes y esos episodios.

Finalmente vino un aspecto un tanto lateral pero que dejó textos muy importantes sobre la poesía más reciente. La poesía de Octavio Paz, de Alí Chumacero y otros que ya era mucho más estilística y formal, pero que de alguna manera también en ella se inscribían todas esas preocupaciones y preguntas que dieron origen y cuerpo al seminario y que todavía lo animan hoy en día.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Tags:

Homenaje

José Emilio o la pasión por la cultura

ENVIADO POR EL EDITOR EL VIE, 12/12/2014 – 10:59

María Teresa Franco *

Al seminario que en la década de 1970 integraban Héctor Aguilar Camín, José Joaquín Blanco, Nicole Girón, Carlos Monsiváis y Antonio Saborit más algunas figuras satelitales como José María Pérez Gay o Carlos Pereyra, José Emilio Pacheco llevó la novedad de sus rigurosas investigaciones y ensayos sobre la historia literaria y cultural de nuestro país. Su Seminario de Historia de la Cultura Nacional lo complementaba con sus sugestivos talleres de redacción.

Su erudición e ingobernable deseo por recuperar un amplio elenco de autores y obras, centrales en la historia del modernismo, entonces más bien olvidada y marginalmente leída, permitió profundizar en numerosos autores de esta corriente literaria, con lo que se enriqueció el estudio de la literatura nacional.

Durante varias décadas los investigadores y trabajadores de la Dirección de Estudios Históricos tuvieron el privilegio de vivir, de primera mano, la pasión de José Emilio por la pequeña historia de cada día, ya fuera como el infatigable y voraz lector de nuestra prensa o bien como colaborador en suplementos culturales y revistas. José Emilio Pacheco representa toda una época en el Departamento de Estudios Históricos, más tarde Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

Fue un disfrute vivir la aparición y lectura de cada uno de sus libros y, sobre todo, recrearse con su generoso magisterio. Vio sus numerosas páginas de historia como veía sus poemas: susceptibles de mejora, tanto documental como estilística, por lo que se rehusó a reunir en forma de libro las esclarecedoras y eruditas páginas que entregó, por ejemplo, a *La Cultura en México*, suplemento de la revista *Siempre!*, a *Diorama* de *Excélsior*, o a su *Inventario* en la revista *Proceso*.

Al igual que muchos de los escritores que dieron forma al modernismo, como Alberto Leduc y José Juan Tablada, Manuel Gutiérrez Nájera o Luis G. Urbina, Amado Nervo o López Velarde, por sólo dar unos ejemplos, José Emilio Pacheco socializó sus numerosas lecturas y sus increíbles hallazgos en diarios, suplementos, revistas y, por supuesto, con todos los que en la Dirección de Estudios Históricos disfrutaron sus seminarios.

No es una mera coincidencia, sino una decisión tan vital como su manera de entender la unidad inquebrantable entre la cultura escrita y la construcción de saberes, entre conocer y divulgar, entre construir sentidos y ofrecerlos para su apropiación y uso al atento lector, entre la pasión por la historia y la obligación de recobrarla y transmitirla por medio de las astucias y herramientas de la literatura, en la más amplia acepción de la palabra.

José Emilio incursionó en muchos géneros como poeta, ensayista, traductor, novelista y cuentista integrante de la llamada “generación de los cincuenta” o “generación de medio siglo”, en la que también se incluyen Eduardo

Lizalde, Sergio Pitol, Juan Vicente Melo, Vicente Leñero, Juan García Ponce, Sergio Galindo y Salvador Elizondo, entre otros.

Dirigió la colección Biblioteca del Estudiante Universitario publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde se reúnen obras literarias desde el pasado prehispánico hasta el México contemporáneo. Fue especialista en literatura mexicana del siglo XIX, así como profundo conocedor de la obra de Jorge Luis Borges, en cuyo honor dictó una serie de conferencias en 1999. Fue investigador de la Dirección de Estudios Históricos del INAH por décadas y profesor en la UNAM, en la Universidad de Maryland (College Park), en la Universidad de Essex y en algunas otras de Estados Unidos, Canadá y Reino Unido. Figura central de nuestra literatura, se hizo merecedor a innumerables distinciones de las que poco le gustaba hablar.

Su estilo conversacional y coloquial, claro y anti retórico, tenía como su gran tema el tiempo. Cada poema suyo analiza imaginativamente un elemento que forma la corriente de lo cotidiano; asumiendo valores humanos éticos y sociales. Otras veces reflexiona sobre el propio papel de la poesía.

En su obra domina la pasión por la metáfora, la concentración en unas cuantas líneas de un relato casi siempre pesados, el gusto por los relatos inesperados, el despliegue del poder de síntesis, el ejercicio múltiple de la metáfora, el juego de analogías como espejos de la devastación, la alabanza jubilosa del paisaje. En poesía, ajustó sus dones melancólicos, su pesimismo que es resistencia al autoengaño, su fijación del sitio de la crueldad en el mundo, su poderío aforístico.

La mayoría de sus títulos poéticos están recogidos en *Tarde o temprano. (Poemas 1958-2000)*, México, FCE, 2000), que reúne sus primeros seis libros de poemas: *Los elementos de la noche*, *El reposo del fuego*, *No me preguntes cómo pasa el tiempo*, *Irás y no volverás*, *Islas a la deriva*, *Desde entonces*, a los que han seguido *Los trabajos del mar*, *Miro la tierra*, *Ciudad de la memoria* y un volumen de versiones poéticas: *Aproximaciones*. Es autor de dos novelas, *Morirás lejos* y *Las batallas en el desierto*, y de tres libros de cuentos: *La sangre de Medusa*, *El viento distante* y *El principio del placer*.

Fue notoria su labor literaria, periodística, historiográfica y política. Junto a Octavio Paz, Alí Chumacero y Homero Aridjis, compiló la antología *Poesía en movimiento*. Como traductor se le deben en especial versiones de *Cuatro cuartetos*, de T.S. Eliot; *¿Cómo es?*, de Samuel Beckett; *Un tranvía llamado deseo*, de Tennessee Williams; *Vidas imaginarias*, de Marcel Schwob y *De profundis*, de Óscar Wilde. Editó la *Antología del Modernismo* y obras de autores como Federico Gamboa y Salvador Novo.

El 21 de abril de 2010 dejó una serie de objetos en la Caja de las Letras del Instituto Cervantes para que se abran 100 años después, en 2110. En el momento de depositarla dijo: "Lo dejo para que quien abra esto en cien años sepa quién fui, porque no creo que nadie recuerde mi obra..." Demasiada humildad y modestia para un espléndido poeta que nadie olvidará. Qué mejor cumplido para nuestro siempre humilde y querido José Emilio Pacheco que leerlo, y disfrutar su prosa y su poesía. Les quiero leer uno de sus muchos aciertos poéticos para cerrar mi intervención:

Aquel otro

Hoy vino a verme el que no fui:

Aquel otro

Ya para siempre inexistencia pura,
Ardid verbal para él hubiera sido,
Forma atenuada de decir no fue.

Ahora lo entiendo:

Quien no fui ha triunfado,

La realidad no lo manchó, no tuvo
Que adaptarse a la eterna sordidez,
Jamás capituló ni vendió su alma
Por una onza de supervivencia.

El que no fui se fue como si nada.

Ya nunca volverá, ya es imposible.

El que se va no vuelve aunque regrese.

* Directora General del INAH.

Tags:

[Homenaje](#)

Hacer que mis palabras sean tu voz... En memoria de José Emilio Pacheco

ENVIADO POR EL EDITOR EL VIE, 12/12/2014 - 11:02

Francisco Pérez Arce Ibarra*

1)

Pocos escritores dejan su sello en el lenguaje de una época, de los habitantes de un país, de una ciudad. Un sello que rebasa los límites de un grupo o una generación. En las conversaciones cotidianas a menudo me encuentro citas de José Emilio Pacheco, una frase o el fragmento de un poema. “Ya somos todo aquello/ contra lo que luchamos a los veinte años”. Este poema que tituló “Antiguos compañeros se reúnen”, se incorpora con naturalidad en conversaciones de amigos. Se cita de memoria, con exactitud o con cambios mínimos: “ya somos todo aquello contra lo que luchábamos cuando teníamos veinte años”. La idea y la formulación son exactas. Esos dos versos contienen una sensación, una idea al mismo tiempo crítica y nostálgica, una fatalidad vital. La constatación sin reproche y hasta con calidez de lo que somos.

O encuentro también otro poema, más largo, citado a veces completo y de memoria: “Alta traición”.

No amo mi patria.

Su fulgor abstracto

es inasible.

Pero (aunque suene mal)

daría la vida

por diez lugares suyos,

cierta gente,

puertos, bosques, desiertos, fortalezas,

una ciudad deshecha, gris, monstruosa,

varias figuras de su historia,

montañas

—y tres o cuatro ríos.

Y es citada de memoria, con más o menos exactitud, porque no hay mejor manera de definir lo que se siente por la patria. “Alta traición” es un poema de todos, que escribió José Emilio para nosotros. Ahí está la manera verdadera y cálida en la que podemos amar la patria. Lo citamos tanto como quizá la “Suave Patria” de López Velarde, pero con más facilidad y cercanía. Es un poema clásico, en el sentido de que ya está incorporado a nuestra sensibilidad y también en el sentido de que sobrevivirá cien años... digo, por decir un número.

Y el título de uno de sus libros (y de un poema), rebota a menudo en nuestros diálogos: “No me preguntes cómo pasa el tiempo”, frase que José Emilio tomó de Li Kiu Ling, traducido por Marcela de Juan, como él mismo nos informa. José Emilio lo tomó de algún lado y lo puso ahí para nosotros, sus lectores, sus compatriotas de idioma. “No me preguntes como pasa el tiempo”, citamos a menudo y añadimos: como dice José Emilio.

2)

Tomar una frase cualquiera y convertirla en verso. Ése es el método de los poetas. No crean de la nada, sino a partir de las palabras que existen y andan por ahí, que pertenecen a nadie y a todos. La tarea del poeta es, a veces, hacernos ver la poesía que está a la vista, como el guía que nos hace detenernos para ver un árbol, su follaje, su color, que siempre estuvo ahí, pero sólo entonces lo apreciamos. El poeta encuentra la poesía y nos la muestra. Eso es lo que hace José Emilio cuando en “¿Qué tierra es esta?”, nos obliga a ver la poesía contenida en la prosa de Juan Rulfo:

(Homenaje a Juan Rulfo con sus palabras)

Hemos venido caminando

desde el amanecer.

Ladran los perros.

Grietas, arroyos secos.
ni una sombra de árbol
ni una semilla de árbol
ni una raíz de nada.

Los cerros apagados y como muertos.

Aquí así son las cosas.
Por eso a nadie
le da por platicar.

Aquí no llueve.
A la gota caída
por equivocación
se la come la tierra
y la desaparece en su sed.

¿Quién haría este llano tan grande?

¿Para qué sirve este llano tan grande?

No hay conejos,
no hay pájaros,
no hay nada.

Tanta y tamaña tierra para nada.

[...]

Poema de Juan Rulfo, de José Emilio Pacheco y, al final de cuentas, nuestro.

Y otro poema con palabras prestadas, como todas las palabras de los poetas, de los ecos del 2 de octubre de 1968, abrevados en los textos reunidos por Elena Poniatowska en *La noche de Tlatelolco*:

Eran las seis y diez. Un helicóptero

sobrevoló la plaza.

Sentí miedo.

Cuatro bengalas verdes.

Los soldados

cerraron las salidas.

[...]

Y el poema transmite el horror que siguió, y deja preguntas colgadas:

—¿Quién, quién ordenó todo esto?

Y al final, la incertidumbre de todos:

—¿Qué va a pasar ahora,

qué va a pasar?

3)

José Emilio tenía una idea clara de su poesía y de la poesía. No se hacía ilusiones sobre la posteridad del poeta, pero creía en la posteridad de los poemas.

Escribo y eso es todo. Escribo: doy la mitad del poema.

Poesía no es signos negros en la página blanca.

Llamo poesía a ese lugar del encuentro

con la experiencia ajena. El lector, la lectora

harán o no el poema que tan sólo he esbozado.

No leemos a otros: *nos leemos* en ellos.

Me parece un milagro

que algún desconocido pueda verse en mi espejo.
Si hay un mérito en esto — dijo Pessoa —
corresponde a los versos, no al autor de los versos.
[...]
Acaso leyó usted que Juan Ramón Jiménez
Pensó hace mucho tiempo editar una revista.
Iba a llamarse “anonimato”.
Publicaría no firmas sino poemas;
se haría con poemas, no con poetas.
Y yo quisiera como el maestro español
Que la poesía fuese anónima ya que es colectiva
(a eso tienden mis versos y mis versiones).
Posiblemente usted me dará la razón.
Usted que me ha leído y no me conoce.
No nos veremos nunca pero somos amigos.
Si le gustaron mis versos
qué más da que sean míos / de otros / de nadie.
En realidad los poemas que leyó son de usted:
Usted, su autor, que los inventa al leerlos.

4)

José Emilio es un poeta que cuenta historias y tiene una cercanía evidente con la historia. Se alimenta de ella. La transmite en clave poética. La recrea. Encuentra los nudos que conectan a México con su pasado, que conectan al hombre actual con su antepasado idéntico. Rescata personajes, de esos por los que daría la vida, como Temiltotzin, nacido en Tlatelolco:

Cortés lo mandó a España. Temiltotzin
Se negó a ser esclavo, se arrojó
a las olas del mar y nadie sabe
si acabaron con él los grande peces
o si alcanzó la orilla.

Encuentra la línea delgada de la historia antigua y nos la muestra como lo que es: historia contemporánea. Somos el hombre que sale a la caza del mamut, el que no lo ha nombrado todavía. Parece decirnos: la historia antigua es lo que sucede hoy mismo. Descubre las razones profundas, la continuación a través de una línea muy delgada de la

historia humana, sus tensiones, sus motivos, su naturaleza. En el siglo XXI somos todavía el que pinta venados en la caverna, el que sale a cazar mamuts. Al intentar explicarnos sus motivos, nos explicamos a nosotros mismos:

Así habla José Emilio en su poema "Prehistoria" del pintor antiguo, nuestro contemporáneo:

En las paredes de la cueva

pinto el venado
para adueñarme de su carne,
para ser él,
para que su fuerza y su ligereza sean mías
y me vuelva el primero
entre los cazadores de la tribu.

Así habla también, en el mismo poema, del cazador de mamuts:

lo llamarán *mamut*.
Pero nosotros en cambio
Jamás decimos su nombre:
tan venerado es por la horda que somos.

El lobo nos enseñó a cazar en manada.
Nos dividimos el trabajo, aprendimos:
la carne se come, la sangre fresca se bebe,
como fermento de uva.
Con su piel nos cubrimos.
Sus filosos colmillos se hacen lanzas
para triunfar en la guerra.
Con los huesos forjamos
insignias que señalan nuestro alto rango.

Descubre la historia del sometimiento de la mujer al poder del varón, y lo expone tersamente en el segmento 4 de su poema "Prehistoria". De ahí estas líneas:

Mujer no eres como yo
pero me haces falta.

Sin ti sería una cabeza sin tronco
o un tronco sin cabeza. No un árbol
sino una piedra rodante.

[...]

Tu fuerza me da miedo.

Debo someterte
como a las fieras tan temidas de ayer.

[...]

Si no aceptas el yugo,
si queda aún como rescoldo una chispa
de aquellos tiempos en que eras reina de todo,
voy a situarte entre los demonios que he creado
para definir como El Mal cuanto se interponga
en mi camino hacia el poder absoluto.

Eva o Lilit:

escoge pues entre la tarde y la noche.

Eva es la tarde y el cuidado del fuego.
Reposo en ella, multiplica mi especie
Y la defiende contra la gran tormenta del mundo.

Lilit, en cambio, es el nocturno placer,
el imán, el abismo, la hoguera en que ardo.
Y por tanto culpo de mi deseo.
Le doy la piedra, la ignominia, el cadalso.

Eva o Lilit: no lamentes mi triunfo.

Al vencerte me he derrotado.

Somos Temiltotzin arrojándonos al mar para no ser humillados íntimamente, la mejor forma de patriotismo. Y
somos Ulises, tantos siglos después: (Navegantes)

Combatimos en Troya. Regresamos
con Ulises por islas amenazantes.
Nos derrotaron monstruos y sirenas.
La tormenta averió la nave.
Envejecimos entre el agua de sal.
Y ahora nuestra sed es llegar a un puerto
donde esté la mujer que en la piedad de su abrazo
nos reciba y nos adormezca.
Así dolerá menos el descenso al sepulcro.

Y todas las guerras son la misma, y los guerreros que se combaten y odian, dejan de combatirse y descubren que no se odian, que nunca lo hicieron realmente.

5)

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme... No me preguntes cómo pasa el tiempo... Ya somos todo aquello que condenamos a los veinte años... Y a tres o cuatro ríos. No son tuyos tus poemas, José Emilio, son nuestros. Lograste, y de qué manera, aquello que advertiste en "Contra los recitales":

Si leo mis poemas en público

Le quito su único sentido a la poesía:

hacer que mis palabras sean tu voz,

por un instante al menos.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Tags:

Homenaje

Pacheco, una mirada vuelta a la infancia

ENVIADO POR EL EDITOR EL VIE, 12/12/2014 – 11:06

Luis Barjau*

Correspondió a Enrique Florescano el mérito de haber introducido en el plano de la investigación histórica que se desarrollaba en esta Dirección de Estudios Históricos, dos nuevas vertientes de investigación que reformularon el sentido de los estudios históricos que se hacían no sólo en la DEH, sino en el INAH; y en cierta discreta proporción, no sólo en el instituto sino en algunas universidades y centros de estudios del país. Estas dos vertientes fueron la literatura y la economía, aunque sólo me ocuparé de la primera.

Con el ingreso a la DEH, el 1 de agosto de 1972, de José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, José Joaquín Blanco, Nicole Giron, Héctor Aguilar Camín, Adolfo Castañón, y años después de Emma Yanes y Antonio Saborit, sus investigaciones adjuntaron un paradigma de observación que tendió una nueva mirada sobre el siglo XIX en principio, en la medida en que se vio el conjunto de los acontecimientos históricos de la época también a través del cristal de la literatura. ¿Y qué es lo que ocurrió con este agregado? Que se empezó a observar también, con ahínco, la historia de la sensibilidad mexicana, entendida como la historia que captan en primera instancia los sentidos, de ahí el sustantivo femenino. Y, lo que es, en buena medida equivalente, la historia de la subjetividad o del campo del sujeto.

Esta posibilidad, desde luego ya existente en otras áreas, permitió sin embargo, ahora asociada a la historia, ayudar a comprender mejor los escuetos hechos públicos consignados por la historiografía al conferirles la dimensión del sujeto que conlleva necesariamente, la sensibilidad y la subjetividad.

La iniciativa de aquella época —imposible saber si se logró por completo como resultado de una honda reflexión previa, o por un impulso intuitivo, o por un camino a medias entre estos dos procesos— significó, sin embargo, y es necesario decirlo aquí, un antecedente de la discusión que hoy prevalece sobre la naturaleza de la historia y su unión intrínseca, de raíz, con los procesos de la ficción literaria. Es un antecedente, yo creo, en cierto modo casual, pero inspirado, y en buena medida logrado, como un as oculto entre la manga, por la magia mexicana, por el increíble espíritu libertario nacional, que influye en las instituciones, que confiere a éstas también, distensión y creatividad. A diferencia de estas mismas en algunos otros países, en que aparecen acotadas en modo exageradamente estricto por sus propios reglamentos.

En aquella iniciativa descolló firmemente la figura de José Emilio Pacheco. José Emilio empezó por caracterizar el periodo de la posguerra, cuando él mismo era un púber, en el entorno de la colonia Condesa donde vivió hasta el final. Plasmó por escrito, en principio, en el balance de sus emociones, la escuela y el parque; la regla y el recreo; la madre del condiscípulo y la precocidad. El Parque México entre brumas memoriosas diez años después de la gran guerra. Vimos, como no podía hacernos ver la narración histórica, pero sí las *Batallas en el desierto*, ese niño cabizbajo de regreso a su casa con su saudade de amor imposible: una imagen que todos llevamos dentro, porque el despertar casi siempre se encuentra de frente con una persona adulta.

A la par que la mirada vuelta a la infancia, y quizá a través de ella, el siglo XIX mexicano. José Emilio discutió largamente con Nicole Giron la pertinencia de estudiar y editar la obra completa de Ignacio Manuel Altamirano, al final vertida en 24 volúmenes, que significó la oportunidad de observar un buen espacio de la ideología del siglo XIX. Investigación que estimuló en Nicole la reflexión de su libro, la idea de cultura nacional en el siglo XIX con la conjunción, además de nuevos estudios, de dos personajes de altura: Altamirano y Ramírez.

Poeta, ensayista, traductor, novelista y cuentista, José Emilio Pacheco desarrolló además de una labor de maestro y gran conferencista, su actividad como miembro activo del Seminario de Historia de la Cultura en México, otra en que a través del contacto personal, ejercía una influencia modesta, como gustaba que fueran vistos sus atributos personales. Pero influencia constante en su interlocutor. Y particularmente en esta DEH todos los investigadores que nos acercábamos a él salíamos con un aprendizaje más o con la advertencia de estudiar a determinado autor que enriquecería nuestras investigaciones. Y todos nos acostumbramos a consultarlo.

Coordinó los primeros tres tomos del diario público de Salvador Novo: *La vida en México* en los periodos presidenciales de Cárdenas, Ávila Camacho y Alemán, y configuró *la Antología del Modernismo* para la Biblioteca del Estudiante Universitario de la UNAM.

No cabe mencionar en este momento toda la obra del escritor, pero es necesario señalar las principales: *Tarde o temprano* recopila sus primeros seis libros de poemas: *Los elementos de la noche*, *El reposo del fuego*, *No me preguntes cómo pasa el tiempo*, *Irás y no volverás*, *Islas a la deriva*, *Desde entonces*. Títulos con que se podría jugar a hacer un poema, como él enseñó que se podía hacer al juntar ciertas frases del *Pedro Páramo* de Rulfo. Le siguieron: *Los trabajos del mar*, *Miro la tierra*, *Ciudad de la memoria*, así como un volumen de versiones poéticas titulado *Aproximaciones*. Dos novelas, *Morirás lejos* y *Las batallas en el desierto*, tres libros de cuentos: *La sangre de Medusa*, *El viento distante* y *El principio del placer*. Editó numerosas antologías, como la *Antología del Modernismo* y obras de muchos autores como Federico Gamboa y Salvador Novo. Entre sus traducciones figuran *Cómo es*, de Samuel Beckett; *De profundis* de Oscar Wilde; *Un tranvía llamado deseo*, de Tennessee Williams; los *Cuatro cuartetos*, de T.S. Eliot y *Vidas imaginarias*, de Marcel Schwob.

Entre nosotros recomendó la lectura de Francisco Javier Clavijero y su *Historia antigua de México*, como uno de los pilares, junto a Sor Juana y Juan Ruiz de Alarcón, de la cultura mexicana. La lectura de Clavijero, en efecto, deslumbra y forma en el estudio de las antigüedades mexicanas, que el ilustre veracruzano anotó como nadie.

La vasta cultura de Pacheco nos permitía hasta las más apuradas consultas. En cierta ocasión y en la época de esta Dirección en el anexo al Castillo de Chapultepec, me permití pedirle que me dijera cuál Biblia comprar. De inmediato respondió:

—No compres otra que no sea la traducida del griego y del hebreo por Casiodoro di Reyna y Cipriano de Valera; busca una buena edición en la Iglesia Metodista Episcopal, en Gante número 5, que fue fundada en la Navidad de 1873 en el Centro.

Desde luego que nuestra consideración sobre la figura del literato José Emilio Pacheco, y el sentido mismo que tiene este modesto homenaje que todos nosotros le rendimos con mucho afecto y reconocimiento, contiene una proyección particular desde nuestra institución y en el entendido de la relación laboral que tuvimos todos, a su lado, desde hace cuarenta años; del recuerdo del diálogo académico y de su proyección erudita hacia muchos de nosotros; del beneficio de sus conferencias; de las clases que nos dio sobre lenguaje y redacción; de su inolvidable visión sobre el siglo XIX, que conjugó anécdota, crónica, política, literatura y humor y que expuso el año pasado en una conferencia magistral.

José Emilio Pacheco fue miembro destacado de la “generación de los cincuenta” o “generación de medio siglo” junto con Monsiváis, Lizalde, Pitol, Melo, Leñero, Ponce, Galindo y Elizondo, generación de la cual sobresalía por su profundidad y dominio de diversos géneros. Ahora emerge del mar de la lengua española como un gran poeta de dimensión universal. Orgullo del país, de sus seres queridos, también de sus colegas con quienes trabajó en esta dirección del INAH.

Su obra ha sido estudiada hasta hoy por trece críticos literarios, nacionales, latinoamericanos, estadounidenses y europeos, entre los que destacan Hugo J. Verani, José de Jesús Ramos, María Antonia Salgado, Ronald J. Friis, Merlin H. Forster y Judith Roman Topletz. Nunca olvidaremos al poeta, al investigador y al amigo. El país se llena de gloria con su nombre, ya inscrito en las letras nacionales y universales.

* Director de Estudios Históricos, INAH.

Tags:

Homenaje